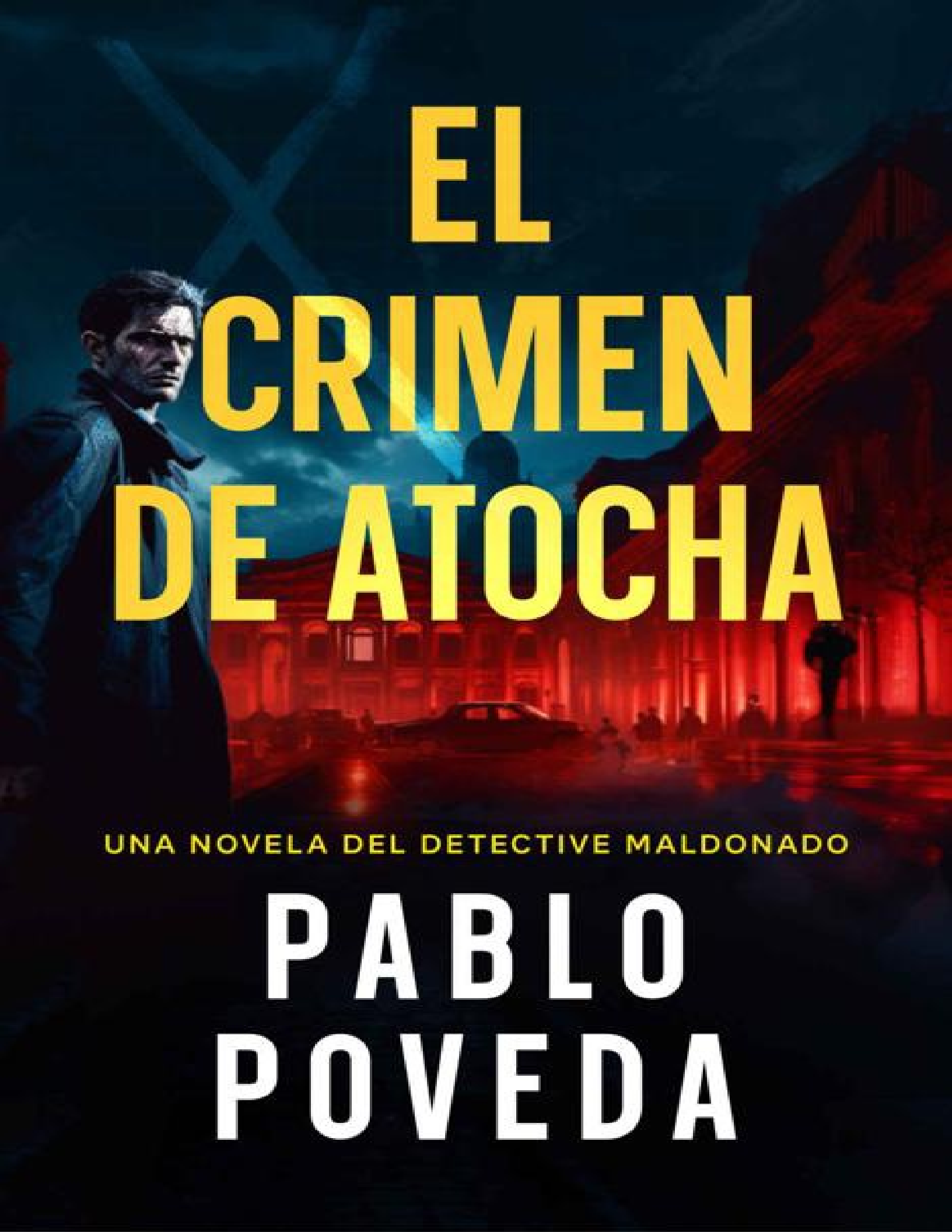




EL CRIMEN DE ATOCHA

UNA NOVELA DEL DETECTIVE MALDONADO

PABLO
POVEDA

El Crimen de Atocha

Pablo Poveda

Copyright

Copyright © 2023 por Pablo Poveda

Portada: BCStudio

Corrección: Ana Vacarasu

ISBN: 9798867793265

Imprint: Independently published

Pablo Poveda Books

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Table of Contents

[Title Page](#)

[Copyright Page](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[¿Te ha gustado?](#)

[Sobre el autor](#)

[Libros](#)

1

El tren con destino a Barcelona estaba a minutos de partir. En la sala de espera del primer nivel de la estación de Atocha —uno de los principales nodos de tránsito humano en la capital española—, los pasajeros esperaban impacientemente, formando colas de considerable longitud. Entre ellos, un hombre de estatura media, cabello corto y mirada melancólica, se protegía del frío otoñal con un viejo abrigo de paño. Sostenía un billete de papel en una mano y una sencilla maleta en la otra.

Una voz femenina atravesó el aire, anunciando por megafonía la inminente partida del tren. Eran casi las ocho de la mañana. El hombre consultó su reloj de pulsera, con la desconfianza de quien cuestiona incluso las cosas más evidentes. Luego avanzó unos pasos, con una expresión que denotaba tanto cortesía como el deseo de dejar atrás una vida anterior.

—Buenos días —articuló, deteniéndose ante la azafata encargada de revisar los billetes.

—¿Billete, por favor?

—Ah, sí. Claro... —respondió tras un momento de vacilación y le entregó su billete. La azafata escaneó el documento con un lector electrónico y le obsequió con una sonrisa mecánica. El hombre prosiguió con paso medurado hacia el andén.

Mientras descendía por las escaleras mecánicas, sintió una inesperada vibración en el bolsillo interior de su abrigo. Su teléfono empezó a sonar, cada vez más estridente. Al principio lo ignoró, pero las miradas de curiosidad y molestia de los pasajeros circundantes le forzaron a pasar a la acción. Sacó el dispositivo, observó la pantalla y sacudió la cabeza dos veces antes de apagarlo completamente.

Después respiró hondo y guardó el teléfono. Salió de las escaleras en búsqueda de su vagón y se aproximó a uno de los empleados que custodiaban las puertas del tren.

—Señor, ¿necesita ayuda? —preguntó el empleado.

Un dolor agudo asaltó el pecho del hombre, crispando su rostro. Se agarró al joven empleado, quien lo miró con creciente alarma.

—¡Ayuda! —gritó el trabajador, entendiendo que el hombre tenía algún tipo de ataque.

De manera abrupta, el desconocido se desplomó al suelo como un saco de harina, soltando el billete y la maleta y sembrando el desconcierto entre los pasajeros que se preparaban para embarcar. Varias personas se apresuraron a socorrerlo. El empleado lo tumbó cuidadosamente boca arriba y le tomó el pulso en el cuello.

La expresión en su rostro fue contundente. No había más que hacer: aquel hombre había muerto.

2

Era un caso menor, pero un caso, al fin y al cabo. A veces, para pagar las cuentas y reconciliarse con su conciencia, tenía que ocuparse de tales asuntos. Esta vez, unos padres preocupados por las salidas nocturnas de su hijo contrataron sus servicios. En un bar en la parte norte de la ciudad, el detective Maldonado contemplaba una estridente despedida de soltera.

Una vez vació su vaso de whisky, Maldonado lo empujó hacia la barra.

—¿Otra ronda? —preguntó Lara, la dueña y camarera, su mirada tan cansada como la del detective.

—Sí —respondió Maldonado.

Lara estiró el brazo para alcanzar una botella de escocés en el estante y Maldonado, siguiéndola con la mirada, notó un pirsin brillante en su ombligo. Habían cruzado caminos en varias fases de su vida, tanto personal como profesional. Años atrás, Lara lo había ayudado a sortear las trampas burocráticas del alcalde. No eran precisamente unos santos, ninguno de los dos, pero entendían las reglas no escritas del mundo nocturno.

—¿Tardará mucho más el chico en salir? —preguntó Maldonado, observando un escenario vacío y un grupo de mujeres en la treintena, claramente ebrias, alrededor de una mesa redonda.

—Déjalas disfrutar un poco más —dijo Lara.

—De acuerdo. —Maldonado sacó un paquete de cigarrillos light de su chaqueta Barbour y se levantó—. Estaré afuera, fumando.

Se dirigió a la salida, asintiendo al portero, y se alejó para encender un cigarrillo, apoyado contra la pared cercana. Antes de encontrar en los bolsillos su encendedor, la llama de otro mechero iluminó la punta de su light y, por consiguiente, su semblante. Al mirar, reconoció a la dueña del bar.

—Gracias —dijo Maldonado, soltando una bocanada de humo—. ¿Quieres uno?

Lara encendió su cigarrillo, con un aire de desinterés calculado.

—¿Por qué lo estás haciendo? —preguntó.

Maldonado frunció el ceño y aspiró una bocanada de humo.

—Es un vicio, no hay otra explicación. Cualquier otra cosa sería una mentira.

—Me refiero al chico.

—Ah... —dijo Maldonado e hizo una pausa—. ¿Crees que estoy intentando engañarte?

Lara se rio suavemente y lo miró de reojo.

—No eres el primer detective contratado para confirmar una sospecha de infidelidad.

Además, aún hueles a colonia de madero.

—¿Brummel? Hace años que dejé de usarla.

—No te hagas el despistado.

Con los brazos cruzados, fumando con una actitud que desafiaba la falsedad, Lara emanaba una especie de autoridad tranquila. Maldonado sabía que años detrás de la barra significaban una vida de conversaciones privadas. Lara era una gata de la noche y mentirle sería inútil.

—Siempre tan astuta, Larita —admitió.

—Nunca me han atraído los policías, ya lo sabes.

—Excepto yo.

—Así es, solo tú —confirmó ella.

El humo flotó entre ellos, como las palabras no dichas pero comprendidas.

—Tienes razón en casi todo —rompió el silencio Maldonado.

—¿Ya no eres un policía?

—Es una historia complicada y es una noche hermosa. No la arruines.

Lara sonrió.

—Entiendo —añadió y luego se quedó callada por unos instantes—. Así que no estás aquí por las mujeres.

—No esta noche.

—¿Me extrañabas entonces?

Maldonado la miró directamente a los ojos.

—No, no esta noche.

La risa de la mujer se disipó cuando una ovación proveniente del interior del bar cortó el aire. Rápidamente, aplastó la colilla del cigarrillo contra la pared.

—Parece que es mi turno de regresar. Mi descanso ha terminado.

De pronto, la ovación se convirtió en un sonido caótico. Confundidos, se miraron el uno al otro. En ese momento, el portero se apresuró hacia Lara.

—¡Jefa, tienes que entrar ahora!

—¿Qué está pasando, Manuel?

—¡Esas mujeres se han vuelto locas!

Sin más preámbulos, Lara y Maldonado se adentraron en el bar. Él había imaginado una escena de carnaval alimentada por el alcohol, pero lo que encontró fue aún más rocambolesco:

un joven musculoso, más parecido a un dios griego que a un estríper, luchaba por liberarse de las garras de un grupo de mujeres acaloradas. En medio del caos, algunas se peleaban entre ellas, mientras que otras tiraban de los brazos del desafortunado joven.

El detective miró a Lara, quien parecía tan desconcertada como él. Ambos sabían que esta sería una noche para recordar, pero por todas las razones equivocadas.

—Te echaré una mano —articuló Maldonado, mientras observaban la escena caótica desde un rincón apartado del establecimiento.

—Haz todo lo posible por sacar al joven de esa maraña. Yo me ocuparé del resto.

Los escasos clientes del local, fascinados hasta ese momento por el singular espectáculo, comenzaron a dispersarse cuando los vasos de cristal se convirtieron en proyectiles aéreos. Maldonado avanzó, decidido a mediar con las protagonistas del tumulto.

—Señoras, les ruego que... —Su petición fue interrumpida por un contundente puñetazo que lo mandó a aterrizar en un sofá de terciopelo que estaba cerca. Aunque el impacto había sido preciso, por fortuna no le provocó daño dental. Aturdido, fijó su vista en el joven, quien lo miraba como si estuviera a punto de convertirse en el plato principal de un festín caníbal.

Contempló la posibilidad de un segundo intento, pero la disputa entre las mujeres había escalado a un nivel peligroso. Se sintió incapaz de atravesar ese torbellino de furia y salir indemne. Resignado, optó por quedarse unos instantes más tumbado en el sofá. Fue entonces cuando un atronador zambombazo puso fin a la agitación.

El jaleo cesó. La sala quedó vacía, salvo por el grupo de alborotadoras, la camarera, el estríper y él. Todas las miradas se concentraron en la barra del fondo, donde se encontraba Lara.

—¡Fuera de mi bar, todas y cada una de vosotras! —exclamó la encargada, empuñando un revólver con la mira dirigida hacia el techo—. ¡Ahora mismo!

La despedida de soltera había llegado a su abrupto final, al menos, en ese lugar.

3

Treinta minutos más tarde, la calle estaba sumida en una soledad sepulcral, completamente desprovista de vida humana. Las mujeres se habían dispersado como una bandada de aves asustadas por el retumbar de un trueno. Maldonado se encontraba expectante, apoyado contra el coche aparcado frente al club nocturno. El joven, que antes se había mostrado en toda su desnudez, ahora llevaba un atuendo casual, compuesto por un abrigo y una bolsa deportiva. Su rostro estaba tachado por la decepción y Maldonado dedujo que Lara no le había recompensado por su mediocre espectáculo.

Cuando el muchacho lo reconoció, apresuró el paso.

—¡Eh, detente un momento! —exclamó Maldonado, cerrando la distancia entre ellos.

—No quiero tener nada que ver contigo —replicó el joven, casi cortante.

—Dame una oportunidad para aclarar las cosas.

—¿Y quién demonios eres tú? ¿Por qué me persigues? —preguntó, liberando su bolsa de la mano para propinarle un empujón—. ¿Estás buscando un problema conmigo?

Maldonado emitió un suspiro resignado, examinó su Barbour y la ajustó meticulosamente.

—El problema ya lo tienes, no lo compliques más.

—Te he visto antes. ¿Qué quieres de mí?

—Nada en concreto. Son tus padres quienes me han enviado.

La expresión del muchacho mutó en un instante, reflejando una ansiedad palpable. No había previsto esa explicación.

—Mierda.

—No es el fin del mundo. No has matado a nadie.

—No puedes decirles nada. Te compensaré económicamente.

—Lo siento, pero no tomo dinero de estrípers. Si acaso, la situación generalmente suele ser al revés... —El joven cerró los puños, manifestando su intención de golpearlo. Maldonado levantó un dedo en señal de advertencia.

—Maldito desgraciado.

—Tranquilízate. ¿No ves que llevas las de perder?

—¿Por qué?

—Es la misma pregunta que me hago.

—Escucha. Hago esto porque quiero ser actor y es una buena forma de perder el miedo escénico...

—Y tanto.

—Pero mis padres están empeñados en que estudie medicina.

Maldonado desenvolvió un paquete de cigarrillos, prendió uno y extendió la cajetilla al joven, quien la rechazó con desprecio. Al detective le resultaba enigmático cómo se entrelazaban la aspiración médica de los padres, el desnudo en el escenario y el deseo del joven de ser intérprete.

—Imagino que necesitas el dinero —opinó Maldonado.

—Mis padres jamás lo entenderán.

—Ni yo. Los actores me resultan insufribles.

—No hablo de actuar, hablo de esto —explicó el joven, haciendo un gesto abarcador hacia la sala nocturna—. Vas a contárselo, ¿verdad?

—No seré yo quien lo haga, sino tú —respondió Maldonado, extrayendo su billetera. La abrió delante de él y sacó un sobre con los doscientos euros que el padre del joven le había entregado—. Toma, anda.

—No lo entiendo.

—Tampoco lo hago yo, pero es lo que debo hacer. Tú necesitas el dinero tanto como tu padre necesita escuchar la verdad de la boca de su hijo. No te escondas, ni te arrepientas; si son tus padres de verdad, lo comprenderán. Y si no lo hacen, corta amarras y persigue lo que te llene de felicidad.

—Agradezco el gesto, pero no puedo aceptarlo.

—Hazlo, antes de que cambie de opinión.

—¿Y tú? ¿Qué sacas de esto?

—Sobreviviré —afirmó Maldonado.

Finalmente, el joven guardó el sobre con el dinero en su bolsa deportiva.

—Eres un tipo bastante peculiar.

—Lo sé. ¡Ahora vete!

El muchacho se alejó hasta perderse entre las sombras de la calle que desembocaba en el paseo de la Castellana. Maldonado terminó su light en solemne silencio, bajo el fulgor de las dos torres que iluminaban la plaza de Castilla desde su imponente altura, en la serenidad única que se cernía sobre aquel lugar, a esas horas de la madrugada. Todavía no comprendía por completo su motivación para aquel acto, pero le bastó poco para discernirla. Reflexionó sobre la injusticia de

que la vida de aquel joven se convirtiera en un sendero tortuoso por el mero temor a ser quien realmente era. Los tropiezos y las equivocaciones vendrían con el tiempo, razonó; pero los anhelos de terceros no deberían asfixiar los sueños de nadie más. Y se percató de que eso era exactamente lo que habría deseado escuchar él mismo a la edad de ese joven.

«Hay cosas peores que tener un hijo actor», pensó, riéndose para sus adentros.

«Como arrastrar la losa del olvido y que nadie te respete por lo que fuiste».

Exhalando la última bocanada de humo, aplastó el cigarrillo en el cenicero de una papelería pública. Luego regresó a las inmediaciones del club nocturno y subió a su Golf. Se sentía cansado de los encargos de esa naturaleza y anhelaba los tiempos en que cada día estaba cargado de una intensidad inigualable.

Los días en los que era el primero al que llamaban en la oficina y servir a los demás tenía el sentido que empujaba su vida.

4

Viernes.

El cielo estaba encapotado, presagio del crudo invierno que amenazaba con enfriar la ciudad hasta los huesos. Pero no todo era tan lúgubre; Marla había estado radiante desde que entró en la nómina. Aunque las cuentas del despacho no estaban para tirar cohetes, al menos gozaban de cierta estabilidad financiera. Eso, en opinión del detective, le quitaba un poco de chispa a la vida. Pero lo cierto es que era algo inédito para ambos.

Al llegar al despacho, Maldonado traía consigo una bolsa de papel con el desayuno. Desde que las cosas iban mejor en lo económico, se permitía el capricho de comprar el desayuno más de una vez a la semana. No era ningún derroche, pero sí un modesto detalle que compartía con su secretaria, a quien le estaba enormemente agradecido.

—¡Buenos días, Marla! —saludó, depositando la bolsa sobre su mesa, con una sonrisa comedida. Ella le devolvió el saludo y escudriñó el contenido de la bolsa mientras él colgaba su gastado Barbour en el perchero de la entrada—. ¿Algún asunto pendiente?

Ella destapó un café y puso cara de pocos amigos.

—Javier...

—¿Sí?

—¿Cuándo te enterarás de que me gusta el café con un poco de leche?

Se acercó a inspeccionar la bebida.

—Veo un poco de leche ahí.

—Más bien es un vaso medio lleno de leche.

—Me lo tomaré yo, entonces. ¿Ha llamado alguien?

—Nadie importante —respondió Marla, sacando un minibocadillo de jamón, queso y rúcula, así como una rosquilla de chocolate.

Cogiendo su café, le arrebató el bocadillo antes de que ella pudiera reaccionar.

—¿Nada relevante?

Marla lo miró con una chispa de indignación en los ojos, arrancándole el bocadillo de las manos.

—El periódico está en tu mesa...

—Eres un encanto.

—Ha llamado el padre de ese chico.

—Interesante.

—¿Has averiguado a qué se dedica?

—Es estríper en despedidas de solteras. No es ilegal, ¿verdad?

—¿Tienes fotos? —preguntó ella, curiosa, más que otra cosa.

—Sigue soñando.

—El padre quiere hablar contigo en persona. Más te vale tener algo mejor que el argumento que has usado conmigo.

—Lo tendré en cuenta. ¿Ha mencionado el motivo?

—¿Hace falta? Ambos sabemos lo que has estado haciendo. Le he dicho que no sabía cuándo volverías.

—No me preocupa en absoluto.

—Por cierto, quiere recuperar su dinero.

—Nada sorprendente, pero era predecible.

Maldonado entró en su despacho y depositó la taza de café aún humeante sobre el escritorio. Acto seguido, cerró la puerta con suavidad, se acomodó en la confortable butaca y abrió el cajón derecho de su mesa. Extrajo una botella de Terry y vertió un chorro en su café, fuera del campo de visión de Marla, aunque era consciente de que su secretaria no necesitaba presenciarlo para conocer sus costumbres poco saludables. Finalizó el ritual guardando la botella de nuevo en su escondite, listo para sumergirse en la prensa matutina.

Pasó por alto los titulares y se dirigió directamente a la sección de sucesos, una costumbre arraigada desde sus días como inspector de homicidios. Ahí encontró un titular que captó su atención de inmediato:

«Fallece Mauricio Medeiros a causa de un infarto»

El exdelincuente gallego especializado en el robo de joyas y obras de arte, condenado a una década de prisión por homicidio y cómplice del célebre saqueo a la vivienda del expresidente de la Comunidad de Madrid, Gonzalo Simancas, ha muerto repentinamente por un ataque cardíaco en la estación de Atocha, justo cuando se disponía a tomar un tren con destino a Barcelona. El equipo forense aún está en proceso de determinar las circunstancias de su fallecimiento, aunque todo apunta a una causa natural.

«Medeiros, Medeiros...» repitió Maldonado en su fuero interno, mientras asimilaba los detalles del artículo. El apellido le resultaba familiar, aunque no podía conectarlo directamente

con la noticia. Quizás lo había oído antes en otro contexto o tal vez su mente le estuviera jugando una mala pasada, asociando el nombre con otros recuerdos. Pero no podía quitarse de encima la sensación de que algo en esa noticia era anómalo.

Tomó un sorbo de su café mezclado con brandi y sintió el calor del alcohol descender por su garganta, revitalizándolo casi al instante.

«Nada como un carajillo improvisado, para combatir este temporal», se dijo y empezó a rememorar el caso. Lo había seguido muy de cerca cuando era inspector, aunque nunca tuvo la oportunidad de investigarlo de primera mano. Medeiros había sido imputado por allanamiento, intento de robo y homicidio con arma blanca. La banda de asaltantes dejó atrás al gallego, que tuvo que enfrentarse al político cuando este lo sorprendió. Sin embargo, la resolución del caso había sido de lo más ambigua, culpando a Medeiros por disparar contra el político y, desgraciadamente, herir de muerte a una tercera persona, una mujer que, según indicaban los informes, «pasaba por allí esa noche».

Este último detalle resultó especialmente intrigante para el detective, aunque no llegó a sorprenderle del todo. Conocía a la perfección los entresijos del sistema judicial español; sabía que, a veces era la magistratura y en otras ocasiones, oscuros intereses, los que conseguían diluir pruebas contundentes.

Sin embargo, pasó rápidamente al resto de noticias, las cuales le interesaban más bien poco, y se dirigió de inmediato a la sección de deportes para consultar la clasificación de La Liga. El Atleti le sacaba cinco puntos al Real Madrid. Aunque confiaba en el potencial de su equipo para ganar el título, también sabía que sería un sufrimiento constante hasta el último partido; que todo podía venirse abajo en el momento menos esperado. Pero ser del Atleti tenía ese punto masoquista y de resignación que solo unos pocos sabían llevar con dignidad.

Finalmente, cerró el periódico y echó un vistazo al montón de sobres sin abrir que acumulaba en uno de sus cajones. La mera idea de revisar su contenido le provocó una pereza instantánea, así que decidió que podían esperar otro día más. Justo cuando estaba a punto de saborear su café mientras observaba la nubosidad que cubría la Gran Vía madrileña, sonó el teléfono de su escritorio.

—Deja, yo lo cojo —le dijo a su secretaria y descolgó antes de que ella pudiera anticiparse—. Javier Maldonado, detective privado.

Del otro lado de la línea se produjo un extraño silencio, como si hubiese interferencias.

—¿Diga? —insistió.

—Buenos días, señor Maldonado. Soy Pedro Ramiro.

La forma en que pronunció su nombre y apellido sonó cargada de un significado implícito, como si escondiese algo más allá de una simple presentación.

—Encantado de conocerle, señor Ramiro. ¿En qué puedo ayudarle?

El hombre carraspeó, visiblemente molesto.

—Es usted Javier Maldonado, ¿verdad?

—Así reza mi tarjeta. Dígame, soy tan bueno en lo mío como falto de paciencia.

—Le hablo desde la dirección del Diario de Madrid. ¿Le suena? ¿O acaso no se considera usted un hombre informado?

En ese instante, su mirada se posó sobre la portada del periódico que tenía delante de él. Efectivamente, se trataba del mismo rotativo que citaba la voz al otro lado del teléfono.

—Desde luego, soy un fiel seguidor de su diario —respondió, deslizando la vista por la primera página hasta toparse con la lista del equipo de redacción. Su mirada se detuvo al reconocer un nombre: Pedro Ramiro, director del periódico y una figura notoria en los círculos sociales de Madrid, tanto por su excéntrica presencia en eventos públicos, como por autoproclamarse paladín de la verdad y la objetividad—. Ahora le sigo, señor Ramiro. ¿Qué motivo le ha impulsado a contactarme?

—Mire, señor Maldonado, estamos ante una situación delicada.

—Las situaciones siempre son delicadas, incluso cuando no lo parecen a simple vista. Le recomendaría que vaya al meollo del asunto.

—Quisiera invitarle a almorzar.

—Lamentablemente, no tengo por costumbre mezclar asuntos profesionales con placeres personales; podría generar expectativas erróneas... y debo decirle que suelo decepcionar a menudo.

El comentario no hizo mella en el buen ánimo de Ramiro; más bien, se palpó una nota de enfado en su tono.

—Hablo de un almuerzo de trabajo, señor Maldonado. Me gustaría discutir el tema más a fondo y en persona, no por vía telefónica. Le consideraba una persona seria...

—Y lo soy, señor Ramiro, que no le quepa duda.

—No da esa impresión.

—Solo muestro mi seriedad en distancias cortas y cuando se me amenaza con un arma.

—¿Ha concluido con sus bufonadas? Soy el director del periódico más leído de Madrid. No tengo tiempo que perder.

Antes de que pudiera contestar, Marla, su secretaria, tocó suavemente a la puerta y la abrió.

—Es el inspector Berlanga. Ha llegado.

—Pídele que aguarde un momento; estoy ocupado.

Ella asintió en silencio y se retiró.

—¿Sigue ahí, Maldonado?

—Sí, discúlpeme. Estamos con mucha actividad en la agencia. Continúe.

—Reúnase conmigo hoy.

—Ofrézcame una razón convincente.

Ramiro hizo una pausa notable, tragó saliva y vaciló. Por el rabillo del ojo, Maldonado vio al inspector Berlanga, elegantemente vestido con su gabardina beige de Burberry, como si fuera una versión refinada y más juvenil de Colombo. El inspector hizo una seña, instándole a terminar la conversación, pero el detective se resistió.

—No tengo todo el día, señor Ramiro.

—¿Está familiarizado con el caso de Mauricio Medeiros?

«Esto se pone interesante».

—Sí, lo estoy.

En ese instante, la llamada se interrumpió abruptamente. Maldonado notó un escalofrío recorriéndole la espalda al observar la mano de Berlanga sobre el botón del teléfono.

—¿Ramiro? ¿Está usted ahí? —preguntó, mientras notaba que le invadía una oleada de calor y sus ojos se llenaban de un fuego intenso—. ¿Pero qué carajo estás haciendo?

—Te he dicho que cuelgues, Javier —respondió Berlanga.

—Pero... —replicó, apretando los puños mientras reprimía el deseo de asestarle un puñetazo a Berlanga, quien en esa ocasión lo tenía más que merecido—. ¿Qué demonios significa todo esto?

El inspector, exhibiendo una calma aplomada y la seguridad de que su amigo no iba a estallar, tomó el periódico que yacía sobre el escritorio, señaló su propia cabeza y luego hojeó hasta llegar a la noticia que Maldonado había leído previo a la llamada.

—Esto —afirmó, apuntando a la noticia acerca de la estación de Atocha—. El caso Medeiros ha sido reabierto y ahora está en manos de la policía. Pedro Ramiro es un impostor.

—¡Anda! Ahora me dirás que la Tierra gira alrededor del Sol.

—Conoce tu pasado y busca aprovecharse de ti.

—Eso no te autoriza a irrumpir en mi despacho y colgarle el teléfono a mi cliente en potencia.

—¿Se ha convertido ya en tu cliente?

—Eso no es asunto tuyo. Podría haberlo sido.

Respirando profundamente, Berlanga exhaló un largo suspiro.

—Permíteme corregir mi error con un almuerzo decente. Te ofreceré una explicación y una grata noticia.

—Tus «gratas noticias» nunca parecen serlo para mí. ¿Vas a ser padre de nuevo?

—No, no es una noticia tan «grata».

—¿Por qué todos creéis que podéis comprarme con un simple almuerzo?

—No lo tomes como algo personal. Así son las cosas en este país.

—De acuerdo. Al menos suelta ya la dichosa noticia.

Berlanga esbozó una sonrisa, pero guardó silencio. Se despidió cortésmente de la secretaria y abandonó el despacho rumbo al ascensor.

Maldonado recogió su abrigo y se dirigió a Marla.

—Si Pedro Ramiro vuelve a llamar, dile que estaré más que dispuesto a colaborar.

—Y tú, ¿adónde vas?

—A encontrar un caso que realmente valga la pena —respondió, para luego cambiar su tono y confesarle la sospecha—. Hay algo que huele mal en la muerte de Mauricio Medeiros. Investiga todo lo que puedas al respecto, busca lo que se publicó sobre el crimen que cometió.

—Entendido. ¡Buena suerte con el inspector!

—¡Gracias, la necesitaré! Hoy parece que se ha levantado con los galones bien subidos... Regresaré en breve. Avísame si surge algo relevante.

Se despidió de la secretaria y alcanzó a Berlanga justo en el umbral del ascensor, mientras esperaban a que las puertas se abrieran.

—¿Cómo logras que te aguante día tras día? —le preguntó, haciendo referencia a su secretaria.

Maldonado sonrió.

—Café, dulces y, por supuesto, un salario en condiciones.

5

La pareja se dirigió hacia el bar Padrao, un rincón apreciado por la Policía, donde se acomodaron a una mesa al fondo, junto a la barra. A esa hora, el local ya bullía de actividad. Entre funcionarios de los ministerios cercanos, agentes de la comisaría de la calle de la Luna y otros habituales como Maldonado, que, sin ser ni lo uno ni lo otro, se dejaban ver por allí con frecuencia. Durante el paseo, Berlanga se había limitado a la charla trivial que solía emplear cuando llevaba tiempo sin noticias de su amigo. En esta ocasión, habían sido semanas en lugar de días, pero así son las cosas a veces. Ni él ni Maldonado sentían la necesidad de estar constantemente en contacto.

—Un estríper, ¿eh? —observó el inspector, al oír hablar del último caso de Maldonado—. Interesante. ¿Te pagan bien por ello?

—Ni de lejos.

—No te lamentes. Al menos, ahora tienes bastante faena. Hace unos meses, la historia era otra.

—Son como las olas, unas vienen y otras van.

—Exacto, o te toca una buena, o te toca una mala.

El camarero se acercó para tomar nota. Maldonado echó un vistazo al reloj: eran las diez y media de la mañana. Decidió abstenerse de pedir café y optó por una caña. Berlanga levantó las cejas y pidió un café para él.

—¡Venga, suelta ya! ¿A qué viene todo esto? Espero que tengas una buena razón para sacarme del despacho.

—¿Qué mosca te ha picado hoy?

—Tanto misterio... es raro en ti.

—Lo mismo podría decir de tu impaciencia.

—Miguel, no me obligues a hacerte un Tercer Grado.

El camarero regresó con un café para Berlanga y una caña para Maldonado, que vino acompañada de un generoso bocadillo de lomo adobado, cortado por la mitad. El Padrao no solo

era famoso como lugar de encuentro para las fuerzas de seguridad, sino también por las abundantes tapas que servían gratuitamente con la bebida.

—Lamento mi comportamiento previo —empezó Berlanga, observando cómo Maldonado devoraba su mitad del bocadillo, con el aceite resbalando por sus labios—. Pero ya sabía que te llamarían del periódico, tarde o temprano.

—Ajá, así que lo sabías.

—No podrán conseguir información de la policía hasta que aclaremos qué ha sucedido. Son órdenes de arriba.

—¿Y por qué narices se han fijado en mí? Precisamente, no soy el más cercano al Cuerpo.

—Tu nombre ha empezado a circular por las redacciones de los periódicos. Entiéndelo, Javier, eres famoso.

Aunque el comentario iba cargado de sorna, al detective le ilusionó oír aquello. Lo sentía como una victoria frente a la brigada.

—Cierto. —Maldonado hizo una pausa y tomó un sorbo de su caña—. Cuéntame más sobre Medeiros.

—Falleció ayer de un infarto en plena estación de Atocha. Parece que se disponía a viajar.

—Te he dicho que me cuentes, no que me resumas la noticia, Miguel—replicó, con un tono acusatorio—. Recuerdo el caso y también que las cosas se resolvieron de un modo muy ambiguo. Supongo que a tus jefes les preocupa que meta las narices donde no debe... Así que no me tomes por lo que no soy.

—¿Un policía?

—Un pardillo.

Berlanga suspiró.

—Medeiros salió de la cárcel hace pocas semanas. Le conmutaron parte de la pena, aunque igualmente pasó un buen número de años entre rejas.

—Se dedicaba al hurto de obras de arte.

—Exacto. Era un peón en la organización criminal de Lagarto, un tipo sumamente peligroso.

—Si mi memoria no me falla, fue detenido en el domicilio del expresidente de la Comunidad, Simancas, culpable del robo y por haber disparado a una mujer —dijo Maldonado y dio un sorbo a su cerveza para aclarar la garganta—. Nuestra comisaría no gestionaba el caso, pero recuerdo que las noticias circulaban como la pólvora.

—Estás en lo cierto. Sucedió algo inusual durante la operación. La idea era detener a Lagarto esa noche, pero algo se torció y solo pudieron apresar a Medeiros.

—Extraño.

—Cosas que pasan.

—De todos los miembros de la organización, detuvieron sólo a uno.

—Que no se te olvide que una joven inocente perdió la vida.

—Eso es lo más desconcertante. ¿Qué hacía ella allí? Precisamente, Simancas no vive en la plaza Mayor.

—Según parece, estaba de visita en casa de unos vecinos.

Maldonado lanzó una mirada escéptica a Berlanga, quien relataba lo que sus fuentes le habían informado. Sin embargo, al veterano inspector le carcomía la duda. Robar es una cosa, y asesinar a alguien, otra muy diferente, pensó.

—Vamos al grano. ¿Cuál es el motivo real de este encuentro? Todavía no me has dicho por qué me has citado aquí y empiezo a inquietarme.

—¿Acaso es un delito querer ver a un amigo?

—Vete al infierno.

—Necesito que me hagas un favor, Javier.

—Ya lo suponía.

—Como puedes imaginar, la muerte de Mauricio Medeiros ha traído cola, aunque no podemos elaborar un juicio hasta que no tengamos los resultados de la autopsia.

—Ya...

—Por lo visto, su viaje a Barcelona no tenía como destino unas vacaciones.

—¿Intentaba escapar del país?

—No tenemos ni idea. Nunca compartió sus planes con nadie.

—¿Y entonces?

—Hemos descubierto que una periodista le visitó en prisión en múltiples ocasiones.

—Es habitual. El sensacionalismo no conoce límites.

—No puedes colaborar con Pedro Ramiro.

Maldonado arqueó una ceja.

—Me lo dices así, sin más.

—Sí.

—Eso es mucho pedir, Miguel. Ya no soy policía y se trata de un caso relevante para mi despacho. ¿Eres consciente de la notoriedad que ese tipo me puede dar? Se llama publicidad gratuita y, sinceramente, estoy en un momento de mi carrera en la que no puedo rechazar estas ofertas.

—Lo hago en calidad de amigo, no como inspector.

—Escucha, no tengo simpatía por los periodistas, así que no interferiré en tus asuntos.

—No, no es eso. Es que necesito que hagas algo más...

—No me gusta nada cómo suena eso.

—El caso del asesinato de la joven que murió por el disparo, ha sido reabierto, una década después de los hechos.

—¿A santo de qué?

—El expediente... Haré que te envíen una copia a tu despacho... Sería prudente que le dieras un vistazo.

—Esto sí que no me lo esperaba. Prefiero que me lo resumas en una frase.

Berlanga levantó la vista al techo y soltó un suspiro. Maldonado intuía que lo mejor estaba por venir, pero era incapaz de descifrar la sorpresa oculta en la mirada de Berlanga.

—Necesito que colabores con alguien.

—No te sigo... ¿Por qué tanto misterio? Por una vez, Miguel, desearía que fueras directo al grano.

—Ahí reside el favor que te pido. El caso del asesinato de Cristina Velarde se ha reabierto y querría que participaras en él.

—¿Participar... yo?

—Exacto.

—¿Y lo sugieres tú?

—No precisamente.

—¿Dónde está el cebo?

—No lo hay.

—Sé más claro.

Berlanga se recompuso y finalmente se decidió a hablar.

—Me lo ha solicitado alguien que ya conoces. ¿Recuerdas al inspector Rojo?

De repente, Maldonado se tensó al oír ese nombre. «Imposible de olvidar», pensó, y los recuerdos regresaron: patrullando por Aluche o persiguiendo a aquella adivina de pacotilla. No tenía nada en contra de Rojo, pero eran dos personalidades difícilmente compatibles. Ahora comprendía los rodeos de Berlanga.

—Sí, hace tiempo que no sé nada de él.

—Pues vais a tener que poneros al día.

—¿Cuál es la propuesta?

—Colaboras con él y yo saldaré mi deuda personal contigo... Sé que en todo este tiempo, no has recibido el trato pertinente que mereces por parte del Cuerpo.

—No necesito vuestra misericordia. Puedo seguir adelante. Creo que lo estoy demostrando.

—Venga, Javier. No me jodas... Los dos sabemos lo mucho que echas de menos participar en ciertos casos. Piénsalo... Sabes de sobra que no eres bien recibido en la brigada, pero podría arreglarlo para que colaboraras con nosotros como asesor. Contarías con libertad y remuneración, y no tendrías que estar persiguiendo estrípers en despedidas de solteras...

El detective miró a Berlanga de soslayo, pero optó por no inquirir acerca de la naturaleza de esa futura deuda con el inspector.

—No lo tengo claro, Miguel... Las cosas no van así y tú lo sabes.

—Haré todo lo que esté en mi mano, te doy mi palabra... pero no puedo implicarme en este caso, ni en el de Rojo. No quiero correr riesgos.

—¿Temor?

—Simancas ya no preside, pero aún tiene influencia y mucho poder. Si relacionan mi nombre con alguna intromisión...

—Entendido... ¿Dónde está el alicantino?

—Lo sabrás en su momento.

El silencio substituyó la conversación por unos instantes. Berlanga temía que el caso de Medeiros, con todo el fango que pudiera surgir, empañara su reputación. Sin embargo, Maldonado no tenía nada que perder, pero sí mucho que ganar, reflexionó en su interior, dándole vueltas a la ambiciosa propuesta. Después de todo, colaborar con la policía, además del prestigio que le otorgaba, rompería con el hastío que arrastraba desde hacía meses.

—Necesito pensarlo.

—Te lo ruego.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Por qué confías en mí, después de todos los problemas que genero?

Berlanga extendió las manos, como si la respuesta fuese evidente.

—Siempre fuiste el mejor en localizar a personas desaparecidas.

—Pero la joven ya está muerta.

—Lamentablemente, el asesino no.

6

Se despidieron tras el almuerzo y Berlanga abandonó el lugar con escasas expectativas de que Maldonado accediera a colaborar. Este último lo acompañó hasta el cruce de Gran Vía y San Bernardo y se quedó observando cómo Berlanga se alejaba cuesta abajo en dirección a la calle Leganitos. Encendió un light, inmerso en el flujo vehicular y peatonal que saturaba la vía principal en esas horas. La conversación lo había sumido en una reflexión sobre su pasado, sobre las circunstancias que lo habían llevado a ingresar en la Policía y las que lo habían apartado del servicio. Personajes como Rojo, siempre metiéndose donde no les correspondía, solían acabar mal parados, especialmente en investigaciones delicadas como la de Medeiros. Maldonado sabía que ese caso ocuparía los titulares solo por un tiempo, antes de ceder espacio a noticias menos trascendentes.

Sin embargo, el caso tenía su complejidad. En especial, debido a la involucración del expresidente Simancas y al interés mostrado por Pedro Ramiro, periodista y crítico acérrimo del gobierno y de Simancas en particular. Durante los años en que Simancas había presidido la Comunidad de Madrid, Ramiro había mantenido una guerra mediática constante contra el político. Pensó que la razón, tal vez se limitara a los ideales políticos o a la coincidencia de la inauguración del diario. Ramiro aprovechaba las redes sociales y plataformas en línea para difundir su perspectiva y su imagen, vistiendo con su singular combinación de camisa y tirantes, convirtiendo sus vídeos en auténticas columnas de opinión dignas de un estadista de la talla de Churchill. Pero también usaba la crispación y el conflicto para ganar popularidad y lectores. Simancas, por otro lado, parecía inmutable ante las constantes difamaciones y bulos que Ramiro vertía sobre él.

Finalmente, Maldonado apuró su cigarrillo y lo apagó en una papelera cercana, antes de dirigirse hacia su edificio de oficinas. Mientras subía en el ascensor, su móvil vibró y, al mirarlo, vio que se trataba de un mensaje del inspector Berlanga, invitándolo a reflexionar. «No hay mucho que reconsiderar», pensó Maldonado, apagando la pantalla del dispositivo. Las cosas iban bien en la oficina y, aunque los casos actuales no eran particularmente emocionantes, prefería esa

estabilidad, en vez de meterse de nuevo en problemas. Además de sus propias responsabilidades, también había prometido mantener a Marla en nómina, lo cual era otra preocupación en su lista. A veces, Berlanga era tan egocéntrico como el resto del mundo, pensó.

Al girar la manilla de la puerta de su oficina, Javier oyó a su secretaria charlando por teléfono. Entró silenciosamente y le dirigió una mirada interrogativa para saber de quién se trataba. Marla le sonrió y asintió, como si su interlocutor pudiera verla, antes de colgar con decisión.

—Necesitas hablar con ese hombre —dijo ella.

—¿Con cuál de todos? —preguntó Javier mientras se despojaba del abrigo.

—Con el padre del chico que se dedica al estriptís. Parece que este le ha dicho la verdad.

—¿Y eso qué tiene de malo?

—Pide que le devuelvas su dinero.

—La verdad es invaluable, Marla —contestó riendo, pese al rastro de melancolía que nublaba su mirada—. No te preocupes, lo solucionaré más tarde.

Marla, que había empezado a captar los cambiantes estados de ánimo de su jefe, se puso de pie.

—¿Qué sucede, Javier? —inquirió, deteniéndolo en el umbral de la puerta de su oficina—. Conozco esa expresión.

—Nada —respondió él, percibiendo el seductor aroma del perfume de la chica. La examinó de arriba abajo, generando un tipo de tensión que ella apenas podía soportar—. ¿Has cambiado de perfume?

Ella frunció el ceño, tratando de ocultar su vergüenza a pesar del rubor que coloreaba sus mejillas. Tras romper sus defensas, Javier entró en su despacho. El café de la mañana, ya frío, seguía en su lugar. No obstante, lo tomó y dio un sorbo, ignorando su temperatura.

—Vamos, esa mirada tuya. ¿Qué te ha dicho Berlanga?

—¿Has investigado algo acerca de Medeiros? Eso es lo importante.

—Su muerte está en todos los medios, es lo único de lo que se habla ahora.

—Pero mañana será historia pasada...

—¿Desde cuándo te has vuelto tan lírico?

—¿Hay algo más?

—No —respondió, cambiando el tono de su voz, consciente de que no estaba de buen humor—. ¿Vas a contármelo?

—Berlanga quiere que le haga un favor... y no estoy dispuesto a ceder. Eso es todo.

—No, hay algo más.

—Sí. Esa es la verdad.

—No me lo estás contando todo, Javier. Eres un libro abierto.

El detective miró al escritorio y dio un largo suspiro.

—Detuvieron a Mauricio Medeiros por robar en la casa del expresidente de la Comunidad. Lo acusaron de homicidio cuando intentó escapar.

—Lo sé, he leído las noticias. Medeiros cumplió condena por ello. ¿A qué quieres llegar?

—Siempre he sabido que algo pintaba mal en la resolución de ese caso, pero no era «mi caso»... Berlanga me ha dicho que una periodista lo ha estado visitando en prisión últimamente.

—Últimamente, están de moda los documentales sobre estos casos. No me sorprendería que quisieran llevarlo a la televisión. Pero, ¿me vas a contar qué te ha pedido el inspector?

Javier se percató de que no quería seguir hablando del tema. Por un lado, la tentación actuaba como un imán, atrayéndolo hacia el peligro; por otro, no quería que Marla lo supiera. A pesar de los riesgos que conllevaba involucrarse en el caso Medeiros, sabía que ella sería la primera en apoyarle.

Por fortuna, el teléfono interrumpió el silencio del ambiente. Maldonado se apresuró a coger el auricular.

—Javier Maldonado, detective privado, al aparato —anunció.

—Un taxi le está esperando en la puerta de su edificio de oficinas —le informó Pedro Ramiro, sin preámbulos. Curioso, Maldonado arqueó una ceja. Acto seguido, abrió la ventana de su despacho y extendió el cable en espiral del anticuado teléfono para asomarse. Abajo, en la Gran Vía, un taxi aguardaba a la altura de la franquicia de café que había junto al edificio de la oficina—. Baje y súbase.

—¿Todo a la vez?

—No, salga del edificio y métase en el dichoso taxi.

—¿Estamos hablando de un secuestro consentido?

—Se trata de una invitación personal.

—¿Me permite llevar a alguien más?

—Haga lo que le plazca, pero ¡suba al taxi ya!

Maldonado colgó y soltó un suspiro. Le fascinaba irritar y desesperar a aquellos que se consideraban las autoridades supremas. Era su pequeña forma de darles una lección.

—¿Quién era? —preguntó su acompañante.

—Pedro Ramiro, el director del Diario de Madrid —respondió Maldonado, recogiendo su chaqueta—. Prepárate. Nos vamos de aventura.

Subieron al taxi, que rápidamente abandonó la Gran Vía en dirección al primer túnel que los llevaría hacia la M-30. Las oficinas del periódico estaban situadas al norte de Plaza de Castilla, más allá del perímetro metropolitano. Maldonado aceptó la invitación más por una especie de inquietud personal que por un genuino interés en el caso. La mala relación del periodista con el expresidente despertaba su curiosidad. No entendía cómo una persona podía tener tanta inquina hacia otra, hasta el fin de dedicar cada gota de sudor en dañar su imagen. Pero, rencillas aparte, el sabueso sabía que las noticias relacionadas con la política solían destapar escándalos que la sociedad precisaba saber. Escándalos financiados por fuentes ajenas, capaces de echar por tierra una victoria electoral. Tras su conversación con Berlanga, contemplaba la posibilidad de mantenerse al margen; después de todo, ni precisaba el dinero, ni deseaba meterse en un asunto de alto riesgo. Estaba convencido de que no sería el único que estaría investigando el caso por su cuenta, con diferentes fines, por lo que no se sentiría cómodo con otros como él pisándole los talones. Pero pensó que no veía inconveniente en escuchar a Pedro Ramiro, cuya versión estaría seguramente repleta de medias verdades y clichés.

—¿Por qué tanta urgencia? —indagó la secretaria, echando un vistazo por la ventana y notablemente sorprendida por la rapidez con la que Maldonado había actuado—. ¿Has aceptado la proposición de ese individuo?

—No exactamente. Pero quiero que me asistas en esto.

—Si viene de ti, debe de ser relevante.

—Lo es —afirmó Maldonado, mirando brevemente al espejo retrovisor. El taxista, fingiendo centrarse en la carretera, estaba en realidad escuchando la conversación.

—¿Todo bien, ahí delante? —le preguntó Maldonado.

El conductor carraspeó, delatando su atención.

—Todo en orden. Mucho tráfico, como siempre.

—Entendido. —Maldonado se volvió hacia su secretaria y le hizo una seña discreta. A partir de ahí, moderaría su conversación—. Saca tu teléfono. Quiero que busques en Internet

fotografías del expresidente.

Marla accedió, consciente de que su jefe era un dinosaurio digital y le mostró los resultados. En la pantalla aparecían miniaturas de las imágenes de las agencias de prensa. La mayoría eran de la misma época, relacionadas con el periodo activo de Simancas. Continuó con la búsqueda, pasando las páginas virtuales, yéndose a años atrás, hasta que comenzaron a aparecer las que estaban relacionadas con el asalto a la vivienda. En una de ellas, se fijó en un detalle que le llamó la atención. El expresidente aparecía consternado, junto a una mujer morena con los ojos verdes.

—Es su esposa —aclaró Marla, antes de que él preguntara—, Laura Sierra.

—Sierra... ¿De qué me suena?

—La familia Sierra era una de esas familias de militares venidas a menos... —comentó el taxista, metiéndose en la conversación—. El padre, Joaquín Sierra, fue un coronel muy cercano al generalísimo...

—Interesante —dijo Maldonado, preguntándose cómo Simancas y su esposa, ambos procedentes de ideales tan opuestos, habrían terminado juntos.

—Pero están arruinados, o eso dicen en la radio. Al parecer, vendieron todos los pisos de la Colonia Fleming y quemaron los billetes como si hubieran pasado un invierno sin leña...

—¿Ha terminado?

—Sí.

Maldonado le hizo un gesto para que siguiera mirando a la carretera.

—Por cierto, Marla... Ha habido un cambio de planes. Es posible que no te necesite en la reunión.

—Un cambio de planes, ¿desde cuándo?

—Desde ahora.

—¿Puedo saber cuál es la razón?

Él carraspeó y bajó el tono de voz.

—Mientras yo esté reunido con Ramiro, necesito que cotillees un poco...

—Vaya, me siento desplazada.

—Averigua por qué Ramiro y Simancas se llevan tan mal. Sabes qué hacer en esos casos.

—La verdad es que no tengo ni idea.

El taxista soltó una risotada. Maldonado se acercó a él, irritado.

—¿Le parece gracioso?

—En absoluto.

—Marla, presta atención. Podría ser más fructífero lo que escuches en la cafetería del periódico que en el propio despacho del director... No sé, hay algo que no me cuadra en estas fotos, sobre todo, la unión de Simancas y su esposa...

—El amor no entiende de política.

—Cae del burro, chica. A estos dos —dijo y señaló al teléfono—, hace años que se les acabó el amor... y es probable que Pedro Ramiro nos pueda contar algo sobre ello.

—Ese Ramiro es un impresentable —terció el conductor.

Visiblemente molesto, Maldonado se inclinó entre los asientos delanteros.

—¿Qué ha dicho?

—Que Pedro Ramiro es un impresentable. Se nota cada vez que habla en televisión, siempre repartiendo carnaza.

—Escuche, estamos cerca del Bernabéu y aún nos queda un buen tramo... ¿Piensa callarse?

—¡Hala Madrid, por cierto!

—Increíble. Y encima madridista. Hoy no es mi día.

—Y con mucho orgullo. Usted, por su comentario, debe de ser del Atlético, ¿no?

—Se dice Atleti... y le recomiendo que mantenga la boca cerrada durante el resto del trayecto.

—Javier, déjalo.

—No, no, señorita. Que siga, estos del Atlético siempre cacareando, pero luego...

—Si habla una vez más, le pondré una reclamación que le costará la licencia del taxi.

El taxista contuvo cualquier comentario de más, captando la indirecta de Maldonado sobre las prácticas ilícitas en el negocio de los taxis, un asunto que también empañaba su lucha contra las empresas de VTC.

—¿Siempre tienes que ser tan mordaz con la gente? —preguntó Marla.

—No siempre, solo cuando es necesario. Y este era uno de esos momentos. Los madridistas tienen esa particularidad.

Maldonado, desde su asiento, distinguió la figura de una mujer que caminaba por el paseo de la Castellana. De algún modo, se parecía enormemente a la señora que había visto en la pantalla del teléfono.

—Espera, esa mujer es...

—Sí, es ella. La señora Sierra, la esposa de Simancas —confirmó Marla.

Un pensamiento repentino hizo cambiar el parecer del detective.

—Deténgase aquí, por favor —le indicó al taxista, acelerando el tono. Pensó que era un momento propicio para conversar con ella, aprovechando la distracción mediática en torno a su marido.

—Pero si aún no hemos llegado al destino que me indicaron...

—Lo sé, pero eso es irrelevante en este momento —respondió Maldonado, observando cómo la mujer avanzaba, ataviada con gafas de sol y un abrigo de visón que le llegaba hasta los muslos. Por debajo, sus piernas estilizadas estaban resguardadas por medias opacas. El taxista accedió a estacionar y activó las luces de emergencia—. Quédese aquí unos minutos, por favor.

—No puedo detenerme en medio de la calle, así como así.

—Entonces, dé una vuelta y regrese.

—¿Por qué no me paga ahora y luego toma otro taxi?

—Solo serán un par de minutos.

El taxista echó un vistazo al taxímetro y asintió de mala gana, resignado al ver la cifra.

—De acuerdo, les esperaré junto a aquella tienda.

—Gracias —dijo Maldonado mientras descendía del vehículo junto con Marla.

—¿Qué se supone que estamos haciendo? —interrogó ella.

—Hay algo que necesito averiguar. Sígueme de cerca, ¿de acuerdo?

—Entendido, capitán...

La pareja se apresuró por la calle, intentando cruzarse de frente con la mujer para forjar un encuentro casual. Aunque Maldonado no disponía de todos los datos, intuía que la esposa del político revelaría lo suficiente con su modo de actuar. Ahora que la atención pública estaba centrada en Medeiros, mencionar el asesinato de Cristina Velarde podría pillarla desprevenida. Le bastaría con leer su expresión para conocer algo de la verdad. La pareja se detuvo junto a la señora Sierra, ante el escaparate de una joyería, cuando esta notó su presencia:

—¿Se acuerda de mí, Laura? —preguntó el detective, jugando sus cartas.

Ella lo observó detenidamente y después miró a la chica.

—Lo cierto es que no. Debe de haberse confundido.

—La he llamado por su nombre —insistió y el rostro de la mujer manifestó una arruga en la frente—. No debo de andar muy mal encaminado...

La mujer se quedó petrificada y echó un vistazo a su alrededor, sujetando el bolso con firmeza, con un ademán protector.

—¿Quiénes son y por qué me conocen?

—Quédese tranquila, no somos periodistas —añadió rápidamente.

—¿Cómo osa hablarme de esa forma tan directa? —inquirió, dirigiendo su mirada hacia Marla—. Ah, ya entiendo. Son detectives. Los envía ese chiflado de Ramiro, ¿verdad?

—Eso es secundario en este momento —replicó Maldonado, interponiéndose en su camino cuando ella intentó esquivarlos—. Solo quiero plantearle unas preguntas.

—Esto se considera acoso, que es un delito. Aléjese o empezaré a gritar.

—Veo que conoce bien la ley.

—No se lo repetiré dos veces.

—No le convendría hacerlo. Seguro que no desea que la prensa haga un nuevo escándalo sobre las quiebras y el desfalco patrimonial de su familia. Imagino que esos temas son aún más delicados que los pendientes que estaba mirando en el escaparate.

—No me intimidan sus palabras, por mucha basura que suelte por la boca.

Maldonado evaluó su respuesta, percatándose de la rapidez con la que ella asoció todo con el director del periódico. No cabía duda de que Ramiro llevaba tiempo en su punto de mira.

—Espere, creo que hemos empezado con mal pie. Yo...

—Y acabado. No tengo nada más que decir sobre usted.

—Me intriga saber por qué Ramiro se está tomando tanto tiempo para echarle más leña al fuego.

—Pregúntele a quien le paga. Todo lo que ese hombre publica, es falso. Se ha obsesionado con arruinar nuestras vidas y no descansará hasta conseguirlo. Pero no lo permitiremos.

—¿Se ha preguntado alguna vez por qué haría algo así?

—¿Se han preguntado ustedes, por qué hacen lo que hacen?

—Tocado y hundido...

Visiblemente despreciativa, la mujer evitó responder.

El semblante de la señora Sierra sufrió un cambio sutil pero notable. Algo en su mirada desconcertó a Maldonado. Un silencio tenso y prolongado se instaló entre los tres, mientras el mundo alrededor continuaba su ritmo frenético.

—Sé lo que buscan, pero mi marido es inocente. Se llevó a cabo un juicio y se demostró que era así.

—No estoy inculcando a su esposo.

—Si vuelven a importunarme, se arrepentirán —dijo la mujer alejándose de ellos.

—¿Acaso es eso una amenaza, Laura Sierra? —inquirió Maldonado al aire, aunque ella ya se había perdido de vista. Lo cierto era que el encuentro había sido infructuoso y, además, había expuesto su identidad.

Marla comenzó a aplaudir lentamente.

—Bravo, Javier. Eres todo un negociador...

—¿Puedes dejar de hacer eso? Me incomoda.

—Hemos metido la pata, Javier...

—No, no lo creo así. ¿Has observado su reacción?

—¿Y quién no reaccionaría así?

—Es inadecuado, Marla.

—Quizás, pero no te va a mostrar su lado amable, y menos utilizando esa táctica. ¿Siempre interrogas a la gente de esa manera?

—Lo cierto es que creo haber perdido mi toque.

—No hace falta que lo jures.

La bocina del taxi sonó, recordándoles su presencia.

—Será interesante que nos reunamos con Pedro Ramiro. Tal vez él pueda arrojar algo de luz sobre lo que la señora Sierra está ocultando.

8

Desembolsaron el dinero para el taxi y cerraron la puerta de golpe, lo cual se vio contestado por un sonoro claxon y un gesto ofensivo del conductor. El edificio que sostenía la sede del diario de Madrid se erigía en un bloque de oficinas elegantes de cinco pisos, resistiendo aún al impacto de la polución capitalina. Maldonado miró hacia arriba, pensando que solo era cuestión de tiempo antes de que la fachada se tiñera del gris desvaído que caracterizaba al resto de la metrópoli.

Atravesaron el vestíbulo hasta llegar a una recepción donde una empleada cordial les dio la bienvenida. Tras identificarse, dos periodistas emergieron del ascensor principal para invitarles a subir. En ese instante, ambos se sintieron halagados e importantes, algo poco común en su día a día. El detective estaba acostumbrado a cierto nivel de deferencia cuando se trataba de clientes adinerados, pero Marla pertenecía a un universo completamente distinto. Las puertas del ascensor se abrieron, revelando un hervidero de actividad periodística. Se trataba de un auténtico taller de noticias, crónicas y contenidos audiovisuales para las redes sociales.

Siguiendo a una de las periodistas, caminaron por un pasillo alfombrado, hasta llegar a una sala de espera. Marla observaba los ordenadores y la atmósfera frenética, impregnada de pulsaciones de teclado y aroma a café. Maldonado, por su parte, no podía evitar preguntarse por qué, precisamente, el director del diario lo había elegido para esta cita.

—¿Les apetece un café o una infusión? —ofreció la redactora que los había conducido.

—Un agua, gracias —respondió Marla.

—Café, doble y cargado. Nada de brebajes insípidos de máquinas expendedoras —aclaró Maldonado.

La joven asintió, cerrando la puerta tras de sí. Maldonado tomó asiento y apoyó los codos en las rodillas.

—Te noto más tenso de lo habitual. ¿Vas a decir algo al respecto?

—Es por Berlanga; me tiene en una postura complicada.

—No te preocupes, el inspector siempre tiende a exagerar...

—No, en esta ocasión, prefiere lavarse las manos, como Pilatos.

—¿De qué tipo de problema estamos hablando?

La puerta se abrió de repente, sobresaltando a ambos. Pedro Ramiro, el prestigioso director del periódico hizo su aparición. Ataviado con su traje y tirantes, un cruce entre un Eliot Ness del periodismo y un primo distante de Tom Wolfe, extendió la mano hacia Maldonado en un gesto de desafío.

—Javier Maldonado, me complace que haya aceptado venir —afirmó Ramiro, estrechándole la mano con decisión—. Quedan pocos como usted en este país.

—Afortunadamente, para sus habitantes —replicó Maldonado, liberándose del apretón—. Le presento a Marla, mi colaboradora de investigación.

Los ojos de la secretaria centellearon brevemente al escucharle. Por primera vez, su jefe no la minimizaba como mera asistente.

Ramiro asintió sin apartar la mirada del expolicía, obviando por completo a la pelirroja.

—Por favor, pase a mi despacho.

—Disculpe, tal vez no me ha escuchado bien —insistió Maldonado—. Marla es mi colaboradora en la agencia.

—Entendido... —Ramiro retrocedió un paso y le extendió la mano a la secretaria. Justo entonces, la periodista regresó con un café humeante y un vaso de agua.

—Un café doble, tal y como solicitó. Espero que sea de su gusto.

—Gracias. Estoy seguro de que sí —respondió Maldonado, mostrando su vaso al director del diario—. Cuando guste.

—Rosana, ¿por qué no muestras a la señorita nuestras instalaciones?

Marla frunció el ceño, pero un gesto de Maldonado la animó a aceptar la propuesta. No se perdería nada crucial en ese despacho.

—Nos vemos más tarde —le dijo el detective, con un aire de complicidad, antes de dar un sorbo al café.

—¿Me sigue? —indicó Ramiro.

Maldonado lo acompañó a través de un largo pasillo, cruzando ante una serie de estaciones de trabajo. Se percató de que el diseño estaba orientado para que la presencia del director no pasara inadvertida. Al final del corredor, Ramiro señaló una puerta de cristal con las persianas bajadas.

—Adelante.

El sabueso cruzó la entrada y se detuvo a observar el amplio escritorio, la espectacular vista de Madrid a través de los ventanales, y las numerosas distinciones y placas colgadas junto a una estantería repleta de libros.

—Espléndido lugar... y magníficas vistas.

—Le agradezco el cumplido.

—¿Es este el rincón desde donde destila toda su acritud?

Ramiro soltó una risa diplomática para evadir el comentario.

—¿Es usted fumador, señor Maldonado?

—Sí, gracias.

—Me refiero a si fuma habitualmente. Puros, habanos... Fumar aquí está prohibido.

—Qué lástima... y no, solo light. La edad no concede tregua.

—¿Y bebe?

—¿Esta es otra pregunta doble? Porque si es así...

Ramiro destapó una botella de whisky de diseño, del tipo que se reserva para agasajar a invitados en residencias de lujo. Maldonado había visto esas botellas en películas, pero nunca había tenido una tan cerca.

«Me imagino que no la tendrá rellena de DYC...».

El director del periódico sirvió un poco de whisky en dos vasos y extendió uno hacia el detective.

—Es un whisky japonés, considerado uno de los mejores —articuló, inspeccionando la bebida a contraluz—. ¿Lo ha catado alguna vez?

Maldonado saboreó un sorbo y encontró la bebida más delicada que las que solía tomar.

—No está nada mal.

—Entiendo. «No está mal»... ¿Prefiere entonces el escocés?

Ramiro se situó tras su escritorio, anticipando la respuesta.

—No, me decanto por opciones más cercanas —respondió Maldonado y depositó el vaso sobre la mesa, deseoso de abordar el motivo de su presencia—. ¿Qué desea de mí, señor Ramiro?

—Que colabore conmigo.

—Lamento informarle que ya dispongo de un empleo.

—Estoy hablando muy en serio. Deseo que me asista en el caso Medeiros.

—Ajá.

—Esta vez, Simancas no saldrá airoso.

—La vez anterior sí que la tuvo.

—Es diferente.

—¿Cómo lo argumenta?

—Medeiros.

—Ya. —Dio otro sorbo al whisky y se aclaró la garganta—. Gracias, pero no me interesa.

—Le ofreceré unos honorarios excelentes, más una gratificación adicional. Usted decide la cantidad.

—Parece que además de insistente, tiene problemas de sordera. No es una cuestión monetaria. El caso Medeiros es una competencia de la policía, y no deseo problemas.

—Tenía la impresión de que usted era uno de esos outsiders obsesionados con la justicia.

—Si piensa insultarme, hágalo en nuestro idioma. Así podré responderle con propiedad.

—Relájese, detective. Estoy al tanto de su trayectoria.

—He supuesto que me habría investigado.

—Ha supuesto bien.

—Entonces, ¿por qué elegirme a mí? Lo mío no son los cadáveres.

—Porque usted fue policía, el mejor en encontrar personas desaparecidas... y sabe, casi tanto como yo, que Medeiros no es el culpable del asesinato.

—Pero ese hombre es historia. Está muerto.

—Por desgracia, así es, lo que no significa que aún no tenga la última palabra.

—Vaya. Esto sí que no me lo esperaba.

La declaración fue, cuanto menos, grandilocuente. Con pocas palabras, Ramiro insinuó poseer conocimientos que Maldonado no tenía, relegándolo a una posición de ignorancia y estableciendo una complicidad entre ambos. «Un manipulador de primera», pensó Maldonado mientras tomaba otro trago de whisky, disfrutándolo consciente de que sería difícil encontrar otro igual en mucho tiempo.

—Permítame una pregunta, señor Ramiro...

—Le escucho.

—Si es usted tan perspicaz y poderoso, ¿por qué no resuelve el caso por su cuenta? —interpeló Maldonado girándose hacia la ventana que daba a la sala de redacción, para señalar a los empleados que se desplazaban como hormigas de un extremo a otro del espacio—. No parece que carezca de recursos. La realidad es que no me necesita. Utilice su fortuna en algo más provechoso; suelo ser una decepción para la mayoría.

—Es usted bastante astuto —dijo Ramiro, mostrando un atisbo de desdén—. A su cuestión, le ofrezco dos respuestas. La primera es que soy yo quien decide cómo utilizar mi dinero y de qué forma, así que ahórrese los reparos...

—Vaya, no carece de elocuencia, desde luego.

—La segunda razón para contactarle no es egoísta en absoluto.

—Ah, ¿no?

—Exacto. Como bien debería saber, y si no lo sabe, permítame informarle: Medeiros estaba dispuesto a proclamar su inocencia por un delito que no había cometido, pero por el que había pagado.

—Así lo afirman periódicos como el suyo.

—Fue una periodista de la competencia quien le entrevistó.

—Pero no logró extraerle la confesión.

—Ella exigió una compensación económica y ciertas garantías.

—Quería realizar la entrevista desde Francia, si no me equivoco.

—Algo por el estilo.

—Lamento la franqueza, pero poco me importan las intrigas políticas o los reclusos arrepentidos. Medeiros era un delincuente, especializado en el robo de obras de arte de alto valor y vinculado a la organización de Lagarto. Si lo atraparon, por algo sería.

Pedro Ramiro rellenó el vaso de whisky y se lo tendió al expolicía.

—Le agradezco la oferta, pero ya he tenido suficiente.

—Le sugiero que beba antes de escuchar lo que estoy a punto de revelar.

—Como usted desee —respondió y tomó un sorbo del whisky, preparándose para escuchar—. Soy todo oídos...

—Estoy dispuesto a remunerarle porque Medeiros dejó un mensaje muy concreto antes de su fallecimiento —explicó Ramiro, dirigiendo su mirada hacia el horizonte urbano visible a través de los ventanales—. El ladrón temía por su vida y se arrepentía de sus actos pasados. Sin embargo, eso no lo eximía de su complicidad en el asesinato.

—Entonces, me está diciendo que se declaró culpable.

—No del todo, escuche... En su último encuentro con la periodista, previo a la entrevista que no llegó a tener lugar en Barcelona, le confesó que, en caso de que algo saliera mal, debía buscar esto... —El director sacó una llave del bolsillo de su pantalón, acompañada de un llavero redondo de plástico con las siglas G64 y se la ofreció al detective—. Aquí encontraría la verdad.

La revelación de Ramiro impactó a Maldonado como un latigazo, provocando un temblor en sus manos. Trató de controlar su nerviosismo bebiendo el whisky, que ahora le parecía tan suave como el agua.

Finalmente, Pedro Ramiro se volvió para enfrentarlo.

—Esa es la razón, señor Maldonado.

—¿Una llave?

—No sé a qué pertenece, pero su labor es encontrar la caja que se abre con ella.

—Es un trabajo complicado, ni siquiera sabría por dónde empezar. ¿Cuánto ha pagado por ella?

—Eso no importa. Confío en Medeiros y en su palabra, como también confío en su labor de rastreo para averiguar a qué pertenece. Deseo la exclusiva sobre la verdad de este caso, para que la justicia se vea reflejada en las páginas de mi periódico y para que el desgraciado de Simancas pague por sus crímenes.

9

La visita no transcurrió como anticipaba. En ningún momento sospechó que Pedro Ramiro dispondría de esa información para él. Y si ese era el caso, se cuestionaba cómo era posible que Berlanga no le hubiera informado previamente. ¿Ocultaría Ramiro más datos que incluso la policía desconocía? Este pensamiento le rondaba la cabeza mientras regresaba al centro de la ciudad en un taxi. Ese y la razón por la que había rechazado aceptar esa llave.

—¿Todo en orden, Javier? —preguntó la secretaria, observándolo con cierto escepticismo.

—Aún no lo sé, Marla —respondió y con una sola mirada, ambos entendieron que habría una conversación más profunda más tarde.

Por razones que no alcanzaba a comprender, prefería hablar del asunto en la intimidad. Volvieron en completo silencio; él, sumido en sus pensamientos y Marla consciente del cambio en su semblante. El taxi les dejó en la intersección de Gran Vía y San Bernardo, a un tiro de piedra de la entrada de su despacho. Era mediodía y el bullicio de la capital era abrumador. El tráfico era simplemente caótico. Echó un vistazo al reloj y pensó que sería el momento idóneo para almorzar, pero antes debía repasar cualquier noticia reciente sobre Medeiros y reflexionar sobre el origen de esa llave y la razón por la que el caco habría hecho algo así. Tras la charla con Ramiro, no podía quitárselo de la mente.

—¿Vas a compartir lo que te ha revelado ese hombre? —preguntó la secretaria en cuanto cruzaron la puerta del despacho—. Estoy realmente intrigada, Javier.

Él se detuvo, quedándose paralizado ante el umbral de su oficina.

—Medeiros iba a confesar antes de su muerte. Por eso se encontraba en Atocha y por eso perdió la vida.

—¿Una confesión ahora? ¿Con qué propósito?

—Imagino que para buscar justicia. No podía recuperar los años perdidos, pero sí podía arrojar luz sobre lo realmente ocurrido.

—¿Te ha dicho cuál es esa verdad?

—No, algo aún más inquietante —contestó, pasándose la mano por el rostro—. Al parecer, se había reunido en diversas ocasiones con una periodista. Ella sería la encargada de redactar el artículo y habían pactado encontrarse en Francia tras su liberación. Sin embargo, le instó a que, si algo le ocurría, salvaría su verdad bajo llave...

—¿Otra vez con el lirismo?

—No, me refiero a que debió de guardar alguna documentación relevante bajo llave, en alguna caja fuerte... Pedro Ramiro tiene esa llave. Por eso quiere que me haga cargo de encontrar la caja.

—¿Tú?

—¿Acaso te sorprende?

—Un tanto, la verdad. No eres precisamente el rey del orden, ni un cazatesoros...

Él arqueó una ceja y la observó con cierta incredulidad. Le sorprendía su esporádica falta de confianza en él.

—Tal vez, pero imagino que tendrá sus motivos para haberme llamado.

—No lo sé, Javier —dijo, encogiéndose de hombros. La falta de confianza en él, que ella mostraba, comenzaba a inquietarlo—. Quizá piense que aún mantienes lazos con la policía

—Es posible...

—Así que esa es la razón por la cual Pedro Ramiro desea contratarte.

—Exacto.

—¿Puedo ver la llave?

—No.

—¿Por qué?

—Porque he rechazado la oferta.

—¡Javier!

—Le he dado mi palabra a Berlanga. Además, no tengo ninguna información por la que empezar. ¿Puedes imaginar el dolor de cabeza?

—Pero te la ha ofrecido a ti por algo...

—No intentes hacerme cambiar de opinión. ¿Qué has averiguado tú mientras yo estaba en esa reunión?

—No he sacado mucho en claro, la verdad. La prensa trabaja a un ritmo que podría agotar incluso al más resistente. No han prestado gran atención a mis indagaciones, pero he logrado averiguar que se están volcando en la cobertura de la muerte de Medeiros. Parece que compartió un desayuno con alguien en la estación antes de sufrir el infarto.

—Vaya...

—¿Ramiro no te ha contado nada?

—Ni un poco. ¿Crees que fue envenenado?

—Podría ser tanto envenenamiento como simple indigestión. No soy forense, y tampoco adivina, Javier.

—Entendido. Sea como sea, es hora de centrarnos en nuestros asuntos.

—¿En serio? Justo cuando esto empezaba a volverse interesante.

—Berlanga prefiere que no me involucre.

—¿Y cuándo te ha importado eso? Algo más estás ocultando...

En cierto modo, Marla tenía razón. Que Berlanga se opusiera a sus intervenciones jamás le había supuesto un problema. No obstante, la presencia de ese inspector le indicaba que el caso era más serio de lo que aparentaba. Un paso en falso y podría encontrarse de nuevo en el atolladero del que había luchado tanto por salir.

—Vamos a tener las manos llenas con la carga de trabajo que nos espera.

—Lo que tú digas, Javier —respondió ella, visiblemente desilusionada y con un suspiro de resignación. Cogió su bolso y se dispuso a salir—. Voy a hacer algunas gestiones y aprovecharé para almorzar fuera. ¿Necesitas algo?

—Estaré bien —respondió él y la vio desaparecer por la puerta. Se dirigió a su escritorio y cogió el periódico de la mañana. Revisó una vez más la noticia que había leído más temprano, deteniéndose en la fotografía en blanco y negro del andén de Atocha. Leyó la nota de principio a fin, buscando un motivo que justificara involucrarse en el caso, pese a las complicaciones que conllevaría.

«¿Qué guardaste en esa caja, Medeiros?», reflexionó, sacudiendo la cabeza, en la soledad de su despacho. La respuesta era tan absorbente como un agujero negro en el espacio. Incluso, caviló en la posibilidad de que no fuese más que un falso señuelo para agitarlos a todos.

De repente, la puerta de la oficina se abrió abruptamente. Pensó que Marla había regresado a por alguna cosa que habría olvidado.

—¿Eres tú? —preguntó en voz alta, pero nadie respondió. En ese instante, un escalofrío lo recorrió, alertándolo de un peligro inminente. Con cautela, abrió el cajón del escritorio y agarró su revólver. Se acercó sigilosamente a la puerta y la abrió, dejando su rostro al descubierto. Y en ese momento lo vio, después de tanto tiempo... Tenía el mismo aspecto inconfundible de motero desafiante.

—¿Así es como acoges a todos tus clientes? —inquirió el inspector Rojo, situado a pocos pasos de distancia.

Maldonado guardó el revólver en su cinturón y se dieron un apretón de manos.

—¿No usáis el timbre en Alicante?

—¿No cerráis las puertas en Madrid? —le respondió con otra pregunta, antes de soltarle la mano.

—Berlanga no me informó de tu llegada... ¿Cuándo has llegado a la ciudad?

—Aterricé hace unas horas. Omití mencionárselo, no lo consideré relevante.

—Ya veo —respondió Maldonado, observando al hombre que tenía delante. A sus ojos, Rojo era un individuo enigmático, reservado y con un carácter que guardaba ciertas similitudes con el suyo. La diferencia radicaba en que Maldonado sabía cuándo era prudente mantener la boca cerrada. No estaba seguro de qué ofrecerle ni cómo proceder. Había transcurrido un buen tiempo desde su última colaboración en el caso del Tarot y desde entonces no había tenido noticias de él.

—Imagino que tu presencia aquí tiene que ver con la reciente muerte de Mauricio Medeiros.

—Has acertado, más o menos —afirmó Rojo, con su típica ambigüedad, lanzando una ojeada alrededor, por el despacho—. ¿Y Marla? ¿Dónde está?

—No se encuentra aquí en este momento.

—¿La has dejado marchar ya?

—Más bien sería ella quien me dejaría a mí... Pero no, ha salido a almorzar. ¿Qué te trae por aquí?

—Mera curiosidad. ¿Y tú?

—¿Qué quieres decir?

—¿Has comido ya?

—Aún no.

—Entonces, es el momento oportuno —dijo Rojo, girándose hacia la puerta—. Piensa en un lugar próximo a la estación de Atocha. Hay algo que creo que deberías ver.

10

Para Maldonado, ningún almuerzo en Atocha estaba completo sin una visita a las Bodegas Rosell de la calle General Lacy. Tal vez se debiera a que era una de las tabernas más longevas de Madrid, o quizá porque en su época en la Policía había parado allí innumerables veces. Lo cierto es que la taberna poseía esa aura auténticamente castiza y española que, para él, se había desvanecido con el tiempo en otros barrios de la ciudad. Aunque el establecimiento se había transformado en un imán para turistas, la esencia del lugar permanecía intacta, gracias a la dedicada gestión de los hermanos que lo regentaban.

Llegaron en un horario complicado, justo cuando los vecinos del barrio de Delicias se detenían para disfrutar de aperitivos o del menú del día, antes de retomar sus labores. A diferencia de las oficinas más modernas que seguían horarios internacionales, en barrios como aquel, aún se mantenía la tradicional jornada laboral de nueve a cinco, con su correspondiente pausa para el almuerzo.

Maldonado encabezó el camino hacia una mesa en un rincón, bajo un retrato de Camarón de la Isla, un toro de Osborne y varias pizarras con listas de vinos. Rojo examinó el entorno con una mirada de satisfacción.

—Espero que no consideres esto como una cita —comentó Maldonado—. No suelo tener este tipo de encuentros.

—Imagino que tu vida es bastante particular. ¿No había un lugar más tranquilo donde almorzar?

—Nada que valga realmente la pena por los alrededores —replicó Maldonado con una sonrisa—. Me lo agradecerás después.

—Así lo espero. Esto me recuerda al Guillermo, uno de mis lugares favoritos en Alicante.

—Entonces, ¿qué es lo suficientemente crucial como para sacarte de tu querido Alicante? Según mi experiencia contigo, no eres alguien que abandone fácilmente su zona de confort.

Rojo gustó el vino con un evidente placer y meditó un instante antes de responder. Justo entonces, el camarero depositó en la mesa dos succulentas porciones de bacalao rebozado y les

informó de que «las patatas de la abuela» estaban al caer.

—¡Salud! —dijo Rojo, eludiendo la pregunta mientras saboreaba un trozo de bacalao—. Collons, está de muerte.

—Y caliente, muy caliente... —añadió Maldonado.

—Escucha, Maldonado, ignoro lo que Berlanga te haya podido comunicar acerca del caso Medeiros, pero quiero ser franco desde el principio, para evitar malentendidos. He sido yo quien ha solicitado a la jueza que se reabra el caso de la joven asesinada en el transcurso del atraco.

—Interesante. No me lo esperaba, la verdad —replicó Maldonado con un deje de sarcasmo.

—Estoy al tanto de casi todo lo relevante —matizó el otro, recostándose cuando el camarero colocó en la mesa una bandeja de huevos rotos, con patatas—. Imagino que Berlanga te habrá advertido sobre un par de cosas.

—Sólo una, en realidad. Me ha instado a mantenerme al margen del caso y a evitar colaborar con ciertos individuos.

—Esa sería la primera. La segunda es que, si optas por cruzarte en mi camino, haré todo lo necesario para apartaros, a ti y a esa rata de redacción. Al fin y al cabo, fue él quien solicitó tus servicios para resolver el caso, ¿no es cierto?

—Hace falta tener mucho arrojo para venir hasta aquí y plantearme eso —rebufó Maldonado, pero Rojo permaneció imperturbable ante su comentario.

—No lo tomes como algo personal. Es obvio, al menos para mí, que a Medeiros lo mataron. Ahora, de ti depende elegir el bando con el que quieres jugar, pero sé que eres un tipo listo y profesional y que puedo contar contigo... Así que se trata simplemente de una advertencia, detective. Al comprometerme con un caso, lo hago de forma íntegra, hasta el final, teniendo en cuenta todas las consecuencias que esto conlleva. Creo que ambos lo entendemos y tenemos una forma de operar bastante similar, sin embargo, también has de entender que las personas cambian y no siempre para mejor. A veces, el juicio se embota por circunstancias imprevistas y aquel en quien confías te falla cuando menos te lo esperas.

—Habla por ti mismo.

—No estoy haciendo referencia a mí, en absoluto.

—Mira, inspector, desconozco tus motivos, pero te aseguro que no tengo intención de traicionar a nadie. Me gustaría empezar con buen pie. Ignoro por qué mataron a Medeiros, como sospechas, o cuál es la razón por la que has decidido reabrir el caso, pero te recuerdo que esta es mi ciudad, no la tuya.

—Vaya... Qué novedad.

—Si quieres llegar más rápido a los lugares, necesitas a alguien como yo... o puedes pedirle ayuda a Berlanga. Con suerte, te asignará al inspector Ledrado para que colabore contigo. Así

estarás bien atado.

—Ya veo...

—No lo tomes como algo personal, hombre...

—Relájate, ¿quieres? No he venido a provocar conflictos, simplemente, deseo establecer algunas normas claras antes de que nos encontremos en una situación comprometida —afirmó Rojo con solemnidad.

—¿Qué te hace suponer tal cosa? Estamos regidos por la ley...

—No seas cínico. Mi visita a Madrid es... extraoficial, y ya entiendes lo que quiero decir con eso. El caso está reabierto, pero necesito pruebas para que el fiscal me dé luz verde y pueda continuar con las investigaciones.

—De ser así, tu visita no sería más que colaborativa con la UDEV de Madrid.

—Pero no lo es.

—¿Por qué tanto interés?

—Se nota que no tienes hijos. La familia de la víctima necesita conocer la verdad, para despedir a su hija.

—Entiendo. Es algo personal para ti.

—No, exactamente.

—Así que, ¿has mentido a Berlanga?

—He obviado información, nada más. Ambos somos plenamente conscientes de que a aquella joven la mataron. ¿La razón? La desconozco, pero se llevó un secreto a la tumba, el mismo por el cual Medeiros acabó entre rejas. El caso es que debía de ser algo muy gordo, pues se lo calló durante demasiados años, por un motivo que aún desconocemos... Al parecer, era una cuestión de vida o muerte para él.

—Medeiros era un ladrón profesional y trabajaba para el crimen organizado, de Lagarto. Tarde o temprano, acabaría entre rejas.

—¿Qué profesional en su sano juicio roba a un expresidente?

—Vaya... Pareces saber más de la investigación que yo.

—Es importante recordar que yo sigo siendo un miembro activo de la fuerza policial, mientras que tú estás al margen. Pero eso tampoco justifica una ventaja sobre ti. En ciertos aspectos, ambos podríamos vernos en situaciones peliagudas. Esa es la esencia del asunto.

—Entonces, ¿me estás dando la razón?

—En ningún momento.

—Y aun así, aquí nos encontramos, compartiendo una comida —dijo Maldonado, mientras Rojo sonreía y continuaba degustando su plato—. ¿Qué tal si empezamos a hablar claro? Es evidente que no nos ha juntado el azar.

—Cada cual tendrá sus motivos, al igual que yo tengo los míos.

—Estás convencido de que el asesino de Cristina Velarde está en la calle y quieres demostrarlo.

—Y es una buena oportunidad para recuperar la reputación que has perdido dentro del Cuerpo, una cruz con la que cargas desde hace demasiado tiempo y de la que te gustaría deshacerte, ¿verdad? Sabes de sobra que nadie apuesta un céntimo por ti.

Maldonado sonrió y miró hacia un lado, frotándose la cara.

—Te equivocas, Rojo. En todos estos años, mi única guía ha sido la búsqueda de justicia. Ese ha sido siempre el norte que ha dirigido mis acciones.

—Entonces parece que contamos con un punto de partida común.

11

Tras el almuerzo, que se había erigido en una clara manifestación de propósitos, abandonaron el mesón y se dirigieron a la estación de tren. La estación de Atocha era quizás el mayor núcleo de viajeros de toda España, con un flujo diario que congregaba a miles de individuos, sumando los servicios de cercanías, media distancia y alta velocidad. Lamentablemente, la estación siempre había estado en el punto de mira para el desorden y la tragedia, aunque en esta ocasión podría haber sido una excepción. La repentina muerte de Medeiros no se había considerado como un suceso significativo, sino como una vivencia peculiar que contar para aquellos que la habían presenciado. No obstante, todo ello podía alterarse, si se probaba lo contrario, al menos así lo creían ellos dos.

El dúo recorrió la estación por uno de los flancos. La presencia policial era considerable, aunque nunca era bastante, frente al número de rateros y carteristas que deambulaban por el lugar.

—¿A qué lugar nos dirigimos, exactamente? —preguntó Maldonado, interesado en conocer los objetivos del policía. Al fin y al cabo, él era quien dominaba aquel escenario al dedillo.

—Pretendo reconstruir los instantes anteriores a su muerte. —Rojo atravesó la galería comercial que se extendía a un costado y apuntó hacia las cafeterías adosadas al lateral—. Dos agentes vieron al ladrón desayunando en uno de los bancos de esa cafetería. Las camareras que estaban en turno corroboraron que se trataba de él y que solicitó un café con leche y un cruasán.

—¿Sospechas que lo envenenaron?

—Esa es mi hipótesis, pero previamente deberíamos identificar a la persona con la que se encontró.

—¿Y cómo lo haremos?

—Hasta que el informe forense esclarezca la verdadera causa de su fallecimiento, no sabremos si fue el desayuno o Medeiros consumió algo previamente a ese. Por el momento, sabemos que una de las camareras lo vio conversar con otro individuo, aunque no consigue recordar su cara.

—Me lo esperaba. ¿Y qué me dices de las cámaras de vigilancia? —planteó el investigador, señalando las cámaras de seguridad que monitoreaban desde diversos ángulos—. Eres un policía. Yo lo tendría más difícil para acceder a ellas.

—¿Me estás vacilando? Ya conoces la maraña burocrática...

—Solo necesitas una autorización judicial...

—Que no me van a dar, por la razón que ya te he explicado antes. ¿Tienes problemas de retención, detective?

Maldonado no respondió y se quedó pensativo, mirando un espacio que había al fondo de la primera planta de la estación. Rojo alzó las cejas y soltó un resoplido, como si el investigador no hiciera más que decir tonterías. El inspector prosiguió su camino hacia las escaleras mecánicas que ascendían al nivel superior y, posteriormente, alcanzó el punto de control de los trenes con rumbo a la ciudad Condal. En ese momento, Rojo puntualizó:

—Tras franquear el control de seguridad, aguardó hasta que finalmente los viajeros traspasaron la segunda barrera y ascendió por las escaleras mecánicas que conducían al andén...

—Te agradezco por ilustrar tan detalladamente un viaje en tren.

—¿No encuentras al menos un ápice de inquietud en todo esto? —interrogó el inspector, mirándolo con asombro—. El tiempo que lleva llegar al andén, incluida la pausa, es excesivamente prolongado, como para que el envenenamiento haya tenido lugar fuera del control. Tuvo que ser alguien que viajaba con él.

—Un individuo que también iba a bordo de esa misma conexión.

—Y que, por alguna razón, no quería que Medeiros llegase a hablar.

Maldonado reflexionó durante unos instantes. La explicación que Rojo estaba ofreciendo le parecía más o menos coherente. No obstante, más allá de esa lógica había un detalle aparentemente olvidado, un detalle que albergaba en su memoria y que no tardó en salir a la superficie de su mente.

—Espera... —señaló, cuando se disponían a abandonar la estación, y comenzó a caminar con paso ligero.

—¿Qué has visto?

—La llave, la maldita llave... —murmuró en voz alta, sin darle más explicaciones al inspector. Rojo se limitó a seguirlo como si el sabueso fuese el compás de una brújula.

Bajaron las escaleras hasta la planta inferior y el detective se adentró por un bajo que llevaba al enorme jardín que ocupaba el interior de la estación. Después lo atravesó, abriéndose camino entre la gente que merodeaba por allí y entonces, sus ojos se dirigieron hacia un rincón de la estación, precisamente hacia el espacio en el que se encontraban las consignas que alquilaban los viajeros.

En ese momento, no lo pudo ver más claro:

—M118... P51... —leyó en voz alta.

—¿Qué hacemos aquí, Maldonado?

—Debemos encontrar la G... —dijo y caminó hacia los pasillos de las taquillas, en busca del número 64.

Rojo lo siguió en silencio, esperando una explicación de todo aquello, hasta que se detuvo frente a una consigna vertical de color verde y leyó las siglas G64. No podía creerlo y ni siquiera estaba seguro de que fuese el lugar donde Medeiros había guardado su secreto poco antes de morir, pero, teniendo en cuenta sus últimos pasos antes de que eso ocurriera, las sospechas le indicaban que estaba ante el lugar correcto.

—¿Me vas a explicar qué diablos hacemos aquí?

—Antes de subir a ese tren, Medeiros se aseguró de que, en caso de que lo mataran, hubiese una prueba reveladora que probara su confesión.

—Y esa prueba está aquí.

—No me preguntes cómo, ni por qué, pero Pedro Ramiro posee la llave que abre esta consigna. Al menos, una con estas mismas siglas. Dados los hechos que llevaron al ladrón aquí, es muy probable que...

—Consigue la llave, entonces.

—No —dijo, rotundamente—. No puedo hacer eso. Significaría que acepte sus condiciones, pero tengo un acuerdo con Berlanga... Si Pedro Ramiro está al corriente de la existencia de la taquilla, no tardará en remover las aguas.

—¿Estás tonto?

—Te hablo en serio.

—En ese caso, abrámosla.

—Ahora eres tú el que suena estúpido. No podemos hacer eso.

—Ya lo creo que sí.

Las palabras de su amigo resonaban en su memoria cuando vio al inspector acercándose al candado con cuatro ruedas de dígitos.

—Me llevará unos minutos... —explicó al comprobar el tipo de cerrojo—. Vigila que no venga nadie.

Tal vez por eso Berlanga le había advertido: si optaba por el arriesgado papel de equilibrista, era más que probable que acabase precipitándose al abismo. Después de todo, por encima de su relación profesional con Rojo estaba su leal amistad con Berlanga. Por desgracia, el interés por el contenido de aquella consigna era superior a cualquier sentimiento de culpa.

Maldonado salió al pasillo y echó un vistazo.

—Está despejado. Ahora me vas a decir que puedes abrirlo sin pestañear...

—No, imbécil —respondió, sujetando con fuerza—. Consiste en hacer presión y encontrar la

rueda que más resistencia ofrece... Después, giras hasta que escuches un clic. ¿Ves?

Rojo sonrió al dar con el primer número, pero Maldonado se mostraba inquieto.

—Venga, date prisa.

—No me fastidies, Maldonado. Intento hacer mi trabajo... Además, si lo que dices, es cierto, puedes estar tranquilo, el propietario no vendrá a su taquilla.

—Tienes un humor muy peculiar.

—Otro clic. Ya sólo faltan dos.

En ese momento, el detective oyó unos pasos que se acercaban por el otro pasillo. Se alejó unos metros del inspector y salió para comprobar quién era y entonces reconoció el uniforme de uno de los empleados de seguridad de la estación.

«Maldita sea, esto no lo esperaba».

Estableció contacto visual con el tipo, que era más joven que él y también mucho más corpulento. Por la trayectoria de sus pasos, intuyó que estaba haciendo una rueda de reconocimiento, así que optó por interrumpir su camino, para distraer su atención.

—Disculpe... —dijo, a modo de ganar tiempo—. ¿Sabría decirme si existen taquillas de mayor tamaño? Me temo que son demasiado pequeñas para todo el equipaje...

El tipo, desconcertado, lo miró y negó con la cabeza.

—Debe preguntar en el punto de información. Yo no trabajo con las consignas.

—¡Joder! —bramó Rojo de fondo, golpeando la taquilla.

—¿Qué ocurre ahí? —preguntó el guardia de seguridad. Cuando intentó desplazarse, el detective le trabó el camino.

—No sé de qué habla.

—Perdone...

—Espere, ¿podría decirme dónde está ese punto?

—Venga, joder... —dijo el inspector en voz alta, llamando aún más la atención del guardia.

—Aparte, por favor. —El tipo echó a un lado al detective, sacó el walkie-talkie y su cuerpo adoptó una postura tensa, de peligro.

—Morales al habla —dijo por el aparato—. Creo que tengo un altercado en la zona de las consignas, cambio.

Por el altavoz se oyeron unos sonidos de radio, hasta que un compañero respondió.

—Habla Parra. ¿Cuántos son?

—Oiga... —insistió Maldonado, hasta que, finalmente, se oyó un último golpe metálico, procedente del pasillo, y el guardia se adentró a este para entender qué sucedía. Maldonado pudo anticipar lo que vendría después, así que fue tras él, con tal de socorrer al inspector, pero, cuando llegaron, el pasillo estaba vacío y la taquilla permanecía cerrada.

—¿Qué cojones? —preguntó en voz alta el guardia, con el comunicador en la mano.

«Morales, ¿todo en orden?».

—Sí... Falsa alarma —respondió el guardia y caminó hacia la taquilla. Cuando se giró para dirigirse a Maldonado, este también había desaparecido.

12

Habían estado cerca de que los detuvieran, pero el riesgo pareció merecer la pena. Cuando se encontraron a la salida de la estación, Rojo tomó su tiempo para mostrarle lo que había descubierto en la taquilla: un anillo de oro con una esmeralda en el centro era lo que Medeiros había guardado en el interior de una caja de terciopelo azul, dentro de la consigna de la estación. Una joya por la que había sacrificado su vida, pero que no les indicaba nada más.

—¿Qué crees que significa esto?

—Es probable que pertenezca a Cristina Velarde.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Es difícil de decir, pero solo he dicho que es probable —comentó y le entregó la caja—.

En cualquier caso, será mejor que la guardes en algún lugar seguro.

Maldonado la observó en el interior de la cajita. Era preciosa y jamás había tenido una pieza de bisutería como esa entre sus manos.

—Lo siento, pero no puedo hacerlo —contestó, rechazándola—. Es una prueba policial. Me meteré en un marrón si descubren que la paseo.

—Hasta el momento, nadie sabe de la existencia de esa consigna, ni de la joya. Puede que no signifique nada, que fuese un fetiche que guardaba, en caso de emergencia.

—¿En serio?

—No, la verdad es que no... —dijo y sonrió—. Precisamente, por eso mismo debes esconderla. No admitiré discusión.

Más tarde tomaron un taxi de vuelta al centro y se separaron cerca de la plaza de España. Durante el trayecto, Rojo le propuso visitar la comisaría Centro, invitación que Maldonado rechazó de inmediato; ni Berlanga ni Ladrado estarían encantados de verle.

—Es mejor que vayas solo. Estoy seguro de que tenéis temas pendientes. Yo, mientras, decidiré qué hacer con esto...

—Como quieras. Estaré por la ciudad unos días.

Con esas palabras, Rojo se alejó, perdiéndose entre los peatones que cruzaban la Gran Vía. Maldonado caminó hacia su despacho, sumido en sus pensamientos. Por primera vez, algo le preocupaba más que las habituales distracciones: dinero, amor o fútbol. No estaba seguro si era el vino, la comida o simplemente el poder persuasivo del alicantino, pero había picado un anzuelo peligroso. Pensó en tomar algo para despejar la mente y dejar atrás el asunto. Sin embargo, sabía que la joya de Medeiros otorgaba al caso una importancia que no podía quitarse de la cabeza.

Al llegar al despacho, encontró a Marla tecleando, con la vieja radio de fondo y un montón de papeles junto al ordenador.

—Veo que has vuelto —dijo ella.

—Sí.

—Esa expresión en tu rostro, ¿a qué viene?

Tomado por sorpresa, Maldonado se quitó el abrigo intentando disimular.

—Es mi cara de los días impares. ¿Algún avance?

—Berlangua ha llamado, y también Pedro Ramiro. Ambos sonaban tensos. ¿Qué ocurre, Javier?

—El inspector Rojo está en Madrid.

Al mencionar su nombre, los ojos de Marla centellearon.

—Me fascina ese hombre.

—No te hagas ilusiones.

—¿Estás celoso?

—Sigue soñando —replicó aproximándose para sentarse en el borde de la mesa—. Escucha, Marla, tengo un problema.

—Te escucho...

—Es sobre la muerte de ese hombre, Medeiros.

—Lo suponía.

—Rojo quiere que colabore con él para averiguar qué hay detrás de la muerte de Medeiros.

—El inspector sospecha que fue asesinado.

—Así es, querida. Piensa que pudo ser envenenado. —Mientras hablaba, fijó la atención en un gato sentado de escayola que había junto a la radio. Después se lo llevó para observarlo de cerca—. Asegura que el caco estaba a punto de desvelar lo que sucedió esa noche en la propiedad de Simancas.

—¿Qué te frena a ayudarlo? —preguntó ella, curiosa e intrigada por su interés en esa figura.

—Le di mi palabra a Berlangua de que me mantendría al margen. Ese era el motivo de mi visita aquí.

—Ya veo... ¿Se puede saber qué pretendes hacer con eso?

—Es un gato de escayola —dijo y se lo mostró de frente. Luego le dio la vuelta y encontró una apertura—. Aquí debajo tiene una apertura para guardar secretos.

—¿Qué piensas esconder ahí? Parece vacío.

—En sus tiempos, escondía dinero.

—¿De dónde lo has sacado?

—No lo sé. Puede que fuese un regalo de alguna ex... Estaba en mi casa y lo traje al despacho —explicó y recordó que en su domicilio tenía uno parecido—. En fin, si dejo escapar esta ocasión, quizás nunca descubra por qué Medeiros me escogió para su pesquisa.

—Pero tú ya no estás en el Cuerpo, ni es tu investigación —respondió ella, arrebatándole la figura de las manos y devolviéndola a la estantería—. Además, fuiste claro con la oferta de Pedro Ramiro.

—Lo sé, pero ha muerto una persona y no puedo quedarme sin hacer nada.

—Mira, Javier... Medeiros era un delincuente que cumplió su condena. No podemos afirmar a ciencia cierta que su muerte no haya sido natural, ni que lo que iba a decir fuese veraz. Al menos, nosotros no podemos. Puede que solo quisiera vengarse de quienes lo encerraron...

—Si fuera así, estaría diciendo la verdad, ¿no te parece?

—Lo que pienso es que Berlanga es tu amigo.

—No estás siendo de gran ayuda. Eso no me saca del apuro.

—¿Y qué esperas que te aconseje? Parece que no te va a convencer nada de lo que diga.

—Ahí llevas razón —admitió, levantándose de la silla. Necesitaba despejarse, reflexionar y tomar un rumbo—. Tengo la sensación de que Pedro Ramiro podría sernos útil en esta investigación, pero lidiar con él es jugar con fuego...

—Ese tipo no me da buena espina. Se cree superior a todos, incluso al sistema.

Maldonado la miró con escepticismo.

—Mejor no mencionemos el tema de las leyes.

—¿Javier?

—¿Sí?

—Te conozco lo suficiente como para saber que no das puntada sin hilo. Tú no sueles dudar, por lo que intuyo que tienes una razón de peso para tener una contradicción.

«Vaya, eres mejor de lo que imaginaba».

En ese momento, sus ojos se dirigieron al abrigo, donde guardaba la sortija.

—No vas mal encaminada... —respondió, antes de decidir si contarle o no lo que había obtenido.

—Es Berlanga. Te ha hecho una oferta, ¿verdad?

—Sí... —respondió, dejando el asunto de la joya para otro momento—. Digamos que sí.

—Lo sabía. —La mirada de la chica cambió de brillo.

—¿A qué viene ese tono?

—No he dicho nada, pero, a veces, tengo la sensación de que sigues atrapado en un capítulo de tu vida que no logras cerrar.

—No empieces con tu psicoanálisis...

—Descuida, no lo haré... pero espero que no se aproveche de ti, aunque sea tu mejor amigo.

Ignoró las llamadas pendientes y se despidió de Marla hasta el día siguiente, alegando que debía resolver asuntos propios. En realidad, no tenía ningún compromiso, salvo reflexionar sobre su situación y pensar en un lugar seguro en el que esconder aquella joya. Se sentía atrapado en un dilema y, por primera vez, sus emociones estaban en un estado de confusión. Caminó hacia su casa con las manos en los bolsillos de su viejo Barbour, jugando con la cajita de terciopelo y reflexionando sobre lo monótona que resultaba la vida cuando todo marchaba sin contratiempos. Al llegar a su edificio, recordó que su nevera había estado vacía durante días, así que decidió picar algo en la Taberna del Príncipe, que mantenía su costumbre de permanecer abierta.

La estrecha entrada no le impidió encontrar un sitio en la barra.

—¿Inspector? —dijo la camarera con un acento peculiar, sirviéndole automáticamente una Mahou.

—Gracias, maja. —Tomó un sorbo y observó a los parroquianos a su alrededor. Eran caras que le resultaban familiares, pero no tanto como para entablar conversación. Pidió un pincho de tortilla y dirigió su atención al televisor en la esquina. Era la hora del telediario nocturno, que muchos españoles seguían desde sus hogares mientras cenaban. Otros, como él, lo hacían desde algún bar.

«Tenemos noticias recientes sobre la muerte de Medeiros, el famoso ladrón que falleció de un infarto en los andenes de Atocha... Los informes forenses aún no han revelado que la muerte se produjera por causas naturales o debido a un envenenamiento. Fuentes cercanas a la policía han confirmado que vieron a Medeiros hablando con un sujeto, hasta ahora sin identificar, poco antes de cruzar el paso de seguridad... Por otro lado, la Fiscalía plantea reabrir el caso del asesinato de Cristina Velarde, la mujer asesinada por dos disparos, poco antes de que Medeiros fuera detenido. Un caso que en su momento se cerró con pruebas que señalaban directamente al caco y que, tras la aparición de nuevos indicios que podrían exonerar al difunto, han vinculado su muerte con el de la mujer».

—Vaya tropa de mafiosos... —comentó uno de los clientes en la barra—. Seguro que todo apunta a Al Capone.

—¿Al Capone? —preguntó el sabueso.

—Sí, Simancas.

Maldonado prestó mayor atención. Aunque a menudo los comentarios de la clientela no eran más que habladurías, a veces ofrecían perspectivas interesantes sobre los casos.

—Esa chica no estaba allí por casualidad, todo el mundo lo sabe —afirmó uno de ellos.

—¿A qué te refieres con eso? —interpeló el detective, metiéndose en la conversación. De repente, el ambiente en el bar se volvió tenso y un silencio sepulcral lo envolvió todo—. Venga, cuéntamelo.

—No he dicho nada —respondió, evitando una confrontación.

—Supongo que tendrás tus motivos para decirlo.

—Solo fue un comentario, tronco. Ni yo sé por qué lo he soltado.

—Me interesa tu ángulo.

—Venga, hombre. Se huele a leguas que eres...

—Soy ¿qué?

—Pon el partido, por favor —intervino el primero, distendiendo el ambiente y desviando la atención.

Aunque Maldonado podría haber insistido más, decidió no hacerlo. Ya no trabajaba como policía y no tenía por qué recurrir a intimidaciones. Dio un buen trago terminando su cerveza y se percató de su deseo por una pista que lo pusiera en movimiento.

—La cuenta, por favor —indicó a la camarera antes de marcharse, dejando un billete sobre la barra. Luego cruzó hacia su vivienda.

Al llegar al piso, exhausto y con ganas de relajarse, notó el parpadeo del contestador. Tomó la botella de segoviano, se sirvió un dedo en un vaso sin hielo y se apoyó en el brazo del sofá para escuchar los mensajes.

—¿Dónde diablos estás, Javier? Necesito hablar contigo —se oyó la voz de Berlanga, claramente preocupado y algo molesto—. Espero que no tengas nada que ver con esa filtración a la prensa... Llama en cuanto escuches esto, da igual la hora.

Dio un sorbo al whisky, notando su intensidad al bajar. Pensó que le ayudaría a relajarse y conciliar el sueño. Berlanga siempre había sido así: preocupándose por todo y después, muchas veces, restándole importancia. Decidió esperar al siguiente mensaje. Pulsó el botón y sonó otra grabación.

«Hola... Soy Marla. Trabajo en la oficina de Javier Maldonado, detective privado. Estoy interesada en tus servicios. Aquí tienes mi dirección...».

Se sintió desconcertado al oír el mensaje, pero un escalofrío le recorrió. Después, se interrumpió el audio y solo se escuchó estática.

«Javier, ¿eres tú? ¿Estás ahí? ¿Hola?», se oía a Marla, como si estuviese hablando en directo. Entonces, una voz desconocida se metió en la grabación.

—Apártate del caso o te pasará lo mismo que a Medeiros.
El mensaje terminó y el piloto rojo se apagó completamente.

13

Día 1.

Sábado.

La vida acostumbra a dar un revés cuando parece que todo va bien, simplemente para hacernos recordar que no podemos bajar la guardia.

El mensaje en el contestador lo mantuvo en vela toda la noche, rondando en su cabeza, preguntándose quién estaría tras este. Lo que realmente perturbaba al detective era que alguien había decidido intervenir las llamadas de su oficina, y eso no vaticinaba nada bueno. Todo por un encargo de un ladrón recientemente fallecido en circunstancias sospechosas. Lo que al inicio consideró una tontería, un intento de Pedro Ramiro para ganar su atención, con el crimen de Atocha empezaba a tomar un matiz serio en su mente.

Se levantó antes de que saliera el sol, algo atípico en él, y se dio una ducha rápida para espabilarse. Esa mañana, necesitaría más de un café para que su razón funcionara a pleno rendimiento. Con el Barbour puesto, notó el bulto de la joya de Medeiros en el interior del bolsillo. El día anterior había pensado en esconderla en la oficina, pero, tras el mensaje, consciente de que los estarían espionando, no podía permitirse el lujo de llevarla hasta allí. Se fijó en el gato de escayola que había encima de la balda del televisor y se acercó para alcanzarlo. Tal y como recordaba, era muy parecido al que había tocado en el despacho, así que buscó la parte baja de la figura y encontró un agujero cubierto con un tapón.

—Esto bastará por el momento... —murmuró mientras sacaba la joya de la caja de terciopelo y la escondía en el interior de la figura.

Con el amanecer en el cielo, divisó las luces de la Taberna del Príncipe ya encendidas. Para Maldonado, esas personas eran las que realmente sostenían el país, no aquellos que hablaban y hablaban, de un extremo al otro, proclamando soluciones y apareciendo en programas de televisión, pero que, en realidad, solo pensaban en sí mismos y en su futuro.

Aquella mañana decidió caminar hacia la cuesta de San Vicente, buscando un cambio de aires y un momento para reflexionar. Lo lógico sería distanciarse del caso, no meterse en líos y

mantener contenta a la policía, pero esa llamada aludiendo a ella lo había cambiado todo.

«¿Cómo se atreven a usar a Marla como amenaza?», se cuestionó, lamentando cómo habían avanzado las cosas.

Llegando a la calle de Bailén, se desvió hasta llegar a uno de los accesos a la plaza de Santo Domingo, luego, se encaminó hacia la cafetería Oskar y buscó un espacio en la barra.

—Un café solo, doble, por favor —pidió, sintiendo el estómago encogido y sin hambre. En realidad, lo que quería era descargar su frustración. Tomó el periódico matutino y lo abrió. La primera página le trajo a la mente a ese desagradable Pedro Ramiro y el aroma peculiar de su oficina, mezcla de lavanda y puro cubano. Ramiro era, sin duda, un personaje, alguien que jugaba en otra liga, mucho más allá de la suya. Al final del día, ¿quién tenía la valentía de liderar un periódico en la ciudad y mantenerse a salvo?, reflexionó mientras desplegaba el diario. El titular principal dejaba claro que Ramiro no pensaba quedarse al margen en el caso Medeiros, con o sin su intervención. En la parte inferior de la portada, una noticia sugería que el desafortunado suceso de Atocha podría no haber sido un mero accidente. De alguna manera, Pedro Ramiro estaba centrando su atención en el expresidente Simancas. Tal vez el asunto arrastrase viejas rencillas, pero no era algo que le concerniera personalmente, aunque sí de manera indirecta. Hojeó el periódico para ponerse al día de la actualidad, hasta que se topó con otra noticia destacada. La policía había arrestado a un grupo criminal y se había incautado de un lote de arte robado en un almacén de Alcalá de Henares. Los arrestados, de origen georgiano, al parecer habían formado parte de la infame banda del Lagarto, supuestamente desarticulada tras la condena de Medeiros.

—Pero ¿qué...? —musitó, justo cuando le sirvieron el café. Desvió la mirada hacia la calle y notó cómo cobraba vida con el paso de los minutos. De repente, un destello le cegó temporalmente. Plegó el periódico y lo dejó sobre la barra. Intentó localizar el origen del brillo, pero no lo encontró y decidió que habría sido algo puntual. Justo en ese instante, el móvil vibró en su bolsillo. Era Berlanga.

—Iba a llamarte —se adelantó, antes de que el inspector le soltara la bronca.

—Ya. ¿Dónde te metes? Pareces escurridizo... No coges el móvil, no respondes en la oficina ni en casa.

—Siempre he sido un poco noctámbulo...

—Necesito verte. En persona.

—No tengo nada que ver con esa filtración a los medios...

—Eso también lo discutiremos. Es sobre Rojo.

—Entendido.

—¿Cuándo nos vemos?

Maldonado consideró darle largas, pero sabía que posponer el encuentro no ayudaría. Más

pronto que tarde, debería enfrentarse a su amigo. Abonó el café y lo bebió de un trago. Acto seguido, se encaminó hacia la calle de Leganitos, rumbo al último sitio que hubiera querido visitar esa mañana: la comisaría del Centro.

14

Como siempre, su entrada no pasó inadvertida. Avanzó entre los detenidos que aguardaban desde primeras horas y las personas que esperaban para interponer una denuncia. Un agente en uniforme le indicó que tomara asiento en uno de los bancos de plástico del pasillo. A pesar del evidente deterioro de la comisaría Centro, esta seguía funcionando a pleno rendimiento. Para él, que había pasado tantos años allí, el edificio se había convertido en una reliquia desgastada del pasado.

—Mira quién está aquí, el mismísimo Colombo —se mofó Ledrado, con un café insípido en mano, seguido de cerca por el inspector Miranda, a quien Ledrado llevaba más corto—. ¿Quieres un café?

—Gracias, pero prefiero el cianuro en casa.

—Apuesto a que tomas cosas peores.

—Y tú, Ledrado, parece que sigues pasando las noches en soledad. ¿Cómo va el caso Medeiros?

Ledrado y Miranda compartieron una risa burlona.

—¿Desde cuándo le damos información a los chivatos?

—Desde que pueden ser útiles. Básico de la academia, inspector.

—Vete a paseo, Maldonado —replicó Ledrado y ambos se marcharon por el corredor.

—El sentimiento es mutuo... —musitó el sabueso, levantándose al divisar a Berlanga que bajaba por las escaleras—. Un minuto más en ese banco y me hubiera salido un sarpullido...

—Ven conmigo —indicó Berlanga y ambos salieron del edificio.

—¿Todo este misterio, para qué?

—Quiero presentarte a alguien.

A pesar de que no tenían que recorrer gran distancia, Berlanga y Maldonado se subieron a un coche sin distintivos. El detective lo hizo de mala gana y el inspector maniobró entre el tráfico de

Princesa para adentrarse en las estrechas calles de Argüelles. Se mostraba reservado, como si tuviera un secreto que luchaba por no revelar. En cuanto a Maldonado, este simplemente le preguntó si podía encender un cigarrillo, a pesar de anticipar el rechazo. En esa parte de Argüelles, todo lucía más pulcro y opulento que en su barrio, en los bajos del Templo de Debod, donde las calles eran más modestas y las caras de los transeúntes reflejaban un ánimo distinto.

—Estoy en ascuas, Miguel. ¿De qué se trata? ¿Qué es todo esto?

El inspector exhaló lentamente, enfocado en el tráfico, hasta que se pararon en un semáforo.

—Te dije que no te acercaras a Pedro Ramiro. ¿Pensabas que no me iba a enterar?

—¡Vaya! Eso... No solté prenda.

—No importa. Eso es lo de menos. El tipejo no ha tardado en llamarme para intentar sonsacarme algo. Así es como actúa, yendo al grano. En fin, mantente alejado.

—Su información podría sernos útil.

Su amigo lo miró de reojo, con firmeza.

—Solo persigue un objetivo: hundir al expresidente de la Comunidad de Madrid.

—¿Y qué? Debería darte igual o incluso alegrarte.

—A mí, quizás. Al jefe, seguro que no.

—Vamos, eso es...

—Entiendo que para ti ya nada tiene sentido. Pero algunos todavía necesitamos conservar nuestros puestos.

—No empieces, Miguel...

—Si realmente tuvo algo que ver en todo ese asunto, se investigará y se demostrará. Siempre he estado en contra de la corrupción, pero...

—Siempre hay un «pero», ¿no?

—A veces, las personas desaparecen, pero sus sombras persisten.

—Espero que no te refieras a mí.

Berlanga aparcó el coche en doble fila en la calle de Altamirano, frente a Casa Paco, un lugar famoso por sus tortillas. Maldonado ya había estado allí en otras ocasiones, así que intuyó que se trataba de una cita importante y que Berlanga había escogido el sitio. Era muy meticuloso en ese sentido, no dejaba nada al azar al decidir el escenario de una reunión.

Al entrar al bar, que bullía de actividad a esa hora, entre los desayunos y aquellos que retrasaban su llegada al trabajo, se dirigieron al extremo de la barra, con su característico diseño rectangular. Al acercarse, Maldonado reconoció la figura que estaba de espaldas.

—¿Todo este secretismo para esto? —indagó al encontrarse frente al inspector Rojo, quien disfrutaba de su café mientras leía el periódico. Para él, Rojo lucía igual que el día anterior, o más bien, como siempre—. Inspector.

—Detective —contestó el otro, sin mucho entusiasmo.

—No hacen falta presentaciones a estas alturas —intervino Berlanga. Hubo un breve cruce de miradas cargado de entendimiento entre los dos—. Rojo me habló sobre vuestro encuentro de ayer.

—Parece que el único que habla soy yo —comentó el detective, notando la situación comprometida en la que estaba—. No hacía falta tanto teatro para decirme las cosas a la cara.

—Cálmate, Javier... No adelantes acontecimientos.

—Después de visitar la estación de Atocha ayer, decidí recorrer la ciudad. Tengo algunos contactos antiguos que podían darme información sobre lo ocurrido a Medeiros.

Maldonado se preguntó si también le habría informado sobre la sortija, pero prefirió aguardar un poco más para comprobar cómo se desarrollaba la conversación.

—¿No había sido una muerte natural?

Berlanga esbozó una media sonrisa y negó con la cabeza.

—Tal y como intuí al principio, Medeiros tenía planes de ir a Francia y contar todo en una entrevista por la que le pagarían cincuenta mil euros. No es una fortuna, especialmente considerando lo que ganaría la cadena televisiva con ese buitro de Ramiro, pero es suficiente para poner en jaque al partido de Simancas.

—Pero tu investigación no es sobre un caso de corrupción.

—No directamente. No me interesa el dinero, ni lo que Simancas pudo haber hecho. Pero necesito saber qué ocurrió con la víctima del asesinato.

—La asesinaron.

—Eso es obvio.

—Recibió un disparo de Medeiros —aclaró Berlanga.

—Esa no es toda la verdad —intervino Rojo—. Y esa es parte de la razón de mi presencia aquí.

—¿Estás insinuando que él no disparó?

—Hubo dos disparos. El primero impactó en el estómago y el segundo en el corazón. Pero alguien pasó por alto el informe balístico cuando le fue entregado al fiscal o hay algo que no cuadra...

Era la primera noticia que recibían al respecto y era notable tanto en el rostro del inspector madrileño como en el del investigador privado.

—Cada bala tiene una marca única —remarcó Maldonado.

—Exacto. A pesar de que la munición pueda ser la misma, cada disparo tiene una huella diferente.

—Lo que sugiere que se utilizaron dos armas —dedujo Berlanga—. Pero sólo se halló una pistola en la escena.

Rojo asintió, exhalando profundamente y con la seguridad de quien tiene un as en la manga.

—Medeiros admitió haber disparado dos veces cuando la víctima gritó por el miedo. El pánico le superó y, simplemente, ocurrió. No quería hacerle daño, pero no pudo contenerse. Aparentemente, las autoridades querían un culpable y su confesión fue suficiente, pero nadie consideró que era un ladrón, no un tirador experto.

—Es necesario tener un pulso firme para disparar dos veces y acertar en el corazón.

—Caray, esto lo cambia todo... —susurró Maldonado—. ¿Qué pretendes demostrar ahora?

Rojo dirigió la mirada a Berlanga y se pasó la mano por la barbilla.

—Creo que, para descifrar lo que ocurrió esa noche, necesitamos infiltrarnos en los círculos íntimos de Medeiros y Simancas.

—El entorno del expresidente es impenetrable —aclaró el inspector—. Olvida esa idea.

—Lo entiendo, pero tengo la certeza de que Medeiros no era el único con intenciones de lucrarse de la situación. Alguien lo asesinó, y quizá no solo para silenciarlo, sino para que su versión de los hechos fuera suplantada por otra.

—Hoy no debo estar muy lúcido, porque no logro comprenderte...

—Con el crimen de Atocha, queda en el limbo su testimonio y la investigación se queda coja. Ante las próximas elecciones, es probable que alguien conozca la verdad y pretenda usarla como moneda de cambio.

—¿Pedro Ramiro? —planteó Berlanga.

—Es un buen candidato, pero necesita más pruebas —añadió el sabueso.

La mirada de Rojo se clavó en la del detective, a modo de evitar que siguiera hablando, aunque no supo interpretar si se refería a la sortija que habían encontrado o a un hecho que aún desconocía. En ese instante, un tenso silencio se apoderó del ambiente. Maldonado percibía que Rojo estaba dispuesto a adentrarse en terrenos peligrosos para destapar una maraña de corrupción. Sin embargo, la expresión de Berlanga era reveladora. Parecía que el alicantino maniobraba con propósitos opuestos a los suyos. Cualquier revelación potencial, cualquier situación que afectara a la reputación de Rojo, podía repercutir en él también. Y en medio de todo se encontraba Maldonado, acosado por una voz anónima que había marcado a Marla como advertencia.

—De acuerdo —admitió sintiéndose acorralado—. Lamento ser yo quien diga esto, pero no me dejáis alternativa. ¿Qué carajo sugerís hacer con toda esta información?

15

El encuentro no había transcurrido como lo había imaginado. Había deseado tratar el tema con delicadeza, evitando recibir dinero de Pedro Ramiro y manteniéndose en un discreto segundo plano. Sin embargo, las amenazas hacia Marla y la complejidad del asunto le habían forzado a tomar partido. A su lado, Berlanga se mantenía sorprendentemente sereno, una actitud que inquietaba al detective, aunque optó por no exteriorizar sus pensamientos en ese momento. Confió en que su amigo, de alguna forma, sabría maniobrar sin quedar atrapado en los movimientos audaces del alicantino, quien estaba dispuesto a romper cualquier regla para esclarecer el caso.

—Inspector, comprendo tus motivos para indagar en este asunto, pero hay ciertas circunstancias que debes considerar...

—Soy consciente de los riesgos, pero no me detendrán. Es mi responsabilidad.

—No me refiero a eso —intervino, frotándose la barbilla—. Tal vez en Alicante las cosas sean diferentes, pero aquí estamos en Madrid, en la comisaría central, y el expresidente Simancas goza de gran poder en el Cuerpo. Su influencia es notoria en el Municipal, pero también llega hasta el ministerio...

—¿Qué estás insinuando, Berlanga?

—Sólo os recomendaría actuar con cautela. Sé que vuestras intenciones son legales, pero no desearía que vuestros errores repercutieran en mí. Actuad con discreción; muchos os están vigilando.

—Y yo, ¿contaré con algún tipo de protección? Como asesor de la policía... seguro que podéis crear algún título adecuado...

Berlanga negó con la cabeza.

—Aún puedes decidir no involucrarte. De hecho, eso es lo que yo haría. Pero sé que es inútil persuadirte... Por tanto, tendrás que asumir cualquier riesgo que surja. Esta vez, no podré cubrirti, Javier.

—Qué alentador...

—Sea lo que sea que decidas, lo único que te pido es que no sucumbas a los sobornos o chantajes de Pedro Ramiro. Es un tipo muy persuasivo e insistente.

—Hasta ahora, no lo he hecho.

—Si el dinero no te convence, buscará otras maneras. Siempre encuentra un camino y raramente es el más amable. Recuérdalo.

Las advertencias de Berlanga no le resultaron en absoluto tranquilizadoras. Lo que en un principio parecía un caso intrigante estaba tornándose en una espiral hacia un abismo del que preferiría mantenerse alejado.

Por un instante, deseó poder encender un cigarrillo y tomarse un buen trago para calmarse. Percibía que se estaba adentrando en un laberinto complicado, del cual podría no salir indemne.

No temía a las represalias del director del periódico, capaz de dañar una reputación que ya estaba por los suelos. Eso era lo de menos. Lo que realmente le inquietaba era el destino de Marla y el suyo propio, sin mencionar el de la joya que había escondido en su casa. Le resultaba insufrible mantenerse al margen mientras Berlanga se mostraba vulnerable ante el juego de influencias. El bienestar de Marla prevalecía sobre sus propios intereses. En esencia, todo se reducía a un sentido de justicia, pero... ¿justicia, para quién de todos ellos?, reflexionó hacia sus adentros, sin conocer la respuesta. Lo único que tenía claro era que no podía tolerar las amenazas, como aquella llamada que prefirió guardar en secreto, lejos del conocimiento de sus colegas. Para Maldonado, la perspectiva sobre el mundo distaba mucho de la de Rojo o Berlanga. Veía causas más nobles por las cuales luchar. A pesar de las adversidades, seguirían existiendo conflictos, habría delincuentes y se cometerían daños. Por ello y para preservar su integridad, no podía permitirse hacer la vista gorda.

Al salir del bar, Berlanga se despidió antes de montar en su coche y desaparecer en dirección a la comisaría. Sin decirlo abiertamente, quedó entendido para Rojo y él que la reunión del día anterior nunca había sucedido para el inspector madrileño. Maldonado sacó un mechero y ofreció un light al inspector Rojo, quien lo declinó y optó por uno de sus cigarrillos. Con sus gafas de sol puestas para resguardarse del sol mañanero que apenas calentaba, inspiró profundamente antes de retomar la conversación.

—Mira, Maldonado. Ahora que Berlanga no está, entiendo que mi presencia puede ser incómoda.

—Vamos, ¿quién diría algo así de ti? Siempre tan atento...

La ironía hizo sonreír al inspector.

—Sé que me estoy entrometiendo, pero no me uní a la Policía buscando amistades.

—Desde luego que no. Entonces, ¿por qué? ¿Para ayudar a la gente?

—No exactamente. Me uní para hacer de este mundo un lugar más habitable —respondió y, tras dar una calada, apuntó con su cigarrillo a Maldonado—. No te voy a dar un sermón sobre el bien y el mal. Cada uno de nosotros tiene sus motivos y sus muertos en el armario.

—¿Incluido Berlanga? No lo creo.

—En cualquier caso, tal y como ha señalado el inspector, aún puedes apartarte.

—No creas que no he pensado en ello...

—Pero algo me dice que no lo harás... ¿me equivoco?

Maldonado dio una calada profunda a su cigarrillo y lo observó detenidamente, tratando de descifrar lo que pasaba por la mente del hombre que tenía frente a él. Rojo, sin duda, no era Berlanga. Tampoco se parecía en nada a él, aunque podían coincidir en ciertos valores. Lo que realmente le inquietaba no era colaborar con Rojo, sino que su trabajo conjunto los condujera por senderos que aún no había recorrido en solitario. Por lo que intuía, estaba claro que era un policía valiente, y posiblemente con una vida poco envidiable, sin nada que perder y con muchas heridas por sanar. Eso lo hacía particularmente peligroso.

16

Maldonado y Rojo no contaban esta vez con la intermediación de Berlanga para suavizar las cosas. El inspector acordó contactar con ellos más tarde para estar al tanto de los avances de Rojo en la investigación. Maldonado propuso usar su despacho como punto de encuentro temporal.

—Es la única idea que se me ocurre —comentó, notando cómo Rojo lo miraba imperturbable. Siempre era parco en palabras y en expresiones.

No estaban lejos del despacho, así que caminaron mientras el investigador privado exponía su plan para identificar al asesino de la joven.

—Al final del día, solo quiero saber quién la mató...

Por desgracia, acceder a la escena del crimen sería complicado. Ese lugar estaba aún bajo el control de Simancas y el exlíder no les permitiría el acceso.

—Ni con una orden judicial, ni con un ejército detrás —apuntó Maldonado—. Debemos buscar otra manera.

Las luces de la ciudad brillaban cuando Rojo mencionó: «Madrid y sus bajos fondos». Antes de llegar a la Gran Vía, recordó que, si querían identificar al autor del disparo, que no correspondía a Medeiros, debían remontarse a los inicios. Según sus indagaciones, antes de ser un reconocido ladrón, el caco frecuentaba el mundo del crimen menor, implicado en el tráfico de drogas y en la venta ilegal de objetos. Era asiduo de los clubes nocturnos de la Colonia Fleming, viejo barrio de Corea, llamado así por la ocupación de los americanos durante el franquismo, en la zona norte de la ciudad. Allí conoció a Lagarto, un delincuente originario del paseo de Extremadura, que había ascendido desde los inicios humildes en Carabanchel. Empezó robando cobre y acabó como traficante de animales exóticos, joyas de contrabando y obras de arte peculiares. Entre sus clientes, no solo se encontraban empresarios excéntricos, sino también futbolistas y celebridades de la televisión. El Lagarto era conocido no por su aspecto, sino por su brutalidad al eliminar a sus rivales, transformándolos en materia prima para jabones. A pesar de su extenso historial criminal, nunca se le había acusado oficialmente debido a la falta de pruebas.

Pero, al final, hasta el más audaz caía entre rejas. Tras varios periodos en prisión por tráfico ilegal, su paradero ahora estaba en una cárcel de París.

—Pese a lo que clamen los periódicos, el Lagarto ya no es el que sigue moviendo los hilos desde prisión —murmuró Rojo, terminando su cigarrillo justo antes de entrar en el edificio de Maldonado—. España es vasta y Madrid esconde más sombras de las que nos gustaría admitir. Ambos sabemos que la seguridad ciudadana es uno de los mayores cuentos que nos venden desde el Gobierno.

—Imagino que hay lugares peores —replicó Maldonado invitándole a entrar—. Adelante. Ascendieron en silencio hasta la oficina y al llegar, Maldonado titubeó antes de abrir. Al intentarlo, algo lo hizo detenerse.

—¿Va todo bien? —inquirió Rojo, desconcertado.

Por un instante, el detective olvidó que no estaba solo. Pensó que tarde o temprano debería explicarse o el inspector lo averiguaría solo.

Aclarándose la garganta, intentó abrir de nuevo y se dio cuenta de que no estaba cerrada. Al empujarla, encontró a la secretaria sentada en su silla, como solía estar cada tarde. El sobresalto que sintió instantes antes desapareció.

—Marla...

—¿Javier? —musitó ella, perpleja, hasta que vio al hombre tras él y su expresión cambió. Se levantó rápidamente—. Inspector Rojo...

—Señorita Marla —la saludó, ofreciéndole la mano con una sonrisa inesperada—. Un placer volver a verte.

—Javier no me ha dicho que vendría.

—Sí que te lo dije.

—Debe de ser que no fuiste muy claro.

—Observo que sigues en el mismo puesto que cuando nos vimos por última vez —dijo, volviéndose hacia Maldonado—. ¿Cuándo la vas a ascender?

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué? —preguntaron al unísono los otros dos.

—Porque yo soy el cargo más alto... y el único que hay.

—¡Detective, haz una excepción!

—Ya la he hecho, inspector. Ya la he hecho.

—¿Eso significa que colaboraré con vosotros?

Hubo un breve silencio y Maldonado intervino.

—Solo significa que el inspector estará unos días por aquí y quizá necesitemos tu cooperación en algún momento, Marla.

Ella frunció el ceño, evidentemente decepcionada.

—Si cambias de parecer, aquí estaré —replicó, dirigiéndose a Rojo—. ¿Cómo prefiere el café, inspector?

—Caliente y fuerte.

—Así será.

Maldonado abrió la puerta de su despacho y observó el teléfono. El indicador del contestador estaba parpadeando.

—¿Habéis terminado?

—Por ahora.

—¿Algún recado, Marla?

—Ninguno que yo sepa...

Maldonado se acercó al teléfono de la secretaria y desconectó el cable.

—Hoy no recibiremos más llamadas.

Ella lo miró, sin comprender nada.

—¿Qué cable se te ha cruzado?

—Este, precisamente —le dijo mostrándole el que había arrancado y luego señaló a su cuarto—. El inspector y yo estaremos en mi despacho. Cualquier cosa que necesites... no dudes en tocar a la puerta.

Entraron en la habitación y Maldonado cerró la puerta detrás de ellos. Acto seguido, desconectó también su teléfono.

—¿Crees que te vigilan? —preguntó Rojo, con cierto acento del levante—. Esa actitud solo va a inquietarla más.

—Ya lo sé, pero es complicado... —replicó, señalando una silla para que se sentara. Luego abrió un cajón y mostró una botella—. ¿Te apetece un trago? Es lo único que tengo ahora mismo.

—Tienes unas vistas impresionantes desde aquí, pero no, gracias. Sería mejor ponernos al día con el caso. He desperdiciado bastantes horas ya.

«No eres el único, compañero», pensó Maldonado.

—¿Qué información manejas?

—La verdad, no mucho. El expediente oficial del caso solo menciona a los presentes en la casa de Simancas: la víctima, Medeiros y Simancas. Los testigos se retractaron sobre el Lagarto, por lo que el relato en los juzgados es bastante escaso... Sin embargo, conseguí hacerme con el informe policial original del caso aquí, en Madrid —explicó mientras extraía un sobre abultado de su chaqueta—. A todo esto, ¿sabes dónde se puede conseguir un arma en Madrid?

Maldonado lo observó de forma penetrante, preguntándose para qué querría saberlo.

—Sí. Hay un supermercado chino en la esquina donde puedes comprar una Glock.

—Hablo en serio.

—Pues yo no —dijo, refunfuñando, pero entendió que el otro seguía insistiendo con el silencio—. No es fácil conseguir un arma en esta ciudad. Y si estás pensando lo que creo, hay que tener en cuenta que eran ladrones, no asesinos. No sacarían un arma a no ser que fuese estrictamente necesario.

—En tu opinión, ¿qué sucedió realmente? —preguntó Rojo, mostrando genuino interés.

—¿Mi opinión?

—Sí, ¿qué piensas?

—Conozco lo que cuentan los medios. No tengo información directa del caso y, por lo tanto, no puedo...

—No te pido detalles. Solo quiero saber tu percepción sobre todo esto.

—Está claro que hubo dos disparos y que Medeiros no fue el autor... o, al menos, no fue el único... Pero de eso nadie quiere hablar...

—No quieres soltar prenda, ¿verdad?

—¿A qué te refieres, inspector? Te digo lo que sé. Sin ofenderte, tengo otras preocupaciones, además de descifrar la intención de tus palabras.

—Lo entiendo.

—Eso espero... Si descubrimos qué hacía realmente esa chica allí, es probable que nos acerquemos a entender por qué perdió la vida.

Rojo señaló el sobre que había dejado en la mesa. Maldonado lo cogió y le dio un repaso. Parecía un resumen del informe completo o al menos eso dedujo él. Entre los papeles había un informe preliminar sobre la muerte de Cristina Velarde, y también una ficha sobre ella, que Rojo había obtenido de la comisaría.

Revisó rápidamente los documentos que más llamaron su atención y descubrió que Cristina, al contrario de lo que se había divulgado en los medios, tenía un pasado ambiguo. No solo había trabajado como azafata para Iberia, sino que también ejerció como acompañante de lujo para clientes selectos y adinerados, un aspecto de su vida del que su familia no tenía conocimiento. Generalmente, sus servicios consistían en acompañar a estos clientes a eventos de alto nivel, pero también había ocasiones en las que se ofrecían servicios más íntimos. En la ficha encontró mencionada una agencia llamada «Dating S.L.», situada cerca de la zona financiera de Azca.

—No sé mucho inglés, pero no hace falta ser un genio para entender qué clase de trabajo tenía. Esto le da un giro a mi hipótesis. ¿Por qué no se habló de esto durante el juicio?

—Nunca se sacó a la luz la vida privada de la víctima. La señorita Velarde solo era una vecina del residencial y, al parecer, estaba en el lugar y momento inoportunos.

—¿Acompañando a un cliente?

—No había más testigos y la agencia desapareció poco después de su muerte. Nunca lo sabremos.

—Qué casualidad.

Cuanto más profundizaba en el caso, más sentía que se adentraba en un terreno pantanoso del que sería difícil salir.

Colocó los papeles sobre la mesa, pensando que, debido al historial de Medeiros, quizá su nombre resonara en ciertos círculos empresariales de Madrid.

—Debemos empezar por algún sitio.

—El mercado negro no es fácil de penetrar... y menos vestidos como estamos ahora.

—¿Por qué lo dices?

—Es obvio, ¿no? Apestas a madero.

—Mejor a madero que a DYC —apostilló, devolviéndole la pelota—. Necesitamos encontrar un contacto.

—Por cierto, mañana es domingo.

—¿Tienes misa o algo?

—No. Pero es el día del Rastro en La Latina, el mercadillo más grande de la ciudad. Medeiros vivía en Delicias, un barrio cercano a Lavapiés. Estoy convencido de que aún dejó huella por allí. Conozco a algunos informadores que podrían orientarnos hacia gente de su círculo. Además, allí estará el Chispas. Es una rata, poco fiable, pero especialista en chatarra y, sobre todo, en bisutería robada. Seguro que nos cuenta algo sobre ese anillo...

—Interesante. No sé por qué, pero no me sorprende, viniendo de ti.

—Ah, ¿no? —le preguntó, desafiante—. Esta vez, lo tomaré como un elogio.

—Mira, haremos lo que mandes. Nunca he visitado el Rastro y tú eres de aquí.

—Pues estás de suerte, porque te toca hacer turismo.

—¿Qué hacemos con el periodista?

—Lo dejaremos para más adelante. —Le pasó el informe para que lo guardase y le miró fijamente—. No sé si has actuado bien mostrándome esto, pero ahora tengo una perspectiva diferente. Algo me dice que es posible que Cristina no estuviera allí por azar y que Simancas quisiera eludir algún problema, o que el Lagarto y su grupo intentaran atrapar al político para extorsionarlo... Las hipótesis son tantas, que me duele solo pensar.

Rojo esbozó una sonrisa.

—Descansa esta tarde, y mañana retomaremos por donde lo hemos dejado.

—¿Qué planeas hacer mientras? —inquirió, con curiosidad.

—Es sábado en la ciudad. Igual me animo a ver un musical —bromeó, para luego adoptar un tono más tranquilo—. Encontraré un hotel, pasearé un poco y visitaré a un par de viejos amigos.

Puede que consiga alguna pista útil. Me vendrá bien despejarme un rato.

—Entendido. —Maldonado abrió el cajón del escritorio y extendió una tarjeta—. Toma, quizá te haga falta. Y no desconectes demasiado.

—¡Gracias! —La aceptó y la guardó en el bolsillo de su chaqueta—. Nos vemos, detective.

—¡Hasta mañana, inspector!

El policía abandonó la estancia y Maldonado percibió a Marla charlando con él. Luego, la puerta de la oficina se cerró y la tranquilidad volvió al despacho. El detective contó mentalmente hasta tres, que eran los segundos que Marla tardaría en entrar.

«Uno, dos... y tres».

La puerta se abrió.

Ella parecía desconcertada.

—¿A dónde ha ido el inspector?

—Necesita un hotel. Podrías haberle ayudado a encontrar uno.

—Podrías haberme dicho que lo hiciera.

Maldonado se levantó y se dirigió a la salida.

—Oye, Marla, yo también tengo que hacer unos recados. Descansa esta tarde, no hay mucho más pendiente por hoy.

—¿Tú también te vas? ¿Qué está ocurriendo, Javier? ¿Qué ha sido esa llamada?

—Déjalo. Solo debemos cambiar de compañía de teléfono... —comentó, acercándose al escritorio de Marla—. ¿Has revisado las facturas? Nos están cobrando una barbaridad. ¡Estos son unos auténticos vampiros!

—Javier, ¿pasa algo?

—No ha colado, ¿verdad?

—No, mucho, sinceramente.

—De momento, todo está en orden, pero algo me indica que puede que cambie. Debemos estar alerta.

—Viniendo de ti, eso no me tranquiliza.

—La transparencia tiene un precio. ¿Has sacado algo nuevo sobre el caso Medeiros?

—Nada relevante. Los medios sueltan la información con cuentagotas. ¿Necesitas algo más?

En ese instante, a Maldonado se le encendió la bombilla al mirar el periódico arrugado en la papelería. Quizá contactar con Pedro Ramiro no fuera la mejor idea y podría traer problemas con Berlanga, pero Ramiro y su círculo podían ser una fuente valiosa.

—Ahora que lo mencionas, sí hay algo... —contestó y Marla mostró interés—. Tengo una tarea para ti, pero debe ser un secreto entre los dos.

Se sorprendió de su propio atrevimiento al enviar a Marla a la redacción del periódico, buscando extraer información sobre el caso Medeiros. Imaginó que esa tarea la haría sentirse involucrada y útil. Cuando salió del despacho, la noche había caído y un frío cortante, venido desde la sierra, presagiaba un invierno severo. Se abrochó bien la chaqueta y descendió por la Gran Vía rumbo a su domicilio. En uno de los callejones adyacentes, los neones de un club de striptease parpadeaban sobre un toldo oscuro. Tal vez, reflexionó, fuese el último local de ese tipo en la capital, solo reconocible por su luminoso anacrónico. Navegó entre el bullicio de un sábado noche, con la gente haciendo cola para ver musicales, y se preguntó por el paradero del inspector.

—Y hablando de inspectores... —pensó en voz alta, recordando que debía hablar con Berlanga. Su última reunión en Casa Paco había finalizado de forma agridulce, como si Berlanga lamentase haber propiciado ese reencuentro. Pero Maldonado sabía que Berlanga se sentía en deuda con Rojo, especialmente desde el caso del Tarot. Se decía que Rojo no era de los que buscaban fama, pero sí tenía sus propias motivaciones.

Con todos estos pensamientos rondándole la cabeza, no quería irse a dormir sin seguir su intuición. Suponía que, a esas horas, Berlanga solo podría estar en casa o en la comisaría. Y los sábados solía tener la tarde libre, a menos que hubiera una emergencia.

Finalmente, se dirigió a su coche, un Golf algo cascado, y condujo hacia Chamberí pasando por Moncloa. Afortunadamente, esa zona estaba más tranquila y llegó rápido a su destino.

A la confluencia de la calle de Abascal con Modesto Lafuente, Maldonado redujo la velocidad y buscó el portal de su amigo. Para él, todos los edificios de esa zona parecían iguales: altos, impecables e inaccesibles. A pesar de ser fin de semana y del bullicio que procedía de las calles de Ponzano y las adyacentes, por donde iba, era un corredor silencioso, iluminado por farolas y oscurecido por las penumbras. Aparcó donde pudo y encendió un light, con una inquietud que lo carcomía, antes de dirigirse al portal. Estaba por sacar el teléfono para llamar al inspector, pero no fue necesario, porque lo divisó a lo lejos.

Berlanga llevaba la correa de un perro salchicha que caminaba delante de él. Maldonado guardó el teléfono en la chaqueta y permaneció inmóvil, fumando a distancia.

—Javier, ¿qué haces aquí?

—Estaba cerca —respondió, y el otro frunció el ceño, cansado de sus apariciones inesperadas—. ¿Tienes un momento?

—Lo siento, pero mi mujer me espera en casa. Hemos quedado para cenar.

Maldonado miró la hora. Aún era temprano para la cena.

—Te acompaño a pasear al perro.

—Estoy volviendo del paseo, Javier. ¿Qué quieres?

—Charlar un rato. No te pongas tan tenso... Estoy seguro de que a tu mujer no le molesta que estés un poco más con el perro en la calle. Incluso, le estarías haciendo un favor.

—Realmente...

—¿Es obediente? —preguntó mirando al can, con sus orejas caídas como dos pétalos y una mirada tierna—. Espero que no le hayas llamado Rex.

—No.

—Bien hecho. No tiene aspecto de furia alemana.

—Si has venido a hablar del caso, ya te lo he dicho todo esta mañana. No insistas...

Maldonado percibió el tono preocupado y molesto de su amigo, como si sintiera una opresión en el pecho. Por supuesto, quería hablar de la investigación y de su desarrollo, pero estaba más inquieto por la situación personal de Berlanga.

—No. He venido a hablar contigo, no del caso —aclaró y le ofreció un cigarrillo—. Venga, acéptalo. Te sentará bien. No le diré nada a tu señora.

—De todos modos, se enteraría.

—Bueno, nadie dijo que la vida fuera fácil.

Caminaron con paso tranquilo por Bretón de los Herreros y después se desviaron hacia Fernández de la Hoz. Se detuvieron en una plaza con un pequeño parque y varios bares con terrazas que daban vida a la calle, a pesar de estar alejadas del bullicio más típico de la noche madrileña.

—Solo una cerveza —matizó el inspector al sentarse en una mesa al aire libre.

Pidieron dos cañas y Maldonado observó el entorno, tomando conciencia de que esa faceta de la ciudad también formaba parte de Madrid, aunque difería del Madrid que solía frecuentar.

—Quizás me traslade a tu barrio algún día.

—Estás a gusto en el tuyo, te va más.

—Aquí parece haber menos problemas.

—Son de otra clase, pero, problemas hay en todas partes...

Maldonado dio un sorbo y carraspeó antes de hablar.

—Oye, Miguel. Respecto a esta mañana... No tengo claro cuál es tu punto de vista.

—Ya te lo he dicho. Quiero mantenerme al margen. Eso es todo.

—No, eso lo he entendido. Hablo de ti personalmente. Parece que lleves unos días con un palo metido en el culo.

—¿Qué quieres decir?

—Si realmente no quieres involucrarte, ¿por qué no le dijiste a Rojo que buscara a otro?

Berlanga suspiró y tomó un trago de su cerveza. Para el detective, aquel gesto denotaba agitación en su conciencia.

—A ti todo te ha parecido fácil siempre.

—Pues mira cómo he acabado.

—Le debía un favor al inspector Rojo, después de todo lo ocurrido... Nunca me pidió nada a cambio.

—Pero fue él quien resolvió el caso.

—Con tu ayuda y la nuestra.

—No sé, Berlanga. Esta vez te noto distinto... Con todo lo que hemos pasado juntos, reconozco tus inseguridades y sé cuándo algo te preocupa. Sé que no me estás contando toda la verdad... No deseo meterme donde no me llaman, pero...

—Entonces, no lo hagas. Tengo mis razones para ser cauto. Respétalas, por favor.

—¿Qué es lo que te preocupa?

Berlanga se tomó un momento y miró fijamente a Maldonado.

—¿Quieres que te lo diga claramente?

—Sería lo ideal.

El inspector suspiró hondo.

—Temo por el bienestar de mi familia. Eso es todo.

—Eres inspector jefe de Homicidios y Desaparecidos, durante más de diez años. No han podido conmigo, a pesar de todas las irregularidades... Puedes estar tranquilo, que a tu familia no le pasará nada.

—Es una manera de hablar.

—Ya veo. El caso Medeiros toca a gente poderosa, ¿cierto?

—Más o menos. No me tires de la lengua, pero, cuando lo juzgaron, al parecer, hubo irregularidades y ciertos intereses por parte de varios implicados...

—¿Cómo cuáles?

Berlanga se contuvo, sabiendo que cada detalle podía ser utilizado por Maldonado en su búsqueda. Al final, este intuyó que los individuos que preocupaban a Berlanga terminarían relacionándose con todo.

—Será mejor que olvides lo que he dicho. La cerveza me hace desvariar.

—Entonces, sigue bebiendo.

—Déjalo, ¿vale?

—No voy a fingir que me chupo el dedo.

—¿Nunca sientes temor, Javier?

Reflexionando sobre ello, se dio cuenta de que rara vez se había hecho esa pregunta. No obstante, ahora, una imagen nítida cruzó su mente y consideró que era el momento adecuado para compartirla con su amigo. En ese momento, dudaba si Miguel estaba dispuesto a escucharlo todo.

—Te entiendo.

—Aún no has respondido.

—Hay algo de lo que quería hablarte. Creo que está relacionado con lo que te preocupa...

Justo entonces, el móvil de Berlanga vibró en el bolsillo de su abrigo y el perro empezó a ladrar. Al mirar la pantalla, vio el nombre del contacto. Era su esposa.

—¡Vaya! Se me ha olvidado la cena... Me van a matar.

Con toda tranquilidad, Maldonado encendió un cigarrillo y miró la hora.

—¿A qué hora soléis cenar? ¿Acaso sois noruegos?

—Debo irme, disculpa. No me gusta llegar tarde...

—No te preocupes, yo me encargo.

Berlanga se levantó, tomó la correa del animal y le dio una palmada amistosa a Javier en el hombro.

—Javier, ten cuidado. Confío en que lo comprendas.

—Tranquilo... No te guardo rencor.

Berlanga alzó una ceja, mirándolo con sorpresa.

—No esperaba esa respuesta.

—Y yo no esperaba que cenaras tan pronto —replicó Maldonado y ambos esbozaron una sonrisa—. Ve y disfruta de la cena. No hagas esperar a tu esposa.

El inspector se marchó calle abajo, con su perro trotando a su lado. Javier pidió la cuenta, dio las últimas caladas al light y terminó la cerveza, perdido en sus pensamientos sobre lo que podía inquietar tanto a Berlanga, hasta el punto de tenerlo más tenso que un alambre.

Día 2.

Domingo.

El miedo. Aquella palabra maldita que lo arruinaba todo: su trabajo, sus relaciones amorosas. Ese sentimiento que separaba a las personas, que las mantenía alejadas del éxito y la autorrealización. Maldonado sabía lo que era el miedo. De hecho, lo había hecho su aliado en vez de su enemigo. Aquella mañana, bajo la ducha, reflexionaba sobre cuándo había dejado de temerle, cuándo el miedo se había transformado simplemente en un aviso, un recordatorio de que seguía con vida.

Después de un rápido desayuno en la Taberna del Príncipe, se dirigió al paseo del Rey, donde había dejado aparcado su coche cerca de la Rosaleda, situada al pie del Templo de Debod. Al poner en marcha el vehículo, encendió un cigarrillo y cruzó los dedos para que el motor no fallase mientras esperaba a Rojo. Con el sonido de la radio de fondo, prestó atención a las noticias matutinas, que no ofrecían nada fuera de lo común. Aquel día se presentaba inusual. No tenía ni idea de qué encontrarían en el mercadillo, pero presentía que sería un punto de inicio para descubrir más sobre Medeiros. A través del espejo retrovisor de su viejo Golf, vio al inspector acercándose. Llevaba sus gafas de aviador, la chaqueta de cuero, botas... y caminaba con la seguridad de quien ha vivido demasiadas historias inconfesables.

—Veo que sigues con el mismo trasto de coche —comentó Rojo al subir al vehículo—. ¿Tanto cuesta ser detective?

—No veo motivo para cambiarlo. Ruge como una bestia y no tiene nada que envidiar a los eléctricos.

—Podría darte un par de razones para encontrar una alternativa.

—Si prefieres, tienes la estación de metro justo al frente —señaló en dirección a Príncipe Pío, la antigua estación del Norte. Luego miró a Rojo—. ¿Has dormido bien?

—Lo justo. No necesito mucho. ¿Nos vamos?

—Desde luego —respondió, arrancando el coche y dirigiéndose hacia la cuesta de San Vicente para luego desembocar en el paseo de la Florida y seguir paralelo al río Manzanares—. Me dijiste que era tu primera vez en el Rastro...

—Solo lo he visto en televisión, así que tengo una idea.

—¿En serio?

—¿Tan sorprendente te resulta?

—Pensé que no veías la televisión. No te lo tomes a mal, pero no te imaginaba viendo los telediarios...

—Tienes una concepción equivocada de mí. Desconozco qué te hace pensar eso, pero lo cierto es...

—Que te importa un carajo.

—En efecto... En cualquier caso, no me van los mercadillos ni las antiguallas. No creo que encuentre algo de mi interés allí.

—Soplones, rateros, delincuentes de poca monta... Esa es la razón por la que vamos, no te olvides.

Rojo hizo un gesto irónico.

—¿Se reúnen todos ahí?

—Bastantes. Para ellos, es como un centro social.

—Interesante. En Alicante tienen otros rincones favoritos...

Rojo apoyó el brazo en la ventana del coche, observando el paisaje urbano. Más allá del río, los edificios y el renovado bulvar ofrecían una fachada pulcra que ocultaba sus sombras.

—Debo avisarte, el Rastro puede ser un hervidero de gente en un día como hoy. Se centra en un par de calles principales y las cercanas. Las multitudes se aglomeran en esas dos arterias principales, pero Lavapiés puede ser un laberinto si necesitas moverte rápido. Es sencillo desorientarse.

—Como cualquier centro histórico, supongo.

—Tiene sus particularidades. Los habitantes de la zona conocen sus escondrijos.

—Entiendo. ¿Y la presencia policial?

—Hay un buen número de policías municipales. A veces son más un estorbo que una ayuda...

—Ya veo. —Rojo parecía ensimismado. A Maldonado no le sorprendió; había trabajado con él anteriormente y su actitud no parecía haber variado desde la última vez que se vieron, hacía ya tiempo.

Al acercarse a la ronda de Embajadores, divisaron los puestos que ya se habían instalado en la parte baja del barrio. Maldonado planeaba entrar por abajo y luego ascender a pie hacia la plaza de Cascorro. De lo contrario, podrían quedarse atrapados en el tráfico.

—Hemos llegado —anunció al aparcar en un espacio cercano—. Antes de nada, ¿llevas

arma?

—¿En serio me preguntas eso?

Maldonado interpretó su respuesta como un sí.

—Si estuviera en tu lugar, no lo haría. Podrías acabar sin ella.

—¿Estás de coña?

—Para nada. Yo no lo haré.

—Tú no puedes.

—Te estoy aconsejando, nada más.

Rojo hizo un gesto hacia la guantera.

—Recuerda que soy policía...

—Y yo conozco el terreno.

—Pues... me la jugaré, antes que dejarla en el coche. No lo tomes a mal. Tu coche es... una pieza de museo.

—Como quieras, inspector.

Se bajaron del vehículo y el sol les impactó justo al cruzar hacia la plaza que los llevaría al corazón del mercadillo. Una multitud se desplazaba en todas direcciones, recordándoles a un hormiguero.

—¿Es allí donde debemos ir?

—Exacto —respondió Maldonado, sacando un cigarrillo—, pero eso es solo la punta del iceberg.

19

A Maldonado le sorprendió que Rojo pareciera desconocer el Rastro, aunque disimulaba bien su asombro. El Rastro no era solo un mercadillo típico de Madrid; para muchos, era la tradicional forma de pasar los domingos, curioseando entre objetos antiguos y reliquias que probablemente no comprarían. Y cómo no, terminar la jornada en algún bar emblemático de la zona, ya fuera para unas sardinas en el Santoña, caracoles en Los Caracoles o un vermú con bravas cerca de Cascorro. Tras la comida, las calles volvían poco a poco a la quietud habitual del domingo por la tarde, esa calma que precede al inicio de una nueva semana laboral, y las estrechas calles de Lavapiés se sumían en una melancolía propia del barrio.

Pero eso era solo una faceta del Rastro dominical. Maldonado, que había patrullado el área numerosas veces, sabía que el Rastro y Lavapiés en sí se transformaban en un hervidero de actividad bajo la aparente calma de un mercadillo. El negocio ilegal florecía: el dinero cambiaba de manos rápidamente, y no solo se trataba de drogas o de estraperlo. Esta complejidad era precisamente lo que había llevado al exinspector a esa zona en primer lugar. Su intuición, que pocas veces le fallaba, le decía que estaba cerca de encontrar alguna pista sobre Medeiros. Sin embargo, no podía compartir esta corazonada con Rojo sin arriesgarse a ser objeto de mofa.

Antes de que el alicantino pudiera hacer algún comentario, ya estaban al final de Cascorro, con la multitud avanzando hacia ellos. Aunque no era el momento de mayor afluencia, el mediodía complicaba bastante la movilidad. Se abrieron paso entre la gente, observando los puestos de bisutería, camisetas y ropa de segunda mano que se extendían a ambos lados de la calle. El sabueso, atento, no perdía detalle de los vendedores y de las miradas que atraían hacia ellos.

—Aún no me has dicho qué buscamos —apuntó Rojo, ojeando a ambos lados como quien inspecciona una sala.

—Puede que no te hayas percatado, pero te dije que llevamos el aspecto de policías que se reconoce desde lejos...

—Perfecto. Así se lo pensarán dos veces antes de hacer alguna idiotez.

—A ti no te importa nada, ¿verdad?

—No me pagan lo suficiente para preocuparme por lo que piensen otros —contestó y señaló un puesto al inicio de la plaza, frente a una tienda de camisetas y discos de rock—. Maldonado, observa allí.

Maldonado siguió la dirección y reconoció al vendedor.

—Es «El Chispas», si no me equivoco —mencionó conforme se acercaban—. Pasó un tiempo en prisión por robar en un supermercado.

—No vas a la cárcel por robar en una tienda.

—Lo suyo fue un atraco a punta de pistola. Me intriga cómo ha acabado aquí...

Cuando vio que el vendedor le daba un mensaje a un joven, Rojo se adelantó rápidamente. El chico intentó perderse entre la multitud, pero en un abrir y cerrar de ojos, el inspector estaba frente a él, sujetándolo del brazo.

—¿Tenías prisa, chaval? —inquirió, mostrándole su distintivo.

—Vaya, Chispas, ¿qué haces por aquí? —saludó Maldonado. Mientras Rojo contenía al joven, que trataba de zafarse—. ¿Te acuerdas de mí?

—Inspector...

—Este zalamero intentaba escapar —se burló Rojo y lo liberó—. ¿A dónde ibas tan rápido?

—¿Buscas un tapiz? Tenemos unos excelentes. También disponemos de banderas de España, de distintas épocas...

—Cierra la boca y responde.

Al Chispas le costaba formular frases coherentes y le faltaban varios dientes, probablemente por la droga. Sus brazos estaban completamente tatuados. Maldonado permanecía frente al puesto, alejando a los curiosos, mientras Rojo vigilaba desde atrás.

—¿Qué queréis? Estáis espantando a la clientela...

—Tú no tienes de eso. Solo unas preguntas y te dejamos tranquilo.

—No sé nada, inspector —replicó y el policía arqueó una ceja, notando que para algunos Maldonado todavía ejercía como tal.

—Eso lo tengo que decir yo. ¿A quién querías alertar?

—¿Yo? A nadie. Aquí me ves...

—No juegues conmigo o te parto los dientes, desgraciado...

—Te lo aseguro, no era para mí.

—Eres de aquí, ¿cierto?

—Desde siempre. Nací en Lavapiés y aquí moriré, si me lo permiten...

—¿Qué puedes decirme de Medeiros?

—No me suena ese nombre. ¿Gallego? Por aquí conozco a uno que tiene un mesón...

—Me estás calentando las pelotas, Chispas...

—Se lo digo de verdad. Le pides una caña y te pone unos pimientos de Padrón, inspector, de maravilla...

—Como no respondas, te vuelco el chiringuito en un pestañeo.

—No, inspector, por favor...

—Háblame de Medeiros...

—No me gusta malmeter sobre los muertos.

—¿Así que lees las noticias?

—Es un secreto a voces. Tenía planes de marcharse, o eso decían... Lo que le hicieron, no estuvo bien.

—¿Qué le hicieron?

—Ya sabe, demasiados años.

—Explicáte mejor, que te estás quedando tonto.

—Yo no he dicho nada.

—Acabas de decirme que es inocente. ¡Habla, carajo!

Por un momento, su expresión cambió. Aunque la gente seguía pasando cerca del puesto, nadie se atrevía a acercarse demasiado. Su mirada reveló más de lo que sus palabras pudieran haber expresado.

—¡Señora, mire! ¿Desea un tapiz? Tenemos de muy buena calidad...

Maldonado se inclinó sobre el puesto y agarró de la camiseta al vendedor.

—Mira, tronco. Si no colaboras, vas a tener problemas...

Pero el Chispas se revolvió y Maldonado, desequilibrado, tiró parte de la mercancía al suelo.

El alboroto causó confusión y empujones entre la gente. De repente, un grito resonó:

—¡Policía, policía! —gritó un joven y salió disparado, dejando atrás al inspector.

—¡Parad, parad! —exclamó un agente municipal a lo lejos.

«Vaya faena...», reflexionó el sabueso, anticipando el caos. El Chispas se esfumaba tras una esquina y Rojo miraba a su compañero, desconcertado.

—Yo voy tras el chaval, tú sigue al otro.

Mientras el bullicio crecía, Maldonado persiguió al Chispas. Vio a Rojo frenado por la masa de gente que venía en dirección opuesta.

Giró hacia un callejón y el inspector se encaminó hacia la plaza de Lavapiés, persiguiendo al joven. Aunque había hallado una pista, ahora debía capturar al delincuente. A pesar de que Rojo podía ser más ágil, Maldonado conocía las laberínticas calles como la palma de su mano. Miró en todas direcciones, tratando de anticipar el escape del Chispas. Luego pasó junto a unos puestos de comida para animales y, poco a poco, el bullicio se iba atenuando.

—Maldita sea... —murmuró, recuperando el aliento. Entonces vio una silueta familiar asomándose unos metros más adelante—. ¡Eh, tú!

Se lanzó hacia el Chispas con determinación, pero al doblar la esquina, se encontró con que el delincuente le esperaba con una barra de hierro. El golpe le dio en el abdomen, dejándolo sin aliento y en el suelo.

—Hijo de perra... —jadeó Maldonado, intentando no perder la consciencia. El Chispas, sorprendido por un momento, parecía considerar rematar la faena, pero comprendió las consecuencias de herir a un policía. Nervioso, soltó la barra y miró hacia el final del callejón, listo para huir.

—¡Que te jodan, madero! —exclamó antes de correr hacia el otro extremo del pasaje.

Aun con el pulso acelerado, el detective tomó aire y se enderezó. Afortunadamente, ese canalla no le había causado daños graves, pero intuyó que durante unos días necesitaría una bolsa de guisantes congelados para aliviar el dolor. Escuchó detrás de él a los policías municipales, conversando con algunos de los tenderos que había dejado atrás. Se agachó, recogió la barra de hierro, eliminando así cualquier evidencia. Luego se deslizó hacia una entrada semiabierta y se ocultó allí, esperando que los agentes siguieran de largo. Estos se acercaron a la esquina y escudriñaron la zona.

Refugiado en el umbral de la corrala, un aroma a humedad y viejas historias le envolvía. Alzó la cabeza y notó las miradas inquisitivas que lo acechaban, escondidas tras los balcones del patio longitudinal.

—Pienso que se ha escapado por allí —comentó uno de los agentes, señalando el recorrido del Chispas—. Es probable que nos haya dado esquinazo.

—Eso parece —respondió su compañero. Hubo un breve silencio—. Por cierto, hay una tasca en Usera donde sirven unos bocadillos de calamares espectaculares...

—¿Conoces el Postas, en el centro?

—Claro, pero esto es otro nivel.

La pareja siguió hablando y las voces fueron desvaneciéndose, pero aquellas miradas de la corrala seguían posadas en él. Asintió en señal de gratitud, entendiendo que no lo delatarían. Allí, la figura policial no era precisamente bienvenida, y aquel que escapaba de sus garras podía ser visto como un héroe, una víctima o un criminal. Al final, dejó la barra en la entrada y retomó su camino hacia la calle.

Segundos más tarde, el sabueso se fundía con la multitud cuando percibió que el peligro había pasado y se dirigió hacia la plaza de Lavapiés, con la esperanza de encontrar a Rojo. Las marcadas diferencias entre unas calles y otras le resultaban fascinantes, una muestra del mosaico que era Madrid. A pesar del golpe recibido, su aspecto no parecía deteriorado, aunque sentía un

ligero malestar al moverse. Su atención se desvió por un momento al pasar por el Melo's, un local tradicional del barrio que había frecuentado en el pasado, famoso ahora por sus croquetas y sus zapatillas, que eran bocadillos de jamón cocido con queso fundido. Encendió un cigarrillo mientras caminaba meditabundo, preguntándose por la inusual reacción del Chispas, a pesar de haber enfrentado situaciones peligrosas anteriormente. En sus años de servicio había escuchado todo tipo de excusas, pero raras veces veía a alguien huir tan precipitadamente. La mención de Medeiros y la posterior agitación le alertaron de que el asunto era más grave de lo que inicialmente había supuesto. Ya cerca de la plaza, divisó a Rojo, que se acercaba con semblante agotado. Ambos se encaminaron hacia la plaza de Embajadores, en dirección a su coche.

—Menudo cabronazo... —gruñó Rojo al encontrarse con él—. Casi me deja sin aliento. ¿Dónde te habías metido?

—Lo he perdido. Me ha sorprendido con un golpe.

—No puedo descuidarte ni un segundo —comentó el otro con ironía—. ¿Has oído hablar de un tal Estarreado?

Maldonado frunció el ceño intentando recordar.

—No, ¿debería? El caso es que me suena de algo ese apellido...

—Es todo lo que me ha dicho ese delincuente.

—¿El mensaje iba para él?

—Procedía de él, mejor dicho... Puede que no diga la verdad, pero parece que hay orden de no mencionar a Medeiros.

—¿Por parte de quién?

—De los que lo conocían —le explicó Rojo, observándolo—. Al parecer, Estarreado, o quien actúa en su nombre, es uno de los pesos pesados del barrio, apartando a los senegaleses que se dedican al trapicheo o a los pakistaníes en el comercio. Según cuenta, ya han ajustado cuentas con un chivato por hablar más de la cuenta... Claro, nadie quiere meter las manos en ese avispero.

—Cuando dices «ajustado cuentas», te refieres a...

—A eso que estás pensando. Se dice que su cuerpo acabó en el Manzanares.

—Puede que esté mintiendo.

—¿Fuiste a arrastrar el cadáver?

—No, pero son capaces de mentir con cualquier cosa.

—Lo comprobaremos con la comisaría. En cualquiera de los casos, si han llegado a esos extremos, la preocupación debe ser considerable.

—Este es el pan de cada día, pero deberíamos centrarnos en nuestros asuntos.

—No obstante, me extraña que no nos hubiera llegado ningún chivatazo, con Berlanga siendo tu colega...

«¿Es que no te asusta nada, Javier?».

—Berlangua no es un soplón.

—Ya. Como sea... tenemos que dar con ese Estarreado. Eso está claro. Se acabaron los juegos.

—Hablaré con Berlangua...

Maldonado gruñó al apoyarse con fuerza en una pierna.

—Vaya aspecto llevas, detective. No estamos para presentarnos en ningún lado así.

—Lo sé. Me ha jodido ese quinquí, pero dame un respiro, ¿quieres? Y algo con qué brindar...

Una cerveza me vendrá bien.

—El alcohol puede aliviar momentáneamente, pero ese moratón va para largo...

—¿Desde cuándo te has vuelto médico y pensador?

—No puedo hacer mi trabajo si estás hecho polvo.

—He salido de peores.

—Eres terco, ¿verdad?

—No tienes ni idea de cuánto.

—Al diablo con todo... Vale, una cerveza nos sentará bien a ambos. Pero dame las llaves de tu coche.

—¿Cómo? Ni de broma.

—¿De verdad piensas ponerte al volante en ese estado?

—Súbete a un taxi si no quieres ir conmigo, pero antes tendrás que arrancarme las manos si esperas que te deje ponerlas en mi volante.

Rojo hizo una mueca y desistió. En el fondo, compartía su forma de pensar, así que comprendió por qué actuaba así.

Huyendo del ajetreo de las calles de Lavapiés, Maldonado dirigió su coche hacia la Puerta de Toledo y ascendió por la calle homónima, en dirección a La Paloma, una marisquería emblemática donde solía parar cuando ejercía como inspector. La Paloma destilaba autenticidad: mariscos frescos, azulejos desgastados, cervezas perfectamente servidas y una clientela fiel que, aunque ruidosa, no resultaba intrusiva. Un rincón donde la sencillez y las barras de metal se imponían, representando un tipo de local en extinción en la metrópoli. Era un recuerdo palpable de tiempos pasados, donde darse el capricho de unas gambas a la plancha acompañadas de una cerveza no representaba un lujo, sino un placer cotidiano. Aunque su fachada con letras descoloridas y ventanales con marcos metálicos invitaban a entrar, al pasar con su coche, observó que estaba abarrotado. Como era de esperar en un domingo madrileño. Conocedor de los secretos del barrio, Maldonado recordó una antigua bodega reconvertida en taberna, en los alrededores. Para su fortuna, encontró aparcamiento cerca, al lado de una curiosa tienda de disfraces.

—¿Sabes a dónde te diriges? —cuestionó Rojo con una mirada inquisitiva.

Sin mediar palabra, Maldonado se adentró en la calle Calatrava, hacia Casa Gerardo, un local que conservaba la esencia de las bodegas antiguas, ofreciendo una variada selección de vinos y quesos. Después del altercado, ansiaba algo que apaciguara sus nervios, y para él, el vino tenía esa virtud divina sin hacerle perder el equilibrio. Rojo observó el ambiente tranquilo del local, destacando su atmósfera castiza, evidenciada en sus mesas bajas, barriles antiguos, mostrador repleto de botellas, quesos en vitrina y una barra de madera con azulejos que evocaba al siglo XIX. Por azar, justo al entrar, una pareja se levantó de una mesa de mármol, permitiéndoles sentarse bajo un viejo ventilador de madera.

—¿Alguna intolerancia? —preguntó el detective.

—A los mentirosos y a los idiotas.

—Debe ser complicado ser tú. —Maldonado llamó al camarero y pidió dos copas de Braco, un buen tinto de Toro recomendado por el restaurante, media ración de queso manchego, tomate

con bonito en escabeche y media de cecina de León—. Sobre todo, en este país...

—No me gustaría estar en tu piel, ni por un segundo.

—Eso me reconforta. ¿Qué tal te va?

Rojo lo miró con escepticismo.

—¿Desde cuándo charlamos de nuestras vidas?

—Contigo, siempre es un reto.

—Concentrémonos, detective. ¿Seguro que no le pones cara al tal Estarreado? Piensa un poco.

Cuando les trajeron las copas de vino, con una tapa de pan y queso de acompañamiento, Maldonado reflexionó, dando un mordisco al queso. Había oído ese apellido antes, pero no podía asociarlo con ningún delincuente conocido. Tenía que mirar en otras direcciones.

Se le ocurrió una idea que podría agilizar las cosas. Sacó el móvil y llamó a Marla.

—¿Dime?

—Marla, necesito un favor.

—Ya lo sé. Si no, no me habrías llamado.

—Siempre tan perspicaz... —comentó sonriendo, echando un vistazo a Rojo—. Necesito información sobre alguien con el apellido Estarreado. ¿Te suena?

—¿No es un apellido de actriz?

—Quizás. No debe ser muy famosa si no la tengo en mente.

—Para ti, ninguna película es buena si no sale Humphrey Bogart o Marlon Brando.

—No puedo negarlo. —Se rio entre dientes—. Pero este Estarreado es un tipo peligroso que está amenazando a la gente del Rastro... Así que ten cuidado con cómo y a quién se lo preguntas. Haz una búsqueda general, intenta pensar fuera del tiesto.

—Querrás decir, piensa fuera de lo normal.

—¿Qué importa eso? Tú me has entendido.

A través del teléfono, se oía a Marla escribir.

—Lo tendré en cuenta.

—Y quiero saber si ha habido recientemente alguna víctima relacionada con delincuentes y mangantes... Revisa las secciones de sucesos locales.

Hubo un breve silencio.

—¿Por qué no se lo pides a Berlanga? Es tu amigo, y Rojo seguro que tiene acceso a esa información. Será más rápido que yo.

—Hay razones para pedírtelo a ti.

—Entiendo... —respondió, siguiendo con sus anotaciones—. Imagino que quieres que hable con esa periodista.

En ese momento, las palabras de Berlanga sobre Pedro Ramiro vinieron a su mente. Era un

límite que debía evitar traspasar.

—Haz lo que tengas que hacer y hasta donde puedas, pero sin pasarte. ¿Te queda claro?

—Entendido, jefe. No necesitas ponerte tan serio conmigo, sobre todo delante del inspector Rojo...

—No me estoy poniendo serio. Me preocupo por ti.

—Sé que Rojo nos escucha. No te preocupes, está bien.

Con ese tono despreocupado, logró inquietarle. Afortunadamente, el inspector no parecía prestar atención a la conversación; estaba ensimismado, centrado en la tabla de cecina que tenía delante.

—En el cajón de mi despacho hay dinero en efectivo. Toma lo que necesites y avísame cuando sepas algo.

—¡Ten cuidado, Javier!

Maldonado colgó sintiendo un estremecimiento, al ser consciente de lo que acababa de solicitar a su secretaria. Las posibilidades de que Berlanga lo descubriera eran altas, aunque menos que si él mismo hubiese contactado directamente con Ramiro. Ese periodista siempre buscaba cualquier resquicio para obtener un chisme jugoso. Solo esperaba que Marla actuase con discreción.

—Quiero ver la casa de Simancas —interrumpió Rojo de repente, guardando su móvil en el bolsillo de su abrigo—. Podemos ir después de la comida, si te parece.

—No me parece bien. No podemos hacer algo así.

—¿Por qué? Me gustaría conocer su entorno.

—Es el expresidente de la Comunidad de Madrid. No puedes simplemente ir y husmear en su propiedad.

La cara del inspector cambió, como si lo hubieran insultado.

—Pues iré solo.

—No, no lo harás.

—No necesito que me cuides, detective. Ni tampoco un sherpa que me acompañe a todas partes. Ya somos mayorcitos...

—No se trata de eso, Rojo.

—¿Entonces?

Maldonado suspiró, conteniendo la frustración. Estaba acostumbrado a tratar con Berlanga, pero dialogar con Rojo era como intentar mover un muro. Había días en los que echaba de menos la directa relación con Ledrado.

—Vale, iremos. Pero necesito una buena razón para confiar en tu criterio.

—Es domingo, la gente está en casa. ¿Qué más necesitas?

—Que me cuentes la verdad, tus verdaderas intenciones.

—Mira... —empezó a decir, pero dudó y lo miró fijamente antes de continuar—. Quiero ver el escenario del crimen, de primera mano. Hay piezas que no encajan, como una tercera persona en la escena. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿De dónde diablos salió esa chica? Dame una pista y resolveré el caso en días.

—Estás muy seguro de ti mismo, ¿verdad que sí?

—Me fío más de los fallos ajenos que de mis propios aciertos —aclaró—. Cristina era auxiliar de vuelo, pero descubrimos que ejercía como escort... Seguro que hay alguna mentira más que se nos escapa.

—¿Hubo alguna fiesta esa noche en pisos cercanos? ¿Dónde se encontraba el resto? ¿Con quién estaba? En el informe no hay mención de nada, así que deduzco que estaría con Simancas...

—No es un delito, pero ciertamente podría arruinar su imagen pública.

—Los políticos carecen de imagen a estas alturas. Inventan cualquier cosa para lanzar una cortina de humo y desviar el foco —expuso después de dar un sorbo a su vino—. Tal vez buscaban otro propósito.

—¿Qué más conoces de ella?

—Proviene de una familia humilde, sin formación. No tenían ni idea de lo que su hija hacía en Madrid. Creían que vivía en Barajas, con otras dos compañeras...

—¿Y entonces?

—El piso resulta estar alquilado a una familia y no hay rastro de esas dos supuestas compañeras... Alguien está ocultando algo.

—Dime que tampoco era azafata.

—No lo sé. Hay un contrato laboral. Es la única prueba contrastada que existe.

—Sigue.

—Atiende a esto... La banda del Lagarto planea un golpe en la residencia de Simancas, con intención de robar obras de arte... Evaden la seguridad de la urbanización, acceden al interior, nadie se entera, pero algo se tuerce y salta la alarma...

—¿Qué inesperado, ¿verdad?

—En ese instante, Simancas despierta, calma a su mujer y sale a investigar qué ocurre. La banda se repliega y escapa en una furgoneta, pero Medeiros se queda rezagado. Simancas se topa con él, el ladrón le amenaza con el arma buscando huir...

—Y ahí es cuando aparece Cristina, que se dirigía a una vivienda en ese momento y se acerca para ver qué ocurre. Obviamente, desconocemos a qué casa iba o quién había solicitado sus servicios...

—Exacto... Ninguno de los vecinos vio nada, ni estuvo presente en ese instante.

—¿Qué curioso... Continúa.

—Regresemos a la escena... Aparece la chica y algo sucede entre ellos para que Medeiros, en aprietos, decida disparar a Cristina, a quemarropa y a sangre fría.

—En vez de huir, sabiendo que el tiempo apremia, que la policía estará allí en minutos y que todavía tiene oportunidad de desaparecer...

—Sin embargo, no lo hace. Dispara a la joven, dos veces.

—Exacto, dos.

—Y justo después, llegan los agentes...

—Me suena a una actuación muy poco profesional, teniendo en cuenta que Medeiros llevaba en el mundo del crimen desde joven... Hay algo que no me cuadra.

—Ni a mí —dijo Rojo y bebió vino—. ¿Qué fue lo que dijo Cristina para llevarse un disparo?

—Antes de que ella apareciera, Medeiros pudo escapar o disparar a Simancas —teorizó el detective—. Si era una escort, el único motivo para morir era porque guardaba un secreto.

—Es obvio que vio algo.

—Pero no sabemos qué. Simancas no iba armado y la policía sólo encontró una pistola.

—Ya, pero, como te dije, según balística, ahora resulta que se usaron dos armas, no sólo una...

—El delincuente confesó todo lo que hemos comentado, pero sin culpar a quien disparó la segunda bala. ¿Por qué haría algo así?

—Un código de respeto, tal vez.

—Lo dudo mucho. Son ladrones, no la Cosa Nostra. Es más probable que le amenazaran de muerte, a él o a sus seres queridos...

—Hasta donde yo sé, no tenía familia cercana.

—Algo o alguien le presionó, pero después se arrepintió... Por eso, tras cumplir su condena, tenía la intención de hablar —aclaró Rojo—. Lo que sí sabemos es que esa chica vio o escuchó algo que no debía y por eso acabaron con su vida. Con la reapertura del caso, hay que ser cautelosos. Cualquier acusación podría señalar a Simancas, con la intención de arruinar su imagen.

—Pedro Ramiro, el director del diario. Él es el primero que querría verle caer. ¿Cuántos más conocen lo de la bala?

—Es información confidencial. Solo la jueza tiene acceso al expediente.

—Venga ya, no te hagas el ingenuo.

—A lo que me refiero es que, de momento, no ha trascendido a la prensa.

—¿Y la mujer del presidente?

—Podría estar metida hasta el cuello. Pero no me preguntes detalles.

—Aun así, sigue sonriente frente a las cámaras.

—Supongo que piensa que no merece renunciar a todo por un escándalo. Muchas personas están dispuestas a mirar a otro lado, especialmente si disfrutan de una vida llena de comodidades. Para algunos, la vida significa sobrevivir y pesa más que una mera infidelidad.

—Para otros, una infidelidad es una traición imperdonable. Las segundas oportunidades no siempre son justas.

—Lo entiendo y comparto tu opinión, pero mantengámonos centrados... La moral ajena me es indiferente...

—Eso ya lo suponía.

—No sé, siento que necesito comprender lo que sucedió y verlo desde el escenario del crimen... Algo no encaja y creo que allí está la clave.

—Está bien, pero te haré una pregunta. Y sé sincero.

—Adelante.

—¿Y si te equivocas y allí no encuentras nada?

—Asumiré ese riesgo —afirmó el inspector mientras levantaba su copa—. Todos cometemos fallos, pero es peor vivir en la sombra de la duda.

Maldonado chocó su copa con la de él. Admiraba la determinación que transmitían esas palabras.

—Me da que hemos ido a la misma escuela... —comentó con una sonrisa—. Por eso mismo, salud.

Ambos dieron un trago y probaron las viandas que les habían traído. El plato estaba exquisito y el vino contribuyó a que el tono grave de la conversación se relajara por unos instantes. El detective meditó sobre lo que llevó al inspector a esa reflexión. Sin embargo, aunque la idea de visitar la residencia de Simancas le intrigaba, intuía que Rojo no era plenamente consciente del peligro que suponía. Simancas residía en La Moraleja, una zona de casas lujosas, con una vigilancia estricta y repleta de cámaras. Con el caso reabierto, era factible que el expresidente estuviera aún más alerta. A pesar de no querer admitirlo todavía, sabía que su visita no pasaría inadvertida, por mucho disimulo que emplearan. Por si fuera poco, allí se encontraría con la esposa del político, que lo reconocería al instante. Esto los colocaría en una situación comprometida, especialmente a Rojo, aún en activo, cuando Berlanga fuera reprendido.

«Ojalá esa hipótesis tenga fundamento y no te equivoques en exceso, alicantino... De lo contrario, esa confianza no te va a ayudar cuando debamos justificarnos».

21

La Moraleja era, sin duda, el barrio con la renta per cápita más alta de la ciudad y quizá del país. Situado al noreste, albergaba las residencias de famosos del corazón, destacados futbolistas, estrellas del cine y figuras prominentes del ámbito político. Dejando atrás el sur, la pareja entró en el túnel de la M-30 justo cuando el crepúsculo los envolvía. A esa hora dominical, la carretera se vestía de luces vehiculares, ventanas iluminadas y un cielo que pronto oscurecería. Para Maldonado, el otoño tenía un tinte melancólico prolongado y un tanto agónico, pero inevitable.

—No esperes demasiado de esta visita —aconsejó el detective—. Es probable que no nos dejen acercarnos demasiado...

—No te preocupes. Solo quiero asegurarme de que estoy en lo cierto.

—Como veas —respondió encogiéndose de hombros—. Es un lugar lleno de seguridad privada. Si intentamos pasarnos de listos, nos notarán.

—Entiendo —confirmó Rojo y se quedó un momento callado, mirando al exterior—. ¿Por qué lo haces?

—¿A qué te refieres? Hago muchas cosas.

—Tu trabajo. Ser detective.

—Ah, eso...

—Creo que esta situación podría complicarte.

—Desde tu punto de vista, es diferente.

Rojo lo miró de reojo.

—Al final, no estamos tan distantes. Tampoco debería estar aquí.

Una mezcla de alivio y precaución invadió a Maldonado, aunque algo en él esperaba esa confesión.

—Entonces, ambos estamos metidos hasta el cuello, ¿verdad?

—Parece que sí. Aunque tú llevas la delantera.

—Vaya... —Maldonado tomó la salida hacia Alcobendas, donde se ubicaba la afamada urbanización. Buscaba las palabras adecuadas cuando el brillo de varios coches de policía que

obstruían el acceso a la urbanización lo interrumpió—. ¿Qué ocurre?

Frente a la entrada del complejo residencial donde vivía el expresidente Simancas, un grupo de manifestantes protestaba. De un vistazo, Maldonado estimó que serían un buen número, blandiendo carteles y coreando un lema.

«¡Simancas, cretino, corrupto y asesino!»

—Bien pensado —musitó Rojo, cómodo en su asiento—. Deben de haberse esforzado en idearlo...

—Esto no pinta bien... —comentó Maldonado, preocupado—. Será mejor que regresemos.

—No, continúa.

Los policías locales intentaban controlar la manifestación espontánea en la vía pública. El detective intuyó que sería cuestión de tiempo que la policía nacional hiciera acto de presencia. Trató de atravesar la carretera, pitando con el claxon del antiguo Golf para hacer a un lado a los manifestantes, cuando la sirena de una moto de policía les sorprendió. Al mirar por el retrovisor, identificó al agente local.

—Vaya...

—Déjalo, me encargo yo.

—No, mejor yo...

El agente se aproximó al coche y tocó la ventanilla con sus nudillos.

—Buenas noches. ¿A dónde van?

—A nuestra casa —dijo Rojo, señalando el complejo residencial privado donde vivía Simancas.

El policía lo miró y luego comprobó el lugar donde señalaba el inspector.

—Ya.

—Creo que nos hemos desorientado... —añadió Maldonado.

—Entendido. ¿Puedo ver su documentación?

—¿En serio? ¿No tienen bastante con los manifestantes? —respondió con un tono desafiante. Notó por un instante una chispa de tensión en la mirada del agente, pero finalmente este se mostró más conciliador.

—Documentación, por favor.

Sin esperar, Rojo mostró rápidamente su placa y el semblante del agente cambió, aunque intentó mantener la compostura.

—Disculpe, inspector.

—Está bien. Lamento ser tan sutil, pero nos han pedido discreción.

—Comprendo.

—¿Qué está ocurriendo ahí?

El agente miró hacia la algarabía y sus compañeros, con el parpadeo de las luces azules

reflejándose en el vehículo.

—Unos alborotadores... Se nota que se acercan las elecciones. Parece que todo viene de unas declaraciones de un periodista que ha convocado esta protesta a través de las redes sociales.

—Sin permiso, en domingo. Eso es ilegal, claramente.

—Exacto. Pero estoy seguro de que no será la última vez.

Maldonado alzó una ceja, sospechando que se refería a Pedro Ramiro.

—¿Sabe cuál es la razón de la protesta?

—La verdad, no tengo ni idea —dijo el agente, echando un vistazo a sus colegas para asegurarse de que todo estaba controlado—, pero lamento decirles que no pueden cruzar este punto. Sé que hacen su trabajo, pero nosotros también cumplimos con el nuestro. Son órdenes y estamos ante una urbanización privada. Les ruego que se den la vuelta.

Por un instante, Maldonado pensó que Rojo reaccionaría, pero este se mostró sorprendentemente sereno.

—Lo entendemos —dijo el inspector—. ¡Gracias, agente!

—Buenas noches.

—Suerte —dijo Maldonado mientras daba media vuelta con el coche. Al mirar por el retrovisor, vio al agente apuntando la matrícula del Golf. Una vez se hubieron distanciado lo suficiente, Maldonado comentó—: ¿«¡Gracias, agente!»?

—¿Qué pasa?

—No sé, Rojo...

—He observado lo que necesitaba. Ahora estoy más convencido que nunca de que había un segundo tirador.

—¿Qué insinúas?

—¿Has visto ese lugar? Dos disparos y nadie oye ni ve nada. Está claro que algo no cuadra.

—A eso lo llamo comprar el silencio de los demás. Con los votos hacen algo parecido... —dijo Maldonado, preocupándose por cuánto tiempo les llevaría ser identificados—. Pese a todo, esa manifestación no me da buena espina. Pedro Ramiro está jugando con fuego.

—Eso es lo que se espera del periodismo, ¿verdad?

El detective lanzó una mirada de escepticismo.

—En serio.

—¿Qué?

—¿Vas a soltarme ese rollo ahora? ¿Desde cuándo?

Rojo soltó una carcajada, gesto poco habitual en él.

—A veces es necesario que el caos irrumpa en la vida de aquellos que creen tener todo atado. Al fin y al cabo, el caos es un estado inherente a nuestro mundo; el orden no es más que una creación humana para que todo siga sus reglas...

—Por favor, no te pongas filosófico...

—¿Qué crees que pasa si enciendes un bidón de gasolina en una jaula de ratas?

—¿Que todas intentan escapar por el mismo agujero y mueren?

—Exactamente... —dijo y suspiró profundamente—. Pedro Ramiro ha desafiado a Simancas y este responderá pronto. Me pregunto si está dispuesto a arriesgar su carrera para proclamar su inocencia, o en realidad hay algo más que quiere proteger...

—Me parece que no quiero saberlo. Sin embargo, me preocupa más el motivo por el que Ramiro ha decidido declararle la guerra a un expresidente. No sé, parece que no vaya a rendirse hasta que deje de respirar...

—Puede ser —dijo Rojo, mirando a la residencia, a través de la ventanilla—. En cualquier caso, mañana regresaremos para averiguarlo.

De vuelta al centro urbano, intentaron sintonizar algún informativo en la radio, pero no se mencionaba el suceso en La Moraleja. A Maldonado no le gustó lo que habían visto, y menos aún que el agente hubiera anotado su matrícula. Era consciente de que podría tener consecuencias. Sin embargo, no le dio más vueltas. Su atención estaba centrada en Pedro Ramiro y en la carta que este había decidido jugar contra el expresidente.

«O tienes un valor inmenso o escondes un as en la manga, para protegerte», pensó mientras se adentraba en el tráfico de la ciudad.

En su móvil había un mensaje de voz de la secretaria, informándole de un hallazgo clave para la investigación. Al salir del exclusivo conjunto residencial intentó contactarla repetidas veces, queriendo saber el paradero del sobre que le había dejado con tal información en la oficina, pero no obtuvo respuesta. Le resultó extraño.

—Maldita sea, Marla...

Rojo, en cambio, permanecía silencioso y reflexivo. Esa calma no era molestia, algo que Maldonado valoraba, aunque no estuviera acostumbrado. En sus días de policía, Berlanga no paraba de hablar. Si no era del caso que llevaban entre manos, comentaba sus problemas personales como si estuviera en la consulta del terapeuta, olvidando que el compañero también tenía vida propia. Sus relatos servían a Maldonado como distracción del caso en cuestión, un momento para fumar, reflexionar o simplemente descansar y apagar la mente. Pero con Rojo, cada patrulla se sentía como un eterno suspense, esperando que dijera algo.

—¿Te dejo en algún sitio?

—En el centro está bien —respondió el inspector después de aclarar su garganta y miró por la ventana un momento—. ¿A dónde te diriges?

—A la oficina. Tengo que recoger unos papeles que Marla me ha dejado, pero no tengo ni idea dónde.

—¿Tiene que ver con Medeiros?

—Quizá, no lo tengo claro. No me responde al móvil, pero parece algo importante.

—Te acompaño, si no te importa.

—Claro, como deseas.

Después de circular por el túnel que cruzaba la ciudad, Maldonado emergió cerca de la cuesta de San Vicente y continuó hacia Plaza de España. Luego buscó un sitio donde estacionar.

—Madrid y su eterno problema con el aparcamiento... Hay más vehículos que sitios.

—¿Por qué no alquilas una plaza de garaje?

Maldonado lo observó con cierto sarcasmo, insinuando con la mirada lo caros que estaban los precios de alquiler. Por suerte, por la noche siempre solía haber algún hueco y esta vez no tardó mucho en encontrar una plaza. Aparcaron el coche en una calle cercana a la cuesta y se dirigieron a pie hacia la Gran Vía. A pesar del aire frío y otoñal, más propio de invierno, y de que una bruma cubría el cielo, el centro de Madrid nunca parecía descansar del todo.

No obstante, la Gran Vía era un mundo aparte. Delante se extendía majestuosa, recordando el esplendor de otros tiempos.

—¿Qué te parece Madrid? —preguntó Maldonado señalando los teatros, el edificio Carrión y las imponentes fachadas.

Rojo lo miró, algo sorprendido.

—Es como preguntarle a un mono si le gustan los plátanos.

—Ya veo. No te impresiona demasiado.

—No.

Maldonado sacó un mechero y encendió un cigarrillo mientras caminaban. Rojo hizo lo propio.

—Dime, Rojo, ¿realmente te interesa descubrir quién acabó con la vida de esa joven, o estás aquí por otras razones?

—¿Por qué dudas de mi interés?

—Por sus acciones lo conocerán.

—Pues no te voy a sacar de dudas. Me divierte ver cómo te corroe la curiosidad.

—Vete al carajo.

Rojo sonrió, de forma contenida.

—Escucha, solo quiero dar con quien disparó esa segunda bala. Una chica ha muerto y su asesino sigue suelto. Su familia merece respeto.

—Lo sé, lo sé... Pero no es eso lo que te pregunto.

—¿Entonces?

—A menudo mueren inocentes por culpa de otros. No somos héroes y desde luego, no nos pagan por serlo. ¿Por qué te involucras tanto en este caso? ¿Buscas reconocimiento, fama, un ascenso? No será familia tuya...

Rojo se detuvo unos segundos, pensativo. Maldonado no esperaba que dijera nada, cuando

Rojo finalmente habló:

—Elsa, la madre de mi hijo, también perdió la vida por la ambición ajena...

—¿La asesinaron? —Maldonado preguntó con genuino interés, alzando una ceja y observando detenidamente a Rojo. Aunque parecía que a Rojo no le afectaba hablar del tema, se tomó un momento antes de responder—. No hace falta que me cuentes si no quieres...

—No, bueno... No la mataron como a Cristina Velarde, pero murió en circunstancias lamentables. A veces pienso que es mejor un final rápido que prolongar el sufrimiento, aferrándose a un hilo de esperanza.

—¿Creía que podría salvarse?

—¿Ella? —El inspector le lanzó una mirada y esbozó una sonrisa irónica, mientras negaba con la cabeza—. Me costó encontrarla... Es una larga historia y supongo que no quieres escucharla.

—¡Venga, cuéntamela!

—No —replicó tajantemente, chasqueando la lengua antes de añadir—, pero quizás por eso siento un punto débil con estos casos. ¿Cuál es tu razón?

—Supongo que el dinero.

—No vayas de duro conmigo. El dinero solo no es una motivación real. ¿Tienes pareja?

—No. ¿Por qué sacas eso ahora?

—Tú también has sido policía, sabes lo ingrato que puede ser este curro. A veces, es reconfortante tener a alguien que se preocupe por ti, alguien que se sienta orgulloso de lo que haces.

—Hubo alguien en su momento.

—¿Y qué ocurrió?

—Me iban bien las cosas, era el mejor inspector de Madrid resolviendo homicidios y cerrando casos... y me vine arriba, me creía el rey del mambo, hasta que la situación se me fue de las manos... y la jodí. Así que lo mandé todo al infierno a causa de mi incapacidad para reconocer los errores, como suele suceder... Eso es lo que pasó y por eso lo dejé con mi pareja. Luego me enfrenté a su amante y la fastidié aún más. Quería recuperarla, pero supongo que no encontré la manera apropiada. Esa es la historia resumida.

—Entiendo. —El inspector aspiró profundamente su cigarrillo y alzó la vista al cielo. Cerca del edificio Carrión, arrugó el entrecejo al percatarse de algo—. Pero, ¿qué diablos...?

—¿Qué sucede?

—¿No es ese tu despacho? —señaló con el cigarrillo la fachada del edificio—. Mira ese humo negro...

Al dirigir la mirada hacia donde señalaba Rojo, el inspector sintió un nudo en el estómago. Era imposible: el denso humo negro salía directamente de la ventana de su oficina.

23

Entraron en el edificio con rapidez al constatar que el fuego venía de su despacho. El penetrante olor a quemado confirmaba que las cosas no pintaban bien. Maldonado apretaba impaciente el botón del ascensor, que parecía no responder.

—¡Vaya faena! —exclamó, dando un puñetazo a la puerta del ascensor.

Rojo, sin dudar, optó por las escaleras y Maldonado no tardó en seguirle. El aroma a madera calcinada se intensificaba conforme ascendían. Afortunadamente, el humo no era aún tan espeso como para dificultar la respiración, lo que hizo albergar al detective la esperanza de que aún pudieran salvar algo. Lamentablemente, las oficinas vecinas estaban desocupadas a esa hora, por lo que nadie se percataría del desastre hasta que fuera demasiado tarde. No obstante, Maldonado se preguntó por qué la alarma antiincendios no se había activado. «Esto ha sido intencionado», dedujo, descartando la idea de un accidente fortuito. Al llegar al rellano de su despacho, una densa humareda les dio la bienvenida. Si actuaban rápido, podrían frenar el desastre, pensó al ver que el fuego aún no había traspasado las puertas. Entonces, como salidos de la nada, dos individuos aparecieron corriendo en sentido contrario.

—¡Eh! —gritó Maldonado y enseguida intuyó a qué venían—. ¡Alto!

El más fornido de los dos se lanzó sobre él, propinándole un golpe en el abdomen. Pero Maldonado reaccionó con un contundente rechazazo que le hizo retroceder.

—¡Pelea, mamonazo!

—Da!

El agresor se movió con destreza, lanzando una patada que Maldonado logró esquivar a tiempo.

—Maldita sea... —susurró, tosiendo por el humo. Mientras, Rojo se las veía con el otro tipo, claramente más grande que él. El grandullón intentó propinarle un golpe en la cabeza, buscando desequilibrarlo, pero Rojo esquivó y, en un rápido movimiento, desenfundó su cinturón para usarlo como látigo. El sabueso comprendió que no podían perder más tiempo si querían salvar algo del despacho. No obstante, no pudo evitar fijarse en los desconocidos: nunca los había visto,

pero parecían sacados de una película de mafiosos, robustos, tatuados, como porteros de discoteca o secuaces de un capo del crimen.

El adversario se lanzó sobre él, empujándolo violentamente contra la pared. El golpe fue tan fuerte que sintió como si las costillas se le partieran. Cayó al suelo y, en ese momento, vio un inusual tatuaje con forma de estrella roja en la mano del matón.

—*Deris', svin'ya!*

A pocos pasos, Rojo, con una habilidad sorprendente, propinaba latigazos a su rival, hasta que este, con un movimiento afortunado, logró agarrar el cinturón en pleno aire, arrastrando al inspector hacia él. Desarmado, Rojo recibió un golpe contundente en el abdomen.

—*Davai, davai!* —bramó el primero.

Maldonado, aún en el suelo, divisó un extintor en la pared. En ese instante, tuvo que decidir entre enfrentar el fuego o a esos matones. Su compañero, desde el suelo, le indicó con un gesto que dejara a los matones, que desaparecieron tras la densa cortina de humo que se formaba en la escalera. Con esfuerzo, Maldonado tomó el extintor y se lo pasó a Rojo.

—Pero ¿qué haces?

—Hazme hueco, tengo que recuperar ese sobre.

—Te vas a convertir en un jodido bistec.

—Lo haré si me quedo aquí escuchándote. ¿Quieres saber quién mató a esa chica, Rojo?

—Eres un maldito chiflado.

Al asomarse a la puerta, vio que el fuego todavía podía controlarse. Allá al fondo, sobre su mesa, estaba el paquete que Marla había dejado, consumiéndose entre las llamas. Cubriéndose el rostro con la solapa de su chaqueta, avanzó hacia el interior del despacho, desafiando el agobiante calor y la escasa cantidad de aire. A pesar del ardor en los ojos, estaba decidido a no dejar que el fuego destruyera ese secreto. Rojo, detrás de él, atacaba las llamas con el extintor. Por desgracia, cuando Maldonado llegó a su escritorio, el paquete ya había desaparecido.

—¡No puede ser, joder! —gritó el inspector al percatarse de lo que pretendía hacer. El exagente abrió la ventana esperando ventilar el lugar, pero sólo logró avivar las llamas. A continuación, rebuscó en el cajón de su escritorio, encontró su pistola y se la guardó en la cinturilla. Acto seguido, se tiró al suelo y se arrastró hacia la mesa de la recepcionista.

—¡Debemos salir ya! —le instó Rojo—. ¡Que se encarguen los bomberos!

Maldonado, obstinado, le arrebató el extintor y prosiguió en su intento por salvar la oficina, aunque parecía un esfuerzo vano a esas alturas.

—¡No pienso moverme de aquí!

—¿Pero estás loco?

—¡Vete tú!

El ulular de la sirena de los bomberos retumbaba desde la calle.

El inspector le agarró fuertemente del brazo intentando arrastrarle, pero el detective resistía con desesperación, empeñado en quedarse.

—Es ahora o nunca, Maldonado —le urgió, mirándole con una determinación inquebrantable.

En su interior, una voz le decía que no debía abandonar, que tenía que intentarlo hasta el final. Pero, la realidad era que el inspector llevaba razón y él debía decidir rápido si quería salir vivo de allí. El ordenador de Marla ardía, junto a los libros, los archivos y la radio de la estantería, derritiéndose todo en una masa deforme de plástico, vidrio y metal. El denso humo dificultaba tanto la visión como la respiración. Tenía el rostro ensuciado por el hollín y las llamas se reflejaban en su mirada, acentuando la desesperación en sus ojos. Le costaba asumir que su entorno, todo por lo que había luchado para que fuera realidad se consumía en cuestión de segundos.

—El desgraciado que haya encargado esto, lo va a pagar caro... —masculló y, finalmente, dejó caer el extintor. Sin perder un segundo más, ambos corrieron hacia la salida y bajaron las escaleras a toda prisa hacia la calle.

Día 3.

Lunes.

El equipo de bomberos consiguió extinguir las llamas que habían engullido la oficina del detective. Afortunadamente, llegaron lo suficientemente pronto como para impedir que el fuego se propagase a los locales limítrofes. El perturbador olor a quemado se adhería a las paredes de la escalera, un aroma que sería difícil de erradicar. En cuanto a Maldonado, no pudo pegar ojo en toda esa noche. Ni siquiera la fatiga fue capaz de cerrar sus párpados. Había llegado a su límite, al menos eso era lo que él sentía al ver lo que había quedado de la oficina: un amasijo de cenizas. El incendio, en sí, era lo de menos. Después de todo, un fallo o un accidente podrían haber desencadenado tal catástrofe, reflexionó. Agradeció que Marla no estuviera allí y que él tampoco estuviera para llenar de plomo a los dos miserables que lo habían orquestado. Pero, sobre todo, lo que más le hería era la facilidad con la que lo habían demolido, como si no fuera más que una condenada cucaracha. Un mensaje rápido y fácil de interpretar; una lección que le llevaría tiempo asimilar. Era, para él, otra muestra de que en la ciudad existían ciudadanos de primera y luego los demás.

Eran las ocho de la mañana del lunes y Maldonado fumaba en la puerta del despacho, con la ventana del pasillo abierta, mientras contemplaba la escena de cenizas, marcas de quemaduras y plásticos derretidos que tenía ante él. Sostenía en sus manos los restos del paquete que la secretaria le había dejado en el escritorio: un puñado de papeles reducidos a cenizas. Mientras esperaba a que llegara el perito de la aseguradora, percibió por el rabillo del ojo la presencia de la pelirroja, que aparecía por las escaleras.

—Hola, Javier... —saludó ella, midiendo sus palabras y consciente de que su jefe no estaría de buen humor—. ¿Qué haces ahí? No deberías estar fumando. Además, está prohibido...

Él ocultó las hojas carbonizadas y la miró por un breve momento. A continuación, exhaló el humo por la nariz, como la chimenea de un antiguo vapor.

—¿Te parece que me importa ahora?

Los tacones de Marla resonaban en el pasillo con cada paso que daba, hasta que se detuvieron en el umbral de la puerta. Acto seguido, su expresión se transformó por completo.

—¡Por Dios! Pero... ¿qué ha pasado aquí?

—Ya te lo dije.

—Me habías dicho que había habido un accidente en la oficina... ¡No que se había incendiado! ¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Esperar a que llegue el perito.

—¿Estás bien? ¿Cuándo sucedió esto? Virgen Santa, Javier...

Maldonado apagó el cigarrillo en el alféizar y se acercó a ella, intentando transmitirle tranquilidad. La tomó de los hombros y la miró fijamente a los ojos.

—Marla, calma. Nos repondremos.

—Pero... ¿Has conseguido dormir algo?

—¿Tan evidente es?

La pelirroja dirigió la mirada hacia el escritorio calcinado.

—¿Y el ordenador? ¿Y mis documentos? Mis archivos...

—Lo solucionaremos. Ahora mismo, no puedo decirte exactamente cómo ni cuándo, pero encontraremos la forma de arreglarlo...

Ella extendió el brazo hacia la puerta, pero las palabras se atascaron en su garganta.

—¡Javier!

Unos pasos resonaron en el pasillo, interrumpiendo la conversación. No eran de una persona, sino de varias y se aproximaban con lentitud deliberada. El detective identificó las siluetas detrás de la secretaria. La soltó y retrocedió un paso.

—Qué puntualidad. Siempre aparecéis cuando se os necesita.

—¿Qué ha pasado aquí, has celebrado una barbacoa? —preguntó Ledrado, en tono burlesco, flanqueado por Miranda—. Parece que se te ha quemado algo, detective...

—Qué lástima que no estuvieras dentro... Ahora tendríamos cerdo a la brasa.

Miranda chasqueó la lengua con desdén y se acercó a inspeccionar los destrozos. Ledrado miró por encima del hombro a Maldonado, quien sabía que estaban allí por orden de Berlanga. Aunque el detective no deseaba involucrarse en sus asuntos, Berlanga tampoco iba a perderle de vista.

—¿Cuándo ha ocurrido?

—Anoche.

—¿Testigos?

—Uno. El inspector Rojo.

Al mencionar ese nombre, Ledrado frunció el ceño.

—Ya veo... ¿Vas a denunciar?

—¿Tendrá algún sentido?

—Podrías intentarlo.

—Qué gracioso... No los vais a atrapar, por más que os los describa. Mejor me ahorro la visita.

—¿Quiénes eran? —preguntó, mostrando interés.

—No lo sé. Eran dos y hablaban en ruso, pero podrían ser de cualquier parte. El que me atacó tenía el brazo y el cuello cubiertos de tatuajes. Sabían pelear.

—Iré al grano —dijo Ledrado, soltando un suspiro—. ¿Por qué tú?

—¿Yo?

—Te lo preguntaré de otra manera —intervino Miranda—. ¿Qué buscaban?

Maldonado los miró alternativamente.

—No tengo ni idea. Si buscaban dinero, alguien les ha dado información equivocada.

—No juegues a hacerte el despistado. No, conmigo. Sabemos que montaste un lío ayer en Lavapiés y que luego te vieron por La Moraleja, hurgando donde no te llaman. Dime, Maldonado, ¿de qué va todo esto?

Al escucharlo, el detective sintió un atisbo de decepción. Había olvidado el caso del Rastro y contaba con que los municipales lo habrían identificado tras su aparición estelar en la casa de Simancas.

—¿Ha sido el Chispas quien ha cantado? —preguntó con cierta inquietud.

Miranda lanzó una mirada sesgada a su compañero y el astuto detective percibió que algo no marchaba bien.

—No.

—¿Qué ha sucedido entonces?

—Nada en particular.

—Tal vez te interese saber que al Chispas lo mataron anoche. Lo encontraron en un contenedor de basura.

Maldonado arqueó una ceja, visiblemente sorprendido ante la noticia.

Ledrado avanzó un paso, forzándolo a retroceder y, de inmediato el tacón de su zapato se topó con la pared y pudo sentir el frío muro en su espalda.

—Dime, canalla, ¿en qué lío estás metido ahora?

—Me han quemado la oficina. Si supiera algo, ¿crees que te lo ocultaría?

—Siempre que hay problemas, tú estás metido en medio...

—Debe ser que aún tengo alma de policía.

—Algún día, tú mismo serás el problema.

—Me temo que ese día ya ha llegado —replicó, esquivándolo habilidosamente y ajustándose el Barbour—. Escucha, se supone que deberíais estar de mi parte, no en mi contra. Anoche

intentaron matarnos y todo lo que ha quedado es... esto. ¿Qué sabéis de Estarreado?

—¿Dónde has oído ese nombre?

—Así que lo conocéis —respondió, sacando un encendedor y prendiendo de inmediato un cigarrillo; necesitaba fumar—. He oído algo sobre la muerte de otro delincuente en la zona de Lavapiés. ¿Es cierto lo que dicen?

—No puedes fumar aquí, hay un cartel que lo prohíbe —intervino Miranda.

—Ya se lo he dicho antes, pero es como hablar con una pared —añadió Marla.

—Cierto —concedió, guiñándole un ojo a Marla y dando una profunda calada antes de dirigirse de nuevo a Ladrado—. No sé por qué, pero tengo la sensación de que estáis protegiendo al culpable.

—¿A quién...?

—A Simancas. Es obvio que la fallida confesión de Medeiros le ha explotado en la cara con la reapertura del caso, y ahora quiere atar los cabos que dejó sueltos en su día.

—Lo que es obvio es que no tienes ni idea de lo que hablas. ¿La gente realmente te contrata para que digas tonterías?

—Ese cretino va tras de mí y tras cualquiera que le ponga la zancadilla. No lo ha logrado a la primera, pero lo intentará de nuevo.

—No eres el centro del universo, detective.

—Correcto. Pero Pedro Ramiro sí que lo es.

—¿Vas a contarme ya qué estaban buscando aquí? Este sitio apesta a chimenea.

—Si lo supiera... —murmuró y dio otra calada, estirando el silencio como si fuese un chicle masticado en exceso, hasta que todos dirigieron su atención hacia la figura que apareció tras la puerta del ascensor.

—Inspector —saludó Marla y ellos se quedaron expectantes a que dijera algo. Rojo miró a Ladrado, luego a su compañero, y finalmente al detective.

—Parece que me he perdido algo interesante.

—Reunión de idiotas —comentó Maldonado con desaire.

—Aunque podría parecerlo por quien lo dice, no es el caso —respondió Miranda.

Ladrado, dando un giro para marcharse, intervino:

—Veo que tenéis mucho de qué hablar... y nosotros mucho trabajo por hacer. Pásate por la comisaría cuando quieras poner la denuncia.

—Gracias por las indicaciones.

—Para eso estamos.

—Una última pregunta, inspector. ¿Hay novedades sobre el asesinato de Medeiros?

El inspector hizo una mueca.

—Buena suerte con el perito, detective.

La pareja policial descendió por las escaleras y el trío permaneció en un silencio expectante hasta que la presencia de los otros se diluyó. Maldonado caminaba en círculos, sumido en sus pensamientos y su nerviosismo era notable.

—Hemos perdido todo, ¿no es cierto? —preguntó la secretaria, con una mezcla de miedo y resignación en su voz.

—¿Todo? Si por «todo» te refieres a todo, entonces sí, lo hemos perdido todo... —murmuró Maldonado con cierta ironía.

Rojo, confundido, pensó que al detective se le estaban yendo las cosas de las manos.

—Vaya... —respondió ella y entró a dar un vistazo a los restos de la oficina. Rojo se acercó a él, intrigado.

—¿A qué te refieres con «todo»? —le preguntó en voz baja.

—Todo es todo, inspector —respondió, guiñándole el ojo derecho.

Rojo, arqueando las cejas, optó por el silencio.

—¿Conseguiste ver lo que había en el paquete? —preguntó después de un instante.

Maldonado negó con la cabeza.

—Lo lamento.

—No te preocupes. Todavía podemos acudir a la fuente —dijo, señalando a Marla—. Ella no sabe nada acerca de la sortija y tengo la impresión de que es la razón por la que vinieron.

—Es posible. Espero que la tengas bien escondida.

Marla regresó antes de que el detective contestara.

—Javier, hay algo que...

—No ahora, Marla. No es el momento.

—Es sobre Estarreado.

Él arqueó una ceja y la miró atentamente.

—Retiro lo dicho. Ahora es un buen momento. Habla.

Marla, compartiendo una mirada con los dos hombres, parecía haber encontrado un dato crucial. Dadas las circunstancias, cualquier información parecía tan valiosa como una pepita de oro.

—Todo lo que encontré estaba en ese sobre que te dejé. Investigué a fondo sobre el apellido, como me pediste...

—¿Y bien?

—La realidad es que no hay ningún hombre con ese apellido que esté vinculado a Simancas, su equipo o la organización con la que trabaja...

—No es toda la historia, ¿verdad? Siempre tienes un «pero»... —apuntó Maldonado.

Ella chasqueó la lengua y continuó.

—Decidí empezar desde cero y me fui al origen del caso.

—El asesinato de Medeiros.

—No, el asesinato de esa mujer, Cristina Velarde —aclaró—. Si Medeiros fue víctima por intentar confesar lo que había ocultado durante diez años, pensé que la conexión podría estar en aquel asesinato.

—Eres muy astuta —la elogió Rojo.

—Por eso, centré mi investigación en Medeiros y la organización para la que trabajaba.

—El Lagarto.

—Así es, pero hay un dato que no podemos obviar. Joaquín Gutiérrez, «El Lagarto», fue condenado a prisión en París, dos años después, por posesión ilegal de armas y tráfico de animales exóticos.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó Maldonado.

—Lamentablemente, eso carece de relevancia —señaló el inspector—. El Lagarto bien podría haber ordenado el asesinato de Medeiros desde prisión.

—¿Con qué propósito? —inquirió Maldonado.

—Quizá para silenciarlo.

Marla carraspeó, esforzándose por reconducir la atención de los dos hombres hacia ella.

—Lo que estoy tratando de decir es que...

—Lo primordial es descubrir quién disparó la segunda bala. Si determinamos eso, tendremos a nuestro asesino —interrumpió Rojo, por segunda vez.

—Quizá, si descubriésemos cuál era el secreto de Medeiros, nos ahorraríamos la tarea de... —comenzó Maldonado.

—¡Basta! —exclamó Marla, visiblemente frustrada por las constantes interrupciones. Ambos la miraron—. Lo que intento comunicaros es que el hombre al que buscáis no se llama Estarreado, sino Starenkov.

—Starenkov —repitió Rojo, sopesando el nombre.

—Exacto.

—¿Starenkov? —preguntó el detective, sus recuerdos de la conversación con los rusos flotando en su mente—. Interesante... Continúa.

La secretaria, rodando los ojos y solicitando paciencia al cielo, prosiguió:

—Bien, por favor, escuchad... Hay un hombre de origen ruso dentro de la organización del Lagarto, llamado Vladimir Starenkov. Busqué información sobre él en Internet, pero apenas hay algo más allá de algunas noticias relacionadas con intimidación, robo y agresión. Estuvo a punto de cumplir condena antes del arresto de Medeiros y, después, casualmente, desapareció del mapa...

—¿Qué tiene que ver este hombre con nuestro caso? —preguntó Maldonado.

—Hay más... Existe una compañía de seguridad y vigilancia para altos cargos de empresas y

políticos, llamada StarLife S.L., que colaboró con el equipo de Simancas en la última campaña electoral. Aunque no hay ningún socio ruso en la empresa, indagué más sobre el personal que allí trabaja y... ¡Adivinad quién es el director del departamento de psicología y propaganda!

—Estarreado —intervino Rojo.

Marla le dirigió un guiño cómplice.

—¿Una empresa pantalla de matones que trabaja para los políticos?

—Tal vez. Puede que esté limpia.

—Llama demasiado la atención para alguien como Simancas.

—¿En serio? —cuestionó el inspector—. ¿Quién se iba a molestar en investigarla? Después de todo, los partidos políticos contratan los servicios de estas compañías para proteger a los dirigentes de cualquier descerebrado...

—¿Disponemos de una imagen? —preguntó el detective.

—Aquí es donde la cosa se complica.

—¿Tan feo es ese tipo?

—Por Dios, Javier... —exclamó ella, sacando el teléfono móvil del bolso y buscando las imágenes que había descargado de Internet antes de mostrárselas—. Este es el hombre. ¿Lo reconocéis?

Los dos hombres observaron el rostro del individuo que aparecía en la pantalla. Con el cabello rubio y afeitado a ambos lados de la cabeza, era un desconocido para ambos. No obstante, Maldonado reconoció un detalle que le llamó la atención: la estrella roja tatuada en el cuello, idéntica a la del hombre que le había atacado la noche anterior.

Media hora después, los tres habían dejado atrás la oficina, todavía impregnada del reciente olor a humo, para sumergirse en el ambiente más acogedor de la barra del mesón O'Luar de San Bernardo. El descubrimiento de Starenkov se erigía en una pista que redirigía el curso de la investigación, al igual que la joya sustraída a Cristina Velarde. El detective planteó la posibilidad de que Estarreado y Starenkov fuesen la misma persona, al menos para los maleantes del ala sur de Lavapiés. Y, si eso resultaba ser cierto, no era un buen presagio que los rusos estuviesen involucrados, no solo en la muerte de Medeiros y en el robo de la joya, sino también en la vida política del expresidente.

No le sorprendía que el equipo de Simancas hubiera contratado una empresa de seguridad para salvaguardar la campaña electoral. Era la jugada más lógica, considerando el clima mediático en el que los representantes de los partidos se hallaban inmersos y el inherente riesgo de exponerse públicamente de manera tan constante. Sin embargo, confiar en un equipo de rusos no era un buen augurio. Durante sus años en la policía, la mafia del Este había mostrado preferencia por las zonas cálidas y costeras del país —ya fuese la Costa Brava, la Blanca o la del Sol—, antes que por la capital. Varias razones destacaban: la falta de efectivos policiales en esas áreas, la facilidad para desplazarse lejos de los núcleos de población y, sobre todo, la carencia de sol que experimentaban en su país.

Si bien era cierto que la costa ofrecía mar, algo que Madrid jamás podría brindar, también era verdad que en España no perpetraban delitos violentos, ni traficaban con drogas, armas o personas. Eso lo reservaban para otros lugares, mientras que en España se dedicaban a lavar dinero, usándolo mediante inversiones e intentando, al mismo tiempo, infiltrar la corrupción en puntos estratégicos.

Sin embargo, Madrid seguía siendo un enclave crucial para algunas familias mafiosas y, especialmente, para sus negocios relacionados con asaltos a viviendas lujosas, robos de coches —para luego venderlos en países limítrofes— y clubes nocturnos. Por lo tanto, trabajar para un presidente regional suponía un peligro para todas las partes involucradas, así como un pacto que

las protegía y las mantenía al margen de la ley. Eso convertía a Simancas en una pieza clave de considerable influencia, reflexionó el detective y se preguntó cuál sería la conexión entre la organización, Cristina Velarde y el expresidente.

La visita a su despacho se había revelado como la clave para resolver dos misterios de un solo golpe. Mientras finalizaba su café y el habitual pincho de tortilla matinal, daba vueltas a su teoría, preguntándose si esconder la joya en su casa había sido la decisión acertada. En ese instante, cayó en la cuenta de que se había traicionado durante la escucha telefónica y soltó un suspiro de alivio por no haber hablado de más. Rojo, por otro lado, degustó los últimos sorbos de su café, hojeando las páginas del periódico matutino, mientras la secretaria gestionaba por teléfono asuntos de la aseguradora. Una vez que concluyó, se acercó al detective, con la preocupación reflejada en su rostro.

—¿Y bien? —interrogó él.

—El perito necesita realizar otro análisis del incidente, pero el seguro cubrirá parte de los gastos.

—¿Parte? Ha sido un incendio intencionado, Marla. Eso es precisamente para lo que pago el seguro. ¿Qué es esta tomadura de pelo?

—Es lo que hay.

—Sinvergüenzas y sacacuartos... Me encargaré de ellos más tarde —afirmó solicitando la cuenta, sin permitir que el asunto lo sacara de quicio. Sabía que las emociones descontroladas y el mal humor podrían descentrarlo del caso. Por supuesto, no solo el seguro se haría cargo de los daños, sino que aquel esclavo también pagaría, si descubría que había sido él—. De todas formas, hay un cambio de planes.

Al escucharlo, Rojo dobló el periódico y lo sostuvo firme en su mano.

—Ya veo que sí.

El detective le lanzó una mirada lateral.

—Aún no he dicho cuál es el cambio.

El inspector le extendió el diario.

—Lee.

Maldonado desplegó el Diario de Madrid y Marla, inclinando su cabeza, se ubicó junto a él. No tuvo que hojearlo para hallar la noticia, ya que la portada lo decía todo:

Simancas, bajo investigación en vísperas de las elecciones

La investigación del caso Medeiros ha dado un vuelco inesperado de 180 grados, cuestionando el juicio que incriminaba al ladrón como responsable del asesinato de Cristina Velarde. Aunque la policía aún no ha confirmado la noticia, diversas fuentes anónimas relacionadas con el Cuerpo también apuntan a Simancas como presunto homicida, tras una revisión detallada del sumario que reveló que los disparos procedían de armas diferentes.

El exagente y el inspector intercambiaron miradas de perplejidad mientras el asombro de Marla se pintaba en su rostro de manera indiscutible. No necesitaron intercambiar palabras para preguntarse cómo había llegado la información hasta Pedro Ramiro, pero Rojo únicamente veía un culpable, y este estaba frente a él.

—Imposible...

—¡Has sido tú, mamonazo! —estalló, cerrando la mano en un puño y apoyándolo con fuerza sobre la barra. Por un instante, el detective pensó que recibiría un golpe—. ¡Has filtrado información a la prensa!

—¿De verdad, Rojo? No me subestimes por haber sido policía. Eso no va conmigo.

—¿Entonces cómo se han enterado?

—No lo sé... —respondió, frotándose la cara como buscando despejarse. Las suposiciones que acudían a su mente no eran las más alentadoras, pero dudaba que Berlanga o Ledrado fueran los informantes, aunque cualquier cosa era posible. En cualquier caso, no le daría el gusto al inspector ni a su respuesta, siempre tan impredecible—. Estas noticias no son nada buenas... No me extraña que Ramiro haya publicado esto sin tener pruebas, pero me inquieta que alguien nos haya tomado la delantera.

—A propósito, Javier. Se me olvidó que...

—¿Tomado la delantera? —interrumpió Rojo—. ¿Desde cuándo pensábamos reunirnos con esa sabandija de Ramiro?

—Era una carta que podíamos jugar. Ahora, para despejar dudas, necesitamos hablar con Simancas.

—¿Javier?

—Al fin, un poco de lógica en todo este embrollo —comentó Rojo, ignorando a Marla.

—Javier, si fuera tú, no lo haría. Al menos no antes... —intentó intervenir Marla, pero su voz se perdía en la conversación.

—Simancas debe esclarecer esto —afirmó Javier, señalando el periódico—. Las acusaciones minarán su popularidad y perjudicarán la campaña que respalda. Si es cierto que es inocente y no tuvo nada que ver, no debería tener inconvenientes para hablar.

—¿Inocente? Lo dudo mucho... Estoy seguro de que oculta más de lo que cuenta sobre esa noche...

—Si es así, no cabe duda de que fue él, y nos encontraremos en un callejón sin salida. Por eso, debemos protegernos... Mira, como en la fábula del escorpión, el ladrón no pudo reprimir su propia naturaleza y se llevó la esmeralda antes de abandonar el cuerpo.

—El ladrón era Medeiros.

—Es altamente probable... La razón por la que murió antes de subir a ese tren, pensando que llevaría consigo el anillo —especuló, interconectando las pistas en su teoría—. ¿Casualidad? No

lo creo. Es la prueba del delito. Sabía que esa joya tenía un significado crucial y que podría utilizarla para demostrar su inocencia... Así que, me planteo, ¿por qué Simancas mostraría tanto interés en recuperar la esmeralda? ¿Y cómo la consiguió el ladrón tras salir de prisión? Estaba arriesgando su vida y era plenamente consciente de ello. Sinceramente, dudo que lo hiciera por su valor económico... Esa piedra significaba algo para él y quizá también para el expresidente... y sabía que podía usarla en su contra.

—Olvidas algo, detective —apuntó Rojo—. Quizá Simancas no fuera el único interesado en ese anillo.

—¿De qué estáis hablando? —intervino Marla, desconcertada. Como era habitual, olvidaron su presencia—. ¿Alguien me lo puede explicar?

—¿Piensas que han enviado a esos sujetos a buscarla? No sé, Rojo...

—Sí.

—¿Javier?

—Podría tener sentido...

El rostro de Marla se transformó, dándose cuenta de que hablaban de algo que el detective le había ocultado.

—El gato de escayola. Era eso, ¿verdad? Maldito seas...

—Ahora que lo mencionas, uno de ellos tenía una cruz roja tatuada en la mano, el mismo símbolo que muestra Starenkov en sus fotografías...

—Por eso desconectaste el teléfono... —dijo la secretaria e intentó dirigirse a él—. Es importante que escuches esto, Javier.

—Hablaré con Berlanga para que ponga el foco en esos sujetos —comentó Rojo.

Dado que no conseguía sacarlos del bucle conversacional en el que estaban inmersos los dos hombres, Marla empujó la taza de café del detective, dejándola caer al suelo. Primero se oyó el impacto y luego la taza se rompió en añicos. Entonces, logró captar la atención de ambos y del resto del bar y declaró:

—¡Si no escucháis lo que tengo que decir, es probable que os arrepintáis el resto de vuestras vidas!

Maldonado ponderó la advertencia y luego se disculpó por el percance. El bar retomó su normalidad segundos después.

—Será mejor que hables antes de que nos echen...

—¿Por qué no mencionaste que tenías esa sortija?

El detective hizo un chasquido con la lengua.

—Lo siento, Marla... pero no quería poner tu vida en peligro.

Ella no aceptó la excusa, pero continuó:

—Basta, por favor... Os pido que me prestéis atención un minuto y que os calléis.

—Adelante —la invitó.

Marla exhaló un suspiro prolongado y los miró fijamente.

—Existe un detalle más que omití mencionar... Considero vital que lo tengáis en mente antes de entablar conversación con Pedro Ramiro o con Simancas, especialmente ahora que presumimos saber lo que buscan.

—Claro... —asintió el interlocutor.

—En el sobre que te entregué, incluí una fotografía en blanco y negro donde Pedro Ramiro aparece junto a la señora Sierra.

—¿Cómo diste con ella?

—La descubrí en el archivo histórico del diario, durante mi segunda visita a la redacción por tu encargo...

—Pero, yo pensaba que...

—La periodista me permitió echar un vistazo y aproveché un momento de distracción para llevármela.

—¿Por qué demonios no me informaste antes?

—Creí que te enfadarías conmigo.

—¡No! Nunca te abroncaría por algo así. Mi arrebato es por no habérmelo contado antes.

—En tal caso, podría reprocharte lo mismo...

—Yo lo hacía para protegerte. ¿Qué detalles se aprecian en esa foto?

—Al principio, pensé que carecía de relevancia. A simple vista no decía mucho, pero luego descubrí que habían sido amigos en el pasado. Me pareció tan inusual que quizá fueron algo más que amigos.

—Profundiza —ordenó el inspector, sumido en la exposición de ella. Marla podía percibir la presión de los dos hombres frente a ella—. ¿Llevaba el anillo?

—No estoy segura, es complicado recordar, pero es probable que la cruzada existente entre Pedro Ramiro y Simancas se remonte a mucho antes de que el asunto escalara a una guerra política.

—¿Estás sugiriendo que se trata de un enredo amoroso?

—No estoy sugiriendo nada. Sin la imagen, no puedo ofreceros una confirmación, pero estoy convencida de que Pedro Ramiro tiene el negativo original en el archivo del diario. Quizá, si lo halláramos...

—¿Piensas que nos permitiría acceder a él? Desconoces con quién estás tratando... Si lo descubre, es probable que lo queme.

—Simplemente, estoy explorando el caso desde una perspectiva diferente... —dijo y vio cómo los dos hombres la observaban con escepticismo—. Es posible que allí radique la respuesta.

Rojo se quedó en silencio con la mirada llena de desconfianza. La secretaria sintió que le faltaba el apoyo, pero el sabueso no tardó en reaccionar:

—Buen trabajo, Marla... —Apretó los labios y desvió la mirada hacia un lado en un silencio ponderativo. Reconoció el esfuerzo de la secretaria y temió que su teoría estuviera equivocada. No obstante, había tropezado con un elemento que podía utilizar para abordar a Ramiro y a la señora Sierra. Desafortunadamente, no podría hacerlo sin hallar ese negativo fotográfico.

En ese crucial momento, Pedro Ramiro emergía como la única figura capaz de ayudarles a desvelar el misterio. Eso representaba una real traición a las palabras de Berlanga, pero, con algo de suerte, el malestar no sería desolador, al menos eso esperaba el detective. La situación se había agudizado con la irrupción de Starenkov, un sujeto del cual sabían poco, pero frente al que, sin duda, debían protegerse. La implicación de los rusos en el caso amplificaba significativamente el peligro de la investigación. Se preguntaba cuál sería el lazo que unía al expresidente con esos individuos, si había llegado al extremo de contratar los servicios de su empresa, y sintió que estaban a punto de sobrepasar límites que, tal vez, no tuvieran vuelta atrás. Ante las evidencias, era indudable que la empresa del ruso servía para blanquear dinero, entre otras cosas, pero temía que este tuviera a Simancas acorralado. En caso contrario, era un movimiento excesivamente atrevido para alguien con una figura pública tan destacada, como era el político.

Maldonado mantenía el móvil en la mano, a la vista de los otros dos, quienes permanecían en vilo, esperando que tomara la decisión de llamar a la redacción del periódico para proponer una colaboración.

—¿Estás seguro? —cuestionó Marla—. Recuerda que eres tú quien se pondrá en la línea de fuego, y que ahora él tiene la sartén por el mango...

—Y eso sin olvidar que Berlanga descubrirá lo que has hecho.

—No me intimida y es posible que ya se haya enterado —replicó, siendo consciente de que estaría rompiendo su palabra—. Supongo que la decepción será un nuevo componente en nuestra amistad.

—Realmente, no necesitamos a ese tipo para resolver este caso —opinó Rojo—. Un fotograma no delatará al culpable. Empecemos por esa empresa. Estoy seguro de que ataremos los cabos con el asesinato de Velarde.

—¿Es que no lo entiendes? No disponemos de tiempo...

—¿Tiempo, para qué?

—Para evitar que Pedro Ramiro cometa un error.

—Vaya. Pensaba que detestabas a ese tipo. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Los dos sabemos que esta publicación obtendrá su respuesta en cuestión de horas.

Culpable o no, Simancas no va a quedarse quieto y es probable que a Ramiro le explote la respuesta en la cara. Por el contrario, si es cierto lo que Marla insinúa, es probable que podamos pararlo a tiempo...

—Solo es una teoría... ¿Qué temes?

—Que Starenkov esté detrás.

—Ajá.

—Puede que esté divagando demasiado, Rojo, pero ya has escuchado a Ledrado decir que al Chispas lo asesinaron después de hablar con nosotros, sin mencionar que anoche vinieron a buscarme a mi oficina y le prendieron fuego. ¿Piensas que era una visita de cortesía? Si quieres, puedo ofrecerte más detalles...

—Continúa, continúa...

—¡Por favor! Mostrad algo de madurez —dijo Marla.

—Mi intención es que os deis cuenta de que silenciaron a Medeiros y de que nos silenciarán a nosotros en cuanto saquemos la cabeza —afirmó, mirándolos a ambos, aún fresca en su mente la amenaza hacia Marla, que había recibido por teléfono—. Es obvia la importancia de ese anillo, pero aún no tenemos la explicación del porqué. Hay alguien que no desea que descubramos la razón por la cual Cristina Velarde fue asesinada, y algo me indica que su muerte es solo la punta de un iceberg considerablemente profundo... Lamentablemente, no hace falta ser un lince para percatarse de que estamos en el punto de mira de esa gente, a la espera de que abandonemos el caso o que entreguemos el anillo, aunque eso no servirá de nada... Estoy convencido de que no somos los únicos a los que están presionando.

—Te refieres a esa rata de periodista.

—Me refiero a todos. No sabemos a quién más perjudica esta situación. Ahora comprendo por qué Berlanga quería mantenerse al margen...

—Ah, ¿sí? —preguntó Rojo, confuso, y el detective se percató de que no debería haber mencionado eso—. Vaya...

—Pedro Ramiro no es de esos tipos que ceden a los chantajes... —añadió Marla—. Tras todos los escándalos en los que se ha visto envuelto, es probable que cuente con seguridad. Su nombre está en las listas negras de este país. Tiene más enemigos de los que puede abarcar.

—Precisamente por eso. Su propia seguridad puede ser una trampa letal. Puede que él no lo sepa, pero necesita nuestra ayuda... y nosotros su participación. No estamos en un juego de querellas y tribunales. Estamos hablando de que hay gente dispuesta a hacer que desaparezca para siempre.

—Exageras, detective. Por crueles que sean, esos tipos saben que no pueden simplemente eliminar a personajes de esa índole. La policía los perseguiría hasta dar con ellos. Sus refugios se convertirían en campos al descubierto. Es una jugada imprudente y demasiado arriesgada como para comprometer el resto de sus negocios.

—¿Quién dice que todo esto no haya sido una imprudencia desde el inicio? —planteó Marla, dejándolos con una expresión de incertidumbre en el rostro—. Si esa mujer no hubiera muerto...

—¿Sugieres que atraparon al ladrón a raíz del asesinato?

—Solo digo que, a veces, la vida puede tornarse una sucesión de errores...

—Y supongo que este es el nuestro, ¿verdad? —interrogó Rojo y miró al móvil de Maldonado, que empezó a vibrar—. Por cierto, tu teléfono...

En la pantalla apareció el nombre de Berlanga. En ese instante, recordó la noticia que acababan de leer y supuso que la llamada estaría relacionada con ello, así que pulsó el botón para silenciar el terminal y esperó a que la pantalla se apagara. Después lo guardó en el bolsillo del abrigo.

—¿Qué haces? Podría ser importante...

—Se me ha ocurrido una alternativa... El reloj no deja de correr y es probable que Ramiro esté en el punto de mira antes de que se den cuenta. La policía no puede protegerlo porque necesita una razón para hacerlo y, por ahora, lo único que posee son unas cuantas calumnias en un periódico... Sin embargo, sé que, tras el incendio, Berlanga ha encargado a Ledrado y a Miranda que nos vigilen, por lo que pudiera ocurrir... Entiendo que Ramiro no es santo de tu devoción, ni de la mía... pero si nos adelantamos y lo protegemos, nos deberá un favor y tendrá que ayudarnos con esto antes de que sea tarde.

Rojo se mordió el labio, indeciso, mientras la secretaria escuchaba las palabras del jefe con atención.

—No lo tengo claro, Maldonado. Me resulta difícil confiar en los periodistas. Los conozco demasiado bien y acumulo un largo historial de malas experiencias con ellos.

—Iré yo solo. No necesitas involucrarte.

—Yo voy contigo —afirmó Marla.

—¿Qué esperas obtener de todo esto?

—La verdad sobre quién asesinó a esa chica y a Medeiros... y, por supuesto, dar con el cabronazo que ha incendiado mi oficina.

Marla estaba en lo cierto. Pedro Ramiro no pertenecía al tipo de personas que se dejaban amedrentar por chantajes. Cuando lo llamó, el detective percibió en la voz del periodista un atisbo de alegría que no le complació en absoluto. De alguna manera, intuyó que el otro anticipaba su llamada, como si fuera una pieza en un plan meticulosamente orquestado. El sabueso evitó mencionar en ese momento el asunto del fotograma, para asegurarse que su interlocutor llegaba confiado. Acordaron reunirse a la hora de comer en un lugar público y, probablemente, en el último restaurante que el detective hubiera escogido para un encuentro: el José Luis, situado en las inmediaciones del estadio Santiago Bernabéu. A pesar del tono de voz, que destilaba euforia y triunfo, y de la expectación por el encuentro con él, el detective insistió en que Ramiro no albergara falsas esperanzas, para así mantener viva su curiosidad. Las normas eran claras: ni micrófonos, ni fotografías, ni escenificaciones.

Faltaban pocos minutos para las 14:00 horas cuando Maldonado, fumando un light, se situaba junto a los jardines adyacentes a la boca de metro y frente a la entrada del majestuoso estadio de fútbol. Rojo, con las gafas de sol a pesar del cielo encapotado, permanecía en silencio a su lado, asegurándose de que nadie los observaba y mirando a las oleadas de aficionados del club que deambulaban por los alrededores, ataviados con camisetas y bufandas, tomándose fotos o adquiriendo souvenirs en la tienda oficial.

—Diablos, ¿no había otro sitio en toda la maldita ciudad?

—Es lógico que eligiera este —respondió Rojo—. Es hora punta en el corazón financiero de la ciudad y junto a un estadio repleto de turistas, horas antes del partido. ¿Qué te sorprende?

—Nada. Gente como Ramiro solo puede ser del Madrid.

—Comprendo...

En ese momento, Marla surgió desde el paso de peatones que conectaba con el lateral del estadio.

—Ramiro ha entrado en el restaurante —les informó—. Parece que ha venido solo. ¿Aún quieres que te acompañe?

Maldonado frunció los labios, intentando descifrar el truco que no lograba identificar. Luego apagó el cigarrillo en el cenicero de una papelera y la miró.

—Por supuesto. Cuatro ojos ven más que dos... Vamos.

—¿Detective?

—Si percibes algo extraño, llama al teléfono de Marla —indicó, lanzándole las llaves del viejo Volkswagen Golf—. Nos esperas en el coche.

Rojo sonrió al reconocer la atención al detalle.

—Entendido. Buena suerte.

La pareja se encaminó hacia el restaurante en un silencio cargado de tensión, dejando al inspector en la retaguardia. Maldonado era consciente de que, en el momento de separación, Rojo se metamorfoseaba en un enigma, una caja de Pandora cuyos secretos resultaban esquivos.

—¿Nervioso? —interrogó la secretaria mientras caminaban codo con codo.

—Simplemente, espero que no lo estropee...

—¿Ramiro?

—No, el inspector... Cuando te haga la señal, saldrás a dar una vuelta por la calle, asegurándote de que Ramiro no te vea, ¿de acuerdo?

—Entendido. ¿Qué hay de la foto?

—No hay nada, Marla. Improvisemos. No me interesa una exclusiva, sino averiguar lo que había entre ellos dos... Tú viste lo que viste, ¿cierto?

—Sí, pero...

—Pues yo confío en tu palabra.

En la entrada del restaurante los recibió un empleado ataviado con el uniforme blanco y negro típico de la empresa.

—Buenas tardes, ¿van a comer?

—Nos están esperando dentro —respondió el detective, indicando con un gesto a Ramiro, pero el empleado no se movió—. ¿Nos deja pasar?

—Mis disculpas, señor, pero ¿podría decirme quién?

—El señor Ramiro.

El empleado intercambió una mirada significativa con otro camarero y asintió.

—Por favor, síganme.

La pareja accedió al restaurante, atrayendo las miradas curiosas de otros comensales, que se preguntaban sobre los acompañantes del periodista. Con una rápida ojeada, el detective no se sorprendió de que a Ramiro le agradara el lugar. Los clientes compartían un perfil similar al

suyo, ataviados con trajes, peinados hacia atrás y con la sonrisa confiada de quienes manejan el dinero, similar a un crupier que mezcla las cartas en un casino.

—Señor Ramiro, ya han llegado...

—¡Gracias, Felipe! —respondió Ramiro, levantándose mientras el empleado se retiraba. Sus ojos se fijaron, confiados, en los del detective, elevando la tensión del encuentro—. Señor Maldonado, señorita...

—Marla estará bien.

—Por favor, tomen asiento.

Ambos lo hicieron, y Ramiro les lanzó una segunda mirada, esta vez acompañada de una sonrisa astuta.

—¿Qué desean beber?

—Un tinto —se adelantó el periodista—. Abre una de Toro. Será adecuado.

—Una botella de agua, por favor —añadió Marla y el detective exhaló un suspiro.

—El vino nos ayudará a relajar las tensiones. Al fin y al cabo, tenemos mucho de qué hablar.

—Y poco tiempo, así que me gustaría ir al grano, si no es inconveniente —dijo Maldonado, señalando el móvil sobre la mesa—. Apáguelo, por favor.

—¿Cómo dice?

—Que lo apague.

—No estoy grabando la conversación. No sea paranoico.

—No es por usted... —replicó, desviando la mirada un instante—. Por favor.

A regañadientes, el periodista accedió y mostró cómo la pantalla se oscurecía.

—Finalmente, ¿ha decidido aceptar mi propuesta? —preguntó. El maître apareció con la botella. Aguardaron unos instantes a que sirviera el vino y se retirara de nuevo—. Debemos brindar por esto.

—Antes, me gustaría mencionarle un tema que he olvidado al hablar por teléfono. Es sobre la señora Sierra. Mi compañera tiene algo que decir.

La expresión de Ramiro se alteró ligeramente y Marla se percató de ello.

—Sí, claro. Les escucho.

La secretaria le propinó un pisotón al detective para señalarle que no fuera tan directo y este sofocó el dolor.

«Maldita sea, hay maneras más sutiles de pedirme que empiece yo...».

—Está bien, romperé el hielo. Anoche incendiaron mi despacho. Supongo que también está al tanto de esto.

—Vaya —expresó, preocupado—. Eso suena peligroso. ¿Sabe quién fue?

—Sí —respondió corto, omitiendo los detalles—, y también sé que fue usted quien movilizó a toda esa gente para que se manifestara frente a la vivienda de Simancas. Conozco su perfil

como agitador social en las redes.

—Mi deber es informar, detective.

—No le teme a nadie, ¿verdad?

—El miedo es el peor enemigo del ser humano. ¿De qué trata ese asunto sobre la señora Sierra?

—Se conocen desde hace tiempo, ¿cierto?

Los ojos de Ramiro se entornaron.

—¿Quién le ha dado esa información?

—¿Le suena el nombre de Estarreado?

Al mencionarlo, Ramiro suspiró y su lenguaje corporal se transformó.

—Pensaba que venía para aceptar la oferta que le hice, pero ya veo que no...

—No. Ambos poseemos información que podría interesar al otro. Simplemente, se trata de un intercambio.

—Ajá. ¿Qué información posee usted que yo no pueda obtener, Maldonado? ¿Acaso cree que soy idiota?

—Jamás pensaría algo así de usted.

—Sé perfectamente con quién trato y por qué lo llamé. Conozco sus contactos en el Cuerpo, su relación con el inspector Berlanga y sé cómo se mueve para conseguir la información. Sin embargo, algo me dice que sus habilidades en los bajos fondos de la ciudad no sirven de mucho para desenmascarar a Simancas.

—Empezamos a hablar el mismo idioma.

—¿Cree que me invento lo que publico?

—Creo que ha leído demasiadas novelas de Gabriel Caballero.

—Tengo pruebas que demuestran que Simancas disparó a Cristina Velarde la noche en que detuvieron a Medeiros, pero no soy policía, ni participo en la investigación.

—Haga algo útil con ellas y no me refiero a publicarlas en su panfleto.

—Simancas es un corrupto y debe pagar por lo que hizo. Tiene las manos manchadas con la sangre de esa mujer y la de Medeiros.

—¿Por qué cree que la mataron?

—Es evidente, ¿no? Era su amante. Esa chica trabajaba en un prostíbulo de lujo.

Marla propinó un segundo pisotón a su compañero para hacerle saber que Ramiro estaba tirándose un farol.

—¡Ah!

—¿Sucede algo?

—Dolor de lumbares... —dijo, lanzando una mirada cargada de desdén hacia su compañera

—. Mire, Ramiro, lo que le ocurrió a Medeiros no fue un accidente. Medeiros murió envenenado,

justo antes de subir al tren. Pero no ha sido el único asesinado recientemente. Ayer fue el Chispas, un trapichero del Rastro que sabía más de la cuenta. Creemos que, quien está detrás de estos crímenes está eliminando a cualquiera que pueda ensuciar el nombre de Simancas, así que me temo que usted podría ser el próximo. Es por ello que necesita nuestra ayuda, nuestra protección.

Ramiro, limpiándose la boca con la servilleta de tela y manteniendo un gesto desafiante, señaló con el dedo índice a ambos.

—¿Así que ustedes dos van a protegerme? Permítame que les pregunte de quién, si no es molestia.

—¿Hay algún problema? —inquirió Marla.

—Si piensa que sus guardaespaldas son más confiables que nosotros, sería bueno que empiece a cavar su propia tumba.

—Tonterías... ¿Por qué habría de encomendar mi seguridad a un expolicía alcohólico y a su secretaria?

Maldonado se contuvo, aunque le hubiera gustado asestarle un puñetazo y hacerle tragarse sus palabras. Finalmente, optó por cambiar de estrategia en un intento de sacarle algo de información.

—Tenemos una prueba que podría cambiarlo todo.

—Le escucho.

—Cuando Medeiros salió de la cárcel, antes de viajar a Barcelona, compró un anillo de oro con una esmeralda, de unos dos mil euros... —le dijo, captando su interés—. Esa era la misma joya que le sustrajo a Cristina Velarde, tras dispararle.

—Es usted una caja de sorpresas.

—Eso no es todo. ¿Le reveló a esa periodista el motivo de la compra?

—No —se lamentó, negando con la cabeza y mostrando desilusión—. Pero Medeiros era un ladrón que trabajaba para la organización del Lagarto... Al enterarse de que iban a detenerlo, es posible que pensara en guardar un as en la manga para sí.

—Cuando la policía lo detuvo, no encontró ninguna joya. Así que sospechamos que la ocultó antes de que lo atraparan y que la mantuvo a salvo desde la cárcel.

—Las cámaras de seguridad no funcionaron esa noche. Jamás conoceremos la verdad sobre lo que ocurrió, señor Maldonado, porque el señor Medeiros está muerto.

—Eso lo dirá usted. ¿Cuál es la relación de Simancas con el señor Estarreado?

Ramiro carraspeó.

—Nos adentramos en terreno complicado.

—Parece que el tema le incomoda —observó, dirigiendo una mirada cargada de intuición hacia Marla. Algo en la mención de ese hombre ponía a Ramiro visiblemente tenso. En cuanto

viera la ocasión, le soltaría la noticia.

—Estarreado desempeñaba el papel de director de seguridad de Simancas y lidera una empresa dedicada a la protección.

—Ya, eso lo puedo encontrar en Internet. Mi pregunta es por qué alguien como Estarreado genera temor en los estratos más bajos de la sociedad.

Ramiro desvió la mirada.

—No tengo ni idea.

—¿Ha recibido amenazas de la banda de Starenkov?

—Mire, mi único interés radica en el asunto de Simancas. No quiero complicaciones con esa gente. ¿Cuál es esa información tan crítica que decía compartir? Empiezo a albergar sospechas de que no ha sido honesto...

En ese momento, una corazonada le golpeó. Lo que antes era una pista turbia, ahora tomaba una forma más sólida.

—Ramiro, los rusos están borrando cualquier vínculo con los eventos de esa noche y necesitamos entender por qué. Incluso han intentado liquidarme —declaró con firmeza.

El periodista humedeció sus labios y, bajando el tono, les hizo una confesión.

—Vladimir Starenkov era la mano derecha del Lagarto, un criminal... ¿comprende? —confesó, sus ojos mostrando una auténtica preocupación—. Cristina Velarde murió porque sabía demasiado. Simancas la asesinó y Medeiros fue una víctima colateral. El Lagarto ordenó a Starenkov que se ocupara del asunto y ahora Simancas le debe un favor.

—¿Qué información tenía?

—El Lagarto traía a España objetos de gran valor como joyas robadas, cuernos de marfil, animales exóticos disecados y reliquias tribales de países como Marruecos, Senegal o Angola. Simancas, por su parte, utilizaba sus conexiones para comerciar con estos bienes y obtener una comisión.

—Eso es gravísimo. ¿Tiene pruebas de ello?

—Claro, llevamos tres años tras su pista, pero no tengo documentación suficiente para elaborar un reportaje de envergadura... El Lagarto, mediante Simancas, vendía a clientes internacionales y siempre fuera de España, por lo que ha sido imposible rastrear las transacciones. Todo el capital que Simancas ingresaba terminaba en una cuenta de un banco en Ginebra.

—¿Y la policía no tiene constancia de esto?

—La policía conoce hasta donde quiere y puede conocer —aclaró—. Existe descontento en la Jefatura, pero Simancas se encuentra blindado por la ley. Aunque Hacienda le abrió una investigación, no descubrieron nada. El expresidente está bien custodiado, probablemente, por aquellos que hayan sido sus clientes.

—¿Cómo encaja Starenkov en este relato ahora?

—¿Conoce el cuento del amo y el esclavo? Ambos se necesitan.

—Me está confirmando que Estarreado y el ruso son la misma persona.

—Eso lo ha dicho usted. ¿Somos acaso la misma persona cada mañana? Reflexiónelo.

El detective tomó el enunciado filosófico como una confirmación y, en ese instante, el maître sirvió en la mesa un plato de jamón ibérico y otro de queso curado. Luego, colocó tres vasos bajos, del tamaño de un chupito, con lo que parecía ser una sopa castellana.

—Cortesía de la casa... —anunció el maître—. Un caldito bien caliente para entrar en calor y prevenir los resfriados propios de esta época. Que aproveche.

—¡Gracias, Felipe!

El detective aprovechó la pausa y comprobó la hora en su reloj. Luego, hizo un gesto discreto a su compañera, para echar un vistazo afuera, sin ser muy obvia.

—Si me disculpan, necesito ir un momento al aseo.

—Por supuesto —dijo Ramiro, siguiendo a la secretaria con la mirada—. ¿Es eficiente?

—La mejor... Sabe, Ramiro, no quiero faltarle al respeto.

—Entonces, no lo haga.

—Pero algo me dice que intenta colarme un gol.

—No suelo jugar con esta clase de información.

—Hábleme de su relación con la señora Sierra —dijo y sus miradas se cruzaron—. Ya sabe a lo que me refiero.

Sin desviar los ojos, el director estiró el semblante.

—Hábleme usted primero sobre lo que encontró en esa caja fuerte.

—Jamás acepté la llave que me ofreció.

—No me venga con monsergas, detective. Si quiere la verdad, sea honesto por una vez.

—Estaba la sortija. La misma que buscaron en mi oficina... y supongo que la razón por la que murió Medeiros.

—Interesante. ¿Puedo verla?

—Todavía no. Verá... sé que existe una fotografía en su archivo privado, en la que aparece con la señora Sierra. ¿Fueron pareja, algo más que amigos?

Pedro Ramiro se quedó helado ante la pregunta, pero no tardó en desviar los ojos y dibujar una sonrisa nostálgica en su rostro.

—Así que lo ha averiguado... A estas alturas, de nada sirve negarlo, ¿verdad? Vaya, reconozco que le había subestimado.

—Deje los halagos para Marla. Ha sido ella quien se ha dado cuenta.

—Ocurrió hace mucho tiempo, mucho antes de que fuera la señora del presidente...

—Noto cierto resquemor en sus palabras.

El hombre irguió el cuello y suspiró.

—En absoluto. Lo nuestro fue un amor verdadero, lo sabíamos todo el uno del otro, desde las manías hasta los detalles más nimios, pero un día se terminó y seguimos nuestros caminos.

Éramos jóvenes, la vida es así.

—¿Todo eso sucedió antes o después de conocer a Simancas?

—Es usted un auténtico chismoso. Muéstreme la sortija que encontró de Medeiros.

—Me temo que no puedo hacer eso. No la tengo aquí.

—Entonces me encargaré de que jamás encuentre ese fotograma.

—Es usted un cretino, Ramiro.

Después, el director del diario alzó el pequeño cuenco de caldo humeante.

—¡Salud!

—No, gracias. —Maldonado miró el recipiente con desconfianza—. Prefiero tomar el caldo con cuchara. No soy aficionado de la cocina moderna...

—Lo comprendo —dijo y dio varios sorbos, expresando su satisfacción—. Se está perdiendo algo delicioso. Está exquisito.

—Siéntase libre de tomar el mío y el de mi compañera, si así lo desea.

—Mire, detective. Aprovechando que su compañera no está, y después de conocer sus leoninas intenciones, le confesaré que no necesito su ayuda para nada. De hecho, aprovecho para sugerirle que desaparezca de este caso y se busque otro entretenimiento, si no quiere arruinar la poca reputación que le queda, ¿me sigue?

—Vaya. Es usted peor que el ruso. ¿También hace negocios con él?

—Muy gracioso, pero no —dijo, frunciendo el ceño, ofendido—. Simplemente, trato de mantener a mis enemigos cerca... He sido transparente con usted, que, por el contrario, ha intentado provocarme para conseguir una confesión. Es un tipo sin principios y muy lamentable.

—El problema de la gente con principios es que suele acabar encontrando el final de estos.

—¿Va a decirme la verdad de una maldita vez? ¿Por qué intenta obstruir mi trabajo? Fue Simancas quien mató a esa mujer y debe pagar por ello.

—No discuto que tenga la razón, pero sospecho que sus intenciones van más allá. Existe un dato que podría tumbar todas sus pesquisas.

—Pues suéltelo de una vez, o si no, pensaré que es otro buitre mediático más, buscando su momento de fama.

Las dudas lo invadieron. Si se enfrentaba a él, era probable que al día siguiente lo difamara. No obstante, no estaba dispuesto a contarle sobre el segundo disparo. Antes, quería observar su reacción, comprender cómo podría esto alterar su realidad y, si acertaba, descubrir cuál era la pieza que encajaba en ese rompecabezas. Desafortunadamente, la existencia de esa bala solo provocaría un torrente informativo.

Llenó los pulmones y trató de calmar su torrente de pensamientos. Después suspiró profundamente y puso las manos sobre el mantel.

—Está bien, Ramiro... pero nuestra conversación debe permanecer en el ámbito de la confidencialidad. Lo que le voy a contar a continuación, sólo lo sabe la policía.

—Tiene mi palabra. Todavía sigo teniendo ética.

—Si divulga algo de lo que voy a compartir, no será Starenkov quien deba inquietarle.

—Entendido.

—Seré yo quien lo mate con un disparo.

—Admiro su valentía. ¿Podría ir al grano?

—El caso Velarde se ha reabierto debido a un motivo que la prensa ignora y necesito su colaboración.

—Por favor, detective. Me desespera...

—Es que aún no estoy decidido si contárselo o no.

—Dígame que fue Simancas quien la asesinó.

—No. De las dos balas, una pertenecía al arma de Medeiros, pero el segundo disparo provino de otra pistola. Aquella noche, dos personas asesinaron a esa mujer... Tras lo que me ha contado, estoy empezando a conectar los puntos y llego a la conclusión de que algo se queda en el aire, de que se nos escapa un tercer hombre... Quizás, su amigo Starenkov también estaba presente en la fiesta.

La declaración dejó a Ramiro mudo, permaneciendo imperturbable, como si no anticipara lo que el detective le revelaría. De repente, los ojos del periodista se fijaron en el hombre ante él, como si estuviera encarando un abismo existencial de cerca. Ramiro extendió el brazo y agarró firmemente el antebrazo del exoficial.

—Ramiro, ¿se encuentra bien?

La cara del periodista palideció, acompañada de una expresión que torcía su cabeza y tensaba su espalda.

—Ella... —articuló, obstruido y con los ojos aún fijos en él. Luego, se derrumbó sobre la mesa, hundiendo su cabeza en el plato frente a él y derribando los cubiertos al suelo. En ese momento, el detective comprendió lo que había ocurrido y su mirada se dirigió a los cuencos de caldo sobre el mantel. Las agujas del reloj parecieron detenerse por unos instantes y su corazón comenzó a palpar con creciente intensidad. Giró la cabeza para examinar su entorno y no había señal del maître que los había atendido. Entonces, Marla se aproximó a la mesa.

—Debemos marcharnos, Javier... —comentó, antes de procesar la situación—. ¡Dios mío! ¿Qué ha ocurrido?

—Sí... Necesitamos irnos ahora mismo.

Abandonaron el restaurante bajo las miradas inquisitivas de comensales y empleados, quienes intentaban retenerlos. Rojo les esperaba en el coche, fumando un cigarrillo mientras permanecía estacionado en la esquina que entrelazaba la angosta calle con el Paseo de la Castellana. Al divisarlos, aplastó el cigarrillo y encendió el motor con apremio. Maldonado ocupó el asiento del copiloto, mientras Marla se aposentaba atrás.

—¡Arranca, joder!

—Un momento. ¿Qué sucede?

—Está muerto.

—¿Quién?

—¡Pedro Ramiro! —exclamó Maldonado, nervioso y golpeó el salpicadero—. Carajo...

—Perfecto —comentó el inspector, sin mostrar perturbación ante la noticia—. ¿Hacia dónde nos dirigimos?

Maldonado dudó sobre si sería prudente permitir que el otro condujese.

—Para y cambia de sitio conmigo.

—No. Indícame a dónde vamos.

Maldonado chasqueó la lengua.

—Continúa por la Castellana hacia Plaza de Castilla. Eso debería distanciarnos del problema.

—Entendido.

—¿Qué ha ocurrido, Javier?

—Debe haber sido el caldo que nos sirvieron.

—Y yo que he estado a punto de tomarlo...

—Entonces, ¿ha servido de algo? ¿Aparte de sumar otro cadáver a la lista?

—El Lagarto tenía tratos con Simancas, por eso Starenkov, la mano derecha del jefe, está eliminando todas las pruebas que puedan vincular a Simancas con el asesinato. Si alguien habla, todos caen.

—Estarreado y Starenkov son la misma persona.

—Así es. Lo que me pregunto es, ¿por qué protegerlos? Si es cierto lo que dijo Ramiro, lo mejor sería apartarse y observar cómo caen, mientras él toma el control de la organización...

—Eres consciente de que estás hasta el cuello en esto, ¿verdad?

—Diría que estamos, más bien.

—No. Estás tú... y ella, por supuesto... Os han visto juntos en el restaurante. Ahora, con Ramiro muerto y tú huyendo...

—Maldita sea...

—Tendríamos que habernos quedado.

—Nos habrían matado.

—¿Delante de todos, Javier?

—¿No es eso precisamente lo que le ha pasado a Ramiro?

Al aproximarse a la Plaza de Castilla, Rojo notó a lo lejos un vehículo que se les acercaba. Maldonado, percibiendo su inquietud, observó por el retrovisor para evaluar la situación.

—No te preocupes. Siempre hay algún idiota con prisas por aquí.

—Solo le doy la importancia que tiene, nada más.

—Claro... Cuando llegues a la glorieta, gira a la izquierda. Tomaremos Bravo Murillo...

—¿Con todo el tráfico? No, gracias. Tomaré la salida hacia la M-30.

—¿Por qué?

—Te lo explicaré más tarde.

Rojo aguardó pacientemente a que el semáforo cambiara a verde. Los tres percibieron cómo un vehículo se sumergía en su mismo carril. Acto seguido, aceleró con virulencia y ejecutó un giro abrupto para incorporarse a la pendiente que los conduciría al cinturón metropolitano. En ese instante, el vehículo que los seguía reveló sus intenciones acelerando con vehemencia, desestabilizando el tráfico y cosechando los cláxones de otros conductores, irritados por su coraje.

—Mierda... —murmuró Maldonado—. Marla, abróchate el cinturón, sujétate donde puedas... y reza lo que conozcas.

Ella le lanzó una mirada lateral, afianzó su cinturón y luego posó sus ojos sobre la sobria parte trasera del antiguo Golf, sin cobijar demasiada esperanza de sobrevivir en caso de accidente.

—Muy alentador, Javier.

El inspector hizo un cambio de marcha y empezó a incrementar la velocidad, serpenteando como un conductor experimentado y colocando distancia con el vehículo azul. Pero, justo cuando se vislumbraba un atisbo de victoria, una sirena policial retumbó desde la retaguardia.

—Genial. Tenemos compañía.

—Son los municipales. Deberías detenerte. Aún puedes justificarte...

—¿Y explicarles que viajo con dos sospechosos de asesinato? —replicó y luego lo miró de reojo, obsequiándole una sonrisa socarrona—. Ni en sueños, detective.

El vehículo municipal alteró su dirección y se integró en su carril, situándose tras el coche azul que los perseguía. Si no tomaban una acción inmediata y efectiva, probablemente no lograrían zafarse. Maldonado estudió al inspector, quien, pese a no manejarse por su ciudad, emanaba una confianza notable en su conducción. Marla, por su parte, mantenía un silencio en la retaguardia, como si fuese lo único que podía conservar. Maldonado se rascó la punta de la nariz, un gesto nervioso ante la preocupante situación. Lo acontecido en el restaurante no era nada prometedor, al igual que la actual persecución, y pensó que el mejor método para despistar a sus perseguidores sería guiándolos por una ruta enrevesada. Pedro Ramiro había muerto envenenado ante sus ojos, y presintió que Starenkov estaba detrás de todo eso, tal como ocurrió con Medeiros. Ellos serían los siguientes, conjeturó, sintiendo que estaban atrapados en un callejón sin salida.

De otro modo, la única vía de protección residía en solicitar la ayuda policial, alternativa que no figuraba en sus planes. En poco tiempo, su nombre empezaba a figurar en la lista de sospechosos del Cuerpo, complicando aún más la situación. Necesitaba ingeniar una solución ágil que atenuara el problema y les liberara de sus perseguidores. A pesar de todo lo que estaba sucediendo, al detective se le escurría una pista. No conseguía sacarse de la mente la incógnita de la importancia de la sortija. Para él, estaba claro que Ramiro, a pesar de las apariencias, se había guardado un secreto acerca de su relación con la señora Sierra.

«Pero, ¿qué?».

—Dirígete al polígono de Alcobendas.

—Gracias, pero conozco mi destino —replicó Rojo, firme en su decisión. Maldonado reaccionó asiendo el volante, en un gesto de advertencia. El inspector lo miró perplejo—. ¿Qué demonios haces?

—Haz lo que te he dicho.

Ya en la M-30, el Volkswagen intensificó aún más su velocidad, transgrediendo los límites permitidos y esquivando los vehículos que encontraba en su trayecto. El vehículo negro no flaqueaba y mantenía la persecución, sin aliviar la presión sobre el pedal. A una distancia más lejana, una motocicleta de la policía municipal se abrió paso con el ulular de la sirena. Todos eran conscientes de que más patrullas se unirían tarde o temprano. Rojo accedió a la orden del detective, quien miró a la secretaria a través del retrovisor, pegada a su asiento.

—¿A dónde nos dirigimos ahora?

—Intentaremos despistarlos en el polígono. Luego, buscaremos cómo volver al centro sin despertar sospechas.

Al alcanzar el desvío hacia Montecarmelo, Rojo se incorporó a este, efectuando un cruce en

diagonal que tomó por sorpresa a los otros dos vehículos. Tras superar una rotonda, tomaron un descenso que los condujo a un cruce y posteriormente siguieron las indicaciones hacia un parque industrial de asfalto y yermos, donde la calma predominaba, a pocos metros del cinturón. El vehículo redujo la velocidad, disminuyendo también la tensión entre los tres ocupantes.

—No bajemos la guardia... Esto nos concederá unos minutos —comentó el detective, girándose para verificar si eran seguidos. El parque era una explanada de altibajos, garajes y grandes naves industriales. Las salidas conducían hacia Alcobendas y el área residencial cercana. Aunque sabía que los habían despistado, no tardarían en aparecer por la siguiente salida.

Entrada ya la noche, el trío retornó a la ciudad, deseando no encontrarse de nuevo con sus perseguidores. Afortunadamente, no había señales de la policía municipal en su ruta, aunque debían proceder con cautela y ocultar el coche antes de ser descubiertos. Condujeron hasta la glorieta de Cuatro Caminos, donde dejaron a Marla ante su domicilio.

—Lláname mañana cuando puedas.

—No te preocupes —le aseguró el detective y ella se despidió con un portazo. Los dos hombres aguardaron hasta verla entrar al edificio y luego retomaron su camino.

—¿Crees que estará bien? —preguntó Rojo, pensativo, desde el interior del vehículo.

—Sí.

—¿Y tú?

—¿Qué pasa conmigo?

—Tu hogar no es un lugar seguro. Tarde o temprano te localizarán, igual que encontraron tu oficina. Saben quién eres, qué escondes y es probable que también sepan dónde resides.

—Sé cómo protegerme. No es la primera vez que alguien lo intenta.

—Hablo en serio. Es probable que no tengas otra oportunidad para contarlo.

Maldonado desoyó sus palabras y arrancó.

—Estás hecho todo un estadista.

—No te lo tomes a broma, sabueso.

—¿Adónde te llevo?

—Al centro.

—Vamos, Rojo. El centro es muy extenso... —dijo, reprendiéndole. Estaba fatigado por tanto secretismo—. Dime un lugar concreto.

—La plaza de Santo Domingo estará bien.

—Como quieras. —Maldonado accedió y se incorporó al tráfico que descendía hacia el corazón de la ciudad. La tarde mantenía una serenidad a esas horas, quizás excesiva, reflexionó, para ser un lunes—. Supongo que esto es el final de nuestra colaboración.

Rojo escuchó el comentario, pero prefirió simular concentración en el flujo de vehículos que observaba tras la ventana.

—¿Qué te lleva a pensar eso?

—Ahora que Pedro Ramiro ha fallecido, no tengo razón alguna para continuar.

—Creía que me estabas ayudando.

—Te dije que te ayudaría a encontrar al asesino de esa chica, pero no te lo prometí... —aclaró—. De todos modos, ya sabes lo suficiente. No necesitas mi ayuda para resolver este asunto. Sería mentira si afirmase que tengo otros motivos para seguir, pero creo que he hecho todo lo que estaba en mis manos.

—Así que es cierto.

—¿El qué?

—Que planeas rendirte, tirar la toalla.

—Creo que no me has comprendido...

—Sí, creo que sí —puntualizó el inspector—. Después de todo lo sucedido, te retractas por temor a las represalias. Es normal y lo entiendo, ya no eres policía.

El comentario del inspector irritó al exagente. En cierta medida, para él, había algo de verdad en sus palabras, pero también lo percibía como un exceso de egoísmo por su parte. No tenían un plan, ni evidencias para inculpar a nadie. La investigación había sido un desastre, un error monumental, y lo único que habían conseguido era traer desgracia.

—Sé que para alguien como tú resulta difícil entender que en la vida pueda haber algo más allá del trabajo, pero quiero recordarte que no eres el único que se juega el tipo.

—Vas a permitir que el asesino de Medeiros se mofe de nosotros y de la familia de esa mujer. Y, pudiendo encarcelar a ese desgraciado, optarás por desviar la mirada, porque eres de los que consiguen dormir por las noches, porque para ti existe algo más allá del trabajo...

—Ahórrate el discurso con moralina, alicantino. Puedes guardar para ti esa verborrea.

—Creía que eras diferente.

—¿Diferente? No me jodas... No soy como tú. A ver si lo entiendes de una vez por todas.

—Diferente al resto... Que no eras como tu amigo Berlanga, eso quería decir. Pero ya veo que ambos estáis cortados por el mismo patrón... Supongo que así os las gastáis los de aquí.

—No te pases ni un pelo. Berlanga es un buen policía, por eso sigue en el Cuerpo y yo no. Por eso su vida está en orden y la mía no...

—Porque es el primero que prefiere salvar su propio pellejo antes que echarle una mano.

—Estás desvariando.

—Algún día te percatarás del error.

Maldonado lo miró de reojo. Por un instante, lo único que deseó fue llegar a la plaza de Santo Domingo y que Rojo abandonase el coche, si es que no lo echaba antes a patadas.

—¿Qué mosca te ha picado, tronco?

—Ninguna... Pero quiero que sepas que detrás de esa alegría que ves, de esa perfección, se esconde la cruz, el calvario. Tarde o temprano, te enfrentas a aquello que intentas eludir. Lo sé porque yo he estado ahí, Maldonado, porque no es algo con lo que quieras convivir el resto de tu vida.

Se pararon en un semáforo de Bravo Murillo, a la altura de la glorieta de Quevedo. El trayecto hasta su destino se estaba haciendo más largo de lo esperado, pero deseaba terminar con ese encuentro y concluir aquella discusión.

—Voy a encender la radio, a ver qué cuentan en las noticias.

Rojo asintió, quedando en silencio y revisando los mensajes de su teléfono móvil. El sabueso comprobó su propio dispositivo, que se había quedado sin batería, e imaginó la cantidad de mensajes de voz que Berlanga le habría dejado. El informativo de la tarde anunciaba el suceso del restaurante y la muerte de Pedro Ramiro. Por el momento, los medios solo se referían a un ataque al corazón y no a un envenenamiento. En ningún momento mencionaban la presencia de Maldonado y Marla, lo cual, tras todo lo ocurrido, le resultó un alivio.

Al llegar a su destino, el sabueso apartó el coche hacia un lado y lo detuvo junto a la plaza, activando las luces de emergencia para permitir que los demás vehículos se dirigieran al aparcamiento. El centro de la ciudad bullía de actividad a esa hora y, desde la cocina del Oskar, se elevaba un humo que anunciaba la demanda de la clientela. Rojo suspiró y lanzó una mirada a su compañero antes de despedirse.

—Gracias por todo. Supongo que no conseguiré que cambies de opinión.

—Lo siento, inspector —murmuró el detective, con voz cargada de dudas y reticencias—. No lo tomes como algo personal.

—Está bien. Tú tampoco lo hagas.

Maldonado esbozó una semisonrisa y le tendió la mano. El policía se la estrechó con firmeza, manteniendo un contacto visual firme. Luego, abrió la puerta del vehículo, se bajó y comenzó a caminar hacia el supermercado situado a escasos metros de allí. El detective lo siguió en silencio con la mirada. Algo en su interior le decía que las reprimendas recibidas minutos antes tenían sentido, pero su intuición le aseguraba que estaba obrando correctamente. En ese instante, percibió el resplandor azul de las luces policiales, que llegaban desde todas direcciones. Una motocicleta se detuvo ante él y, antes de que pudiera reaccionar, se dio cuenta de que estaba rodeado.

—¿Qué carajo...?

Inmediatamente después, alguien golpeó la ventanilla de su puerta. Al girar la cabeza hacia la izquierda, reconoció al inspector Ledrado, quien mostraba una expresión de satisfacción.

Esta no era una detención, sino una entrega voluntaria. Al ver el rostro del inspector, comprendió que su presencia no era casual y que no iría muy lejos.

Después de un tiempo, se encontró nuevamente sentado frente a Ledrado, esta vez acompañado por su colega Miranda, en una estéril sala de interrogatorios que empezaba a resultarle demasiado familiar. Como había supuesto, el inspector Rojo había desaparecido sin dejar rastro. Lamentó su ingenuidad al confiar en él, al creer que formarían equipo. Rojo le había demostrado ser ese tipo de policía que alcanza sus objetivos a cualquier precio. Una vez que ya no le era útil y rehusaba colaborar, Maldonado sabía que se había convertido en un estorbo. ¿Cuál es la mejor manera de eliminar un obstáculo?, reflexionó, ya conociendo la respuesta, mientras observaba a los dos hombres frente a él.

—¿Estoy detenido? —preguntó, lanzándoles una mirada de soslayo—. Quisiera hablar con Berlanga.

Miranda chasqueó la lengua y Ledrado se pasó la mano por el rostro. Ambos lucían desgastados, quizás por la misma investigación que llevaban adelante. No solo Maldonado se encontraba en una situación complicada, los dos inspectores también mostraban signos evidentes de preocupación.

—Eso, por ahora, no será posible —dijo en voz baja Ledrado, sin sonar demasiado severo—. Y no, no estás detenido.

—Vaya, eso es algo nuevo, viniendo de ti.

—Oye, estúpido —intervino Miranda—. Tenemos razones de sobra para encerrarte y tirar la llave.

—Mejor busca un lugar más profundo que el Manzanares, Miranda... No vaya a ser que alguien la encuentre.

—Eres el principal sospechoso de la muerte de Pedro Ramiro y tu coche ha sido identificado por exceso de velocidad y conducción temeraria, tras darte a la fuga en la M-30. No te sobran puntos precisamente.

—Aun así... —Maldonado intercambió miradas, como en una partida de póquer, deseando descubrir las cartas de los demás jugadores—. ¿Qué diablos está pasando aquí?

—Necesitamos saber qué sucedió en el restaurante.

—Yo no lo maté.

—Eso ya lo sabemos. Hemos detenido a uno de los ayudantes de cocina.

—¿Envenenamiento?

—No. Anafilaxia —aclaró—. Pedro Ramiro era gravemente alérgico a cualquier tipo de cítrico. El restaurante estaba al tanto, ya que era un cliente habitual, pero...

A Maldonado le desconcertó el detalle. Reflexionó sobre cómo alguien como Ramiro debería proceder con extremo cuidado al comer fuera de su casa, puesto que algo aparentemente insignificante podría ser letal. Sin embargo, quien hubiera ordenado añadir limón al caldo conocía perfectamente la vulnerabilidad del periodista y había encontrado una manera sutil de eliminarlo. Por otro lado, sintió cierto alivio al saber que ni él ni Marla habrían agonizado tras degustar aquel platillo.

—Alguien instruyó que lo sirvieran así —observó.

—El ayudante de cocina es nuevo en el restaurante.

—¿Por qué no le interrogáis a él en lugar de malgastar el tiempo conmigo?

Ledrado intercambió una mirada con su compañero, quien asintió ligeramente, concediéndole permiso. Acto seguido, abrió la carpeta que tenía frente a él y le mostró a Maldonado varias fotografías. Capturadas por una cámara de seguridad, las imágenes eran algo borrosas y los detalles no se apreciaban con claridad, pero el detective no necesitó más para identificar a los dos matones que habían intentado quemar su oficina.

—¿Los habéis atrapado?

—No.

Las imágenes mostraban dos escenas diferentes. Dos fotos habían sido tomadas en la Gran Vía, cerca de su oficina. En ellas, se podía identificar a los dos brutos mientras caminaban. Las otras dos habían sido obtenidas de la cámara de seguridad de una propiedad privada. Se distinguía a una mujer, fumando, con los brazos cruzados.

—Las primeras son de antes del incendio de tu oficina —explicó Ledrado, señalando a las dos figuras difusas—. Pasaron frente al Starbucks que está bajo tu despacho, sin darse cuenta de que serían filmados.

—¿Y estas otras?

Miranda intercambió una mirada vacilante con el compañero.

—Las tomamos de las cámaras de seguridad de la urbanización residencial de Simancas, para intentar identificar a los manifestantes de la otra noche —comentó, e hizo un gesto para que Maldonado esperara. Luego le mostró otras fotos que tenía disponibles. En estas últimas,

aparecían él y Rojo, merodeando por el área de consignas de la estación de Ferrocarril—. Esto es un delito.

—Fue cosa del inspector. Creía haber olvidado algo en las consignas...

—¿Qué buscabais?

—Ya te lo he dicho. ¿Habéis localizado a esos tipos?

—No.

—Pertenecen a Starenkov —aclaró antes de que prosiguieran con el interrogatorio—.

Trabajan para él. Lo sé porque reconocí los tatuajes que llevan.

—Ajá... —murmuró Ledrado, retirando las fotografías y dirigiendo una mirada penetrante a su compañero. Luego, adoptando una postura que denotaba un creciente interés, fijó su atención en el detective—. ¿Qué conocimientos tienes acerca de Starenkov, Maldonado?

—Lo suficiente como para seguir vivo, pero no tanto como para acabar como Pedro Ramiro.

—¿Qué te lleva a pensar que el ruso organizó el asesinato?

—Parece evidente, ¿no? Hay un deseo excesivo de ocultar lo que ocurrió la noche en que Medeiros disparó a esa chica y, posteriormente, fue arrestado. Todavía hay muchos vacíos en ese caso.

—Ya veo...

—No me crees, ¿verdad?

—No es eso... —respondió Ledrado, añadiendo un tono misterioso para intensificar la intriga—. Simplemente, Starenkov no podría haber sido.

—Vaya...

—El ruso fue hallado muerto en un piso de Málaga hace dos semanas. Aparentemente, tenía cuentas pendientes con algunas familias de la Costa del Sol y, al final, acertaron sus cuentas.

El sabueso, de repente, tuvo una premonición inquietante.

—No, eso no puede ser. Esos tipos...

—Sí. Desgraciadamente, algunas cosas escapan de nuestro control...

—¿Entonces? ¿Y estos sujetos?

Ledrado suspiró.

—Es cierto que trabajaban para el ruso y que este había sido un socio de Simancas, hasta que el político descubrió los tratos ilícitos que Starenkov gestionaba. El expresidente ha sido explícito sobre su relación con Starenkov y también sobre la del Lagarto. Se conocían, pero no hay evidencias que respalden que existía algo más, si me sigues. En cualquier caso, su rechazo a esta gente es más que evidente.

—Tiene que haber un error, Ledrado. Lo que me cuentas, es un auténtico disparate.

—Quizá seas tú el que está equivocado.

—En ese caso, tengo la sensación de que os están tomando el pelo... —expresó, percibiendo

cómo la ansiedad empezaba a infiltrarse en su ser. Miranda negó con la cabeza y el sabueso pensó que lo que decían no podía ser cierto, pues, de ser así, toda la investigación habría sido en vano. No obstante, no lo había sido la muerte de Ramiro, ni el incendio de su oficina, ni el intento de asesinato que habían frustrado. La única certeza era que aún había alguien detrás de todo eso, alguien interesado en mantener oculto el motivo por el que mataron al ladrón.

—La autopsia ha revelado que Medeiros murió de un paro cardíaco —continuó Ledrado—. No hay razón para suponer que fue intencional.

—¡Por Dios! Bajad del guindo y no seáis tan ingenuos...

—Cuida tu boca, detective —le advirtió Miranda.

—Medeiros iba a encontrarse con una periodista en Francia. ¿Es que no lo veis? Todos los medios hablan de ello. Quería hacer su confesión fuera de España, para evitar que esto sucediera.

—Eso no pudo ser.

—¿De qué maldito lado estáis?

—Maldonado, exigimos tu colaboración —expresó Ledrado con seriedad.

—Queremos entender las intenciones y motivaciones que traen al inspector Rojo a Madrid.

—¡Ah! Así que toda esta farsa era por eso...

—El inspector puede generar un conflicto de intereses y provocar un agujero en la seguridad local.

En ese instante, Maldonado percibió que algo no encajaba adecuadamente.

—¿Por qué no se lo preguntáis directamente a él? ¿Acaso no ha sido transparente con vosotros?

Ledrado exhaló con pesadez a través de su nariz.

—No hay una razón legal para que el inspector esté operando aquí. Desde Alicante, se nos ha comunicado que el caso de la muerte de Cristina Velarde está estancado, que Rojo ha pasado meses sin proporcionar actualizaciones sobre la situación. De hecho, el caso estaba a punto de ser cerrado, nuevamente.

—¿Qué relación tiene eso conmigo?

—Él confía en ti. Es posible que te haya compartido algo. Necesitamos asegurarnos de que no se está excediendo, no está cruzando ciertos límites peligrosos. Personalmente, fue él quien insistió en realizar un informe de balística detallado sobre el caso Medeiros. Nos preocupa que esté obsesionándose con la muerte de esa mujer, sin que podamos identificar la conexión. En cualquier caso, tenemos instrucciones de mantener la calma de cara a las elecciones, dado lo cerca que están...

Al oír esto, las palabras que Rojo le había susurrado en el coche resonaron en la mente de Maldonado. Ahora entendía a qué se refería con ser diferente y no actuar como los dos oficiales que tenía delante. Por alguna razón, a pesar de que fue él quien lo entregó a la policía, comenzó a

creer en Rojo. Comprendió que el inspector podría ser muchas cosas, pero, a diferencia de Ladrado y Miranda, poseía un sentido de la justicia que trascendía lo establecido por un código penal o de conducta, y, sobre todo, más allá de los intereses políticos y personales de los altos cargos de la Jefatura. Lamentablemente, esa integridad también podía hacerlo pecar de imprudencia, al ignorar lo que estaba sucediendo detrás de él. ¿Pero era realmente tan iluso como para maniobrar sin considerar las consecuencias?, se preguntó, siendo consciente de que la respuesta era negativa.

—¿Hemos concluido?

—No.

—Quiero descansar. Este asunto me ha agotado. Ha sido un día largo.

—¿Por qué esta repentina prisa? —interrogó Miranda, esbozando una sospecha.

—Es imprescindible que nos reveles cualquier cosa que Rojo te haya confiado, detective —agregó Ladrado—. Tememos que pueda cometer una insensatez significativa.

—No sería el primero, ¿cierto? —inquirió, alzándose de su asiento con un porte desafiante—. Lamento informaros que tengo pleno derecho a marcharme. Pedro Ramiro iba a ser mi cliente y ahora se encuentra en un ataúd a causa de unas malditas gotas de limón... Qué irónica y cruel es la vida, ¿verdad? Un cítrico te puede amargar la existencia, incluso acabar con ella... Por desgracia, como entenderéis, he de ocuparme de ciertos asuntos, tales como localizar a mi secretaria y garantizar que mi despacho esté operativo lo antes posible, si es que pretendo llegar a fin de mes.

Los dos inspectores también se levantaron, asintiendo en silencio al cierre de la interrogación.

—Por cierto, háblale a tu secretaria... Que se pase por aquí cuando pueda.

—¿Por qué no se lo comunicas tú mismo, Miranda? Seguro que le alegrará oírte.

—No hemos conseguido localizarla en su domicilio y no responde a las llamadas. Imaginamos que estará esperando tu permiso.

Maldonado encontró extraño este comportamiento en Marla, especialmente después de haberla dejado en su casa y sabiendo que siempre contestaba al teléfono.

—Por supuesto... Le levantaré el castigo, pero también os daré un consejo... La próxima vez, intentad llamar desde otro número —sugirió antes de abandonar la estancia—. Bastará con eso.

—¡Maldonado! —lo detuvo la voz de Ladrado justo antes de que cruzara la puerta—. ¡Elige bien a qué lado te inclinas!

Para él, la advertencia del inspector llegaba excesivamente tarde, quizás con un retraso de años, pero ahora le preocupaba otra cosa, que era encontrar a Marla.

Dejó la comisaría, con un peso en el estómago y la imperante necesidad de encontrar a su secretaria. Cada segundo contaba, así que se dirigió con paso firme hacia su casa, que estaba relativamente cerca. Al descender por la cuesta de San Vicente y llegar a la entrada del edificio en la calle de Ilustración, subió las escaleras, con un presentimiento inquietante.

—Joder... —susurró al percatarse de que alguien había forzado la cerradura de su piso. Maldiciéndose por haber dejado el arma en el coche, trató de entrar sin hacer ruido. Sin embargo, pronto comprendió que no había nadie en el interior. Observó el caos que reinaba en el lugar, sintiéndose a la vez furioso y desolado. Estaba convencido de que los responsables eran los mismos que habían incendiado su oficina. En ese punto, pensó que llamar a la policía o buscar el apoyo de Berlanga no tenía sentido. O Ledrado y su equipo estaban persiguiendo pistas erróneas o, peor aún, estaban al servicio de quien verdaderamente mandaba.

«O trabajan para quien les paga sus sueldos», reflexionó amargamente.

Abriéndose paso entre el desorden, alzó un mueble caído y buscó el teléfono fijo que había quedado sepultado bajo una montaña de libros.

«Vamos, Marla, descuelga», se repetía, esperanzado. Pero el teléfono de la chica saltaba directamente al contestador. Colgó, sintiéndose hundido y caviló que, a su manera, Rojo solo había intentado protegerlo.

«Sabía que iban a por mí. Y también han ido a por Marla».

Se convenció de que el inspector alicantino, actuando en solitario, probablemente estaría dirigiéndose a la casa de Simancas para demostrar su implicación en todo el asunto. Entonces, el teléfono fijo sonó, haciéndole saltar por el sobresalto. Rara vez recibía llamadas en ese número, y menos a esas horas. Un frío sudor le recorrió mientras descolgaba.

—¿Diga?

—Te lo advertí, estúpido —resonó una voz distorsionada al otro lado de la línea, sugiriendo la de un hombre con un timbre metálico y agudo—. Te avisé de que te mantuvieras al margen, pero no hiciste caso.

—¿Quién eres?

—Ahora eso no importa.

—Fuiste tú quien intervino mi teléfono. No deberías haber entrado en mi oficina...

—¿Quieres volver a ver a tu bonita secretaria?

—Si le haces algo...

Le sorprendió la manera respetuosa en la que hablaba de la secretaria.

—Escucha y calla —interrumpió el otro, con determinación—. Tienes algo que me pertenece.

—No tengo ni idea de qué me hablas.

—Claro que lo sabes. Devuelve el anillo y te devuelvo la chica. Si no, te arrepentirás.

—Espera un momento.

—Tienes una hora.

—¿Dónde nos vemos?

—Sabes perfectamente dónde.

La llamada terminó abruptamente. Aun sosteniendo el teléfono, Maldonado intentó asimilar la reciente conversación. En un principio, no entendía a qué se refería ese desconocido, pero pronto lo relacionó con el anillo: el mismo por el que Medeiros había perdido la vida y que había sido sustraído en el asesinato de Cristina Velarde. ¿Pero qué significado oculto tenía esa joya, más allá de su evidente valor económico? Durante unos instantes, quedó inmóvil, tratando de conectar las piezas del puzzle en su mente.

—No puede ser... —murmuró recordando un detalle sobre esa fotografía de mala calidad de la que Marla le había hablado. Durante todo ese tiempo, habían estado persiguiendo la pista equivocada. Las imágenes le vinieron rápidamente, como un torrente. Comenzó a unir los puntos y dedujo que la señora Sierra conocía a Pedro Ramiro y, además, tenía una clara debilidad por las joyas caras. Ellos mismos la habían sorprendido en el escaparate del paseo de la Castellana. Intentando recomponer la trágica noche en que Cristina Velarde murió, dedujo que Simancas había disparado el primer tiro. Empero, frente a lo que todos creían, el verdadero secreto no era la relación extraconyugal de Simancas con Velarde, un rumor del que todos habían chismorreado, sino algo mucho más oscuro. Un presentimiento le indicó que la auténtica asesina de Velarde había sido Raquel Sierra, quien se aseguró de silenciar a la joven. ¿Pero qué sabía Velarde?, se preguntó. Ante tal escenario, Medeiros prefirió la prisión antes que una muerte segura, ocultando la joya, con la esperanza que, algún día, haría pagar a ese matrimonio por sus crímenes.

—Maldición... —susurró al pensar en el inspector Rojo. Estaba convencido de que, al encontrarse solo, habría decidido encarar a Simancas por su cuenta, y eso no presagiaba nada bueno. Si Rojo perdía los papeles, sabía lo que vendría después: el matrimonio actuaría en

defensa propia en cuanto se sintieran amenazados. Y había otro escenario aún peor: que los matones de Starenkov se encargaran de Rojo. Conectó su móvil esperando que, después de unos segundos, Rojo respondiera. Pero fue en vano. Si sus sospechas eran correctas, probablemente la voz en el teléfono quería que el anillo volviera a la joyería que había emitido las facturas.

Llegados a este punto, necesitaba ayuda urgentemente.

—Berlanga... —musitó, marcando el número y preguntándose qué estaría opinando el inspector—. Vamos, carajo, contesta...

Tras el tercer tono, Berlanga respondió.

—¿Diga?

—Soy yo, Javier.

—¿Maldonado? Creí que estabas en comisaría. ¿Qué sucede?

—Necesito un favor.

—Lo siento, pero...

—Es sobre Rojo. Está en peligro.

—¿Qué ha pasado?

—Y Marla también.

—Espero que no estés jugando conmigo... ¿Dónde te encuentras?

Miró a su alrededor y dejó escapar un suspiro.

—Es complicado, no puedo contártelo todo ahora. Si aún confías en mí, necesito que me ayudes.

—Te advertí sobre lo de Simancas. Te dije que no me metería, por mi tranquilidad...

—Entonces, ¿por qué me enviaste a Rojo? ¿Pensabas que no me daría cuenta? —le interrumpió, dejándolo sin palabras. En efecto, había deducido eso sobre Berlanga mientras hablaba con él y confirmó sus sospechas con el silencio del inspector. Esa debía ser su forma de echarle una mano, dado que solo alguien como Berlanga podía tomarse esa licencia—. En fin, no importa. Creo que he descubierto lo que ocurrió la noche en que detuvieron a Medeiros por el asesinato de Velarde. No fue él. Fueron Simancas y su mujer. Por eso nunca encontraron la segunda arma.

—¿Cómo dices?

—El anillo, la esmeralda, era el verdadero objetivo. Por eso el ladrón mantuvo la boca cerrada durante su condena. ¿Qué más podían hacerle? Ya estaba en prisión por un delito que no había cometido. Sin embargo, durante esos diez años, maquinó su venganza. Por alguna razón que aún desconozco, Sierra deseaba ese anillo más que nada. Quizá era su forma de castigar a su marido por su aventura. No lo sé... y francamente, no me importa. Pero Cristina Velarde lo sabía y pagó por ello con su vida.

—¿Dónde te encuentras?

—Estoy en casa. ¿A qué viene esa pregunta? —respondió, un tanto irritado, dirigiéndose a la cocina. Buscó la botella de whisky, que debería estar en algún lugar. Al encontrarla, tomó un vaso y se sirvió una copa sin hielo para intentar calmarse.

—Es relevante. Conociéndote, nunca sé cuándo estás siendo sincero.

El whisky le picó al bajar, como un reguero de fuego.

—¿Vas a ayudarme o no? Eres el único que puede hacerlo.

—Iré a buscarte. Pero hay algo que debes saber.

—¿Otro giro en la historia?

—¿Dónde está Marla?

—Eso es precisamente lo que más me preocupa. Si no cedo a sus demandas, será ella quien sufra las consecuencias.

—Siempre metiéndote en líos, Javier.

—Ahora no es el momento para reproches, ¿de acuerdo? —Maldonado suspiró profundamente y moderó su tono—. Te espero en la calle. No te demores y... ¡gracias!

—Está bien. —Berlangua colgó, dejando un ambiente tenso en la habitación, que empujó a Maldonado a salir de ella. Por alguna razón, intuía que, después de aclarar todo ese caso, nada sería como antes. Solo esperaba que ese «después» fuera mejor que el «antes» que ya conocían.

Berlanga apareció al final de la calle, al volante de su coche particular. Maldonado lo identificó de inmediato y apuró el cigarrillo, esperando que se aproximase. «No parece venir con buenos ánimos», reflexionó el detective al observarlo, aunque era consciente de que su propio semblante tampoco era mucho más alentador. Ambos estaban en un punto crítico. Aquella historia comenzaba a hacérsele bola en la garganta. Pese a todo, había concebido un plan, imperfecto y sin garantías de éxito. De hecho, sus posibilidades de salir indemne eran escasas.

—Gracias por acercarte —le agradeció al entrar en el coche. Berlanga puso rumbo hacia la cuesta que conducía a la Plaza de España—. Lamento haberte involucrado.

Con la mirada fija en la carretera, Berlanga finalmente alzó una ceja.

—¿Por qué?

—Por arrastrarte a este lío.

El inspector negó con la cabeza.

—Has creado una buena encrucijada... y me has arrastrado contigo, Javier. Pero, tampoco me sorprende. No nos engañemos.

—Jamás pensé que...

—¿Y Rojo?

—Fue él quien me traicionó. Lo tenía preparado desde el comienzo.

—Ya me lo temía...

—¿De verdad?

—Si bien esperaba que fueras más perspicaz. Parece que el paso del tiempo te ha hecho perder reflejos...

—A la mierda, ¿vale? Sabías que Rojo era un problema desde el primer momento en que mencioné su nombre.

Berlanga esbozó un gesto de exasperación y se desvió hacia el barrio de Argüelles, esquivando las restricciones de Madrid Central.

—Dejémoslo y vayamos al grano. No disponemos de mucho tiempo. ¿Qué hay que hacer?

—Si lo supiera, no estaría reuniéndome contigo... Han secuestrado a Marla, y es probable que a Rojo también. Está claro lo que buscan. Pero, ¿cuánto hace que lo sabías?

El rostro del inspector se tensó. Tomó una respiración profunda antes de responder, como si sintiera que estaba entre la espada y la pared.

—¿Por qué no fuiste franco desde el principio?

—Solo me he enterado hace poco...

—No me refiero a eso, sino a por qué ocultaste que tenías el anillo —replicó, pasando a la ofensiva—. Te advertí sobre ello, y aun así, decidiste ocultármelo. Me has engañado por partida doble y te has jugado el carné. ¿Dónde carajo está?

—Ahora no debes preocuparte por esto. Está en un lugar seguro —respondió, con la esperanza de que su escondite en la estatuilla de escayola siguiera intacto—. ¿Crees que dejaría al descubierto la única evidencia de su crimen? Soy pasional, y puede que también un cretino, pero jamás un idiota.

Berlanga frenó bruscamente en un semáforo rojo en Santa Engracia.

—Necesito saber dónde lo guardas.

—¿Y después qué? ¿Me arrestarás?

—No lo comprendes, ¿verdad? —cuestionó con un tono altivo, como si tratara a un inepto—. Simancas tiene un gran poder en esta ciudad. Se fortalecerá con todo esto y su mujer quedará al margen de cualquier investigación.

—¿Desde cuándo la comisaría está tan corrompida? Yo pensaba que...

—Lo está siempre que no existan pruebas contundentes de culpabilidad. No es sobre corrupción; es sobre evidencias. Medeiros murió de un infarto y Pedro Ramiro por una reacción alérgica... ¿Qué es lo que intentas probar con ello, Javier?

Maldonado vio en sus ojos la confirmación de las palabras que Rojo le había dicho antes, aquellas que había usado refiriéndose a Ladrado y sus colegas. No obstante, le costaba asumir que Berlanga también formara parte de ese grupo, un títere de la conciencia colectiva dominante que no diferenciaba el bien del mal.

—Al final, tú fuiste quien me incitó a que entrara en este juego, dejándome migajas por el camino.

—Tomaste la llave que guardaba Ramiro y averiguaste a qué pertenecía. Cuando la joya desapareció de la taquilla, todo se complicó. Eso fue lo que alertó a Simancas y a su esposa.

—¿Sabíais que habían sido ellos?

—No. No teníamos sospechas concretas, pero Simancas siempre ha estado bajo vigilancia.

—¿Por qué me asignaste el caso?

Finalmente, Berlanga parecía dispuesto a revelar la verdad. Del bolsillo lateral de la gabardina sacó un tique arrugado que le tendió al sabueso. Este lo leyó. Era el recibo amarillento

de una conocida joyería de Madrid. La compra databa de quince años atrás y estaba valorada por dos mil quinientos euros. En cuestión de segundos, intuyó que tenía relación con el anillo.

—¿Se puede saber qué es esto?

—Te dije que Pedro Ramiro no era de fiar. Lo encontramos en su billetera.

«Ella...», recordó Maldonado, visualizando los últimos segundos antes de fallecer.

—No lo entiendo...

—Al saber que Rojo se ocupaba de su asunto, hallé un nexo entre él, tú y Pedro Ramiro...

Nunca dudé de su capacidad para teorizar ni de tu talento para meterte en líos.

—Fuiste tú quien mandó a Ladrado a mi oficina tras el incendio. Sabíais lo que ocurría y no hicisteis nada para frenar a esos gamberros.

—La banda de Starenkov es menos peligrosa de lo que pretenden aparentar. Varios miembros trabajaban de seguridad en algunas discotecas famosas de Madrid, también para Estarreado, S.L. El nombre solo busca distraer a la justicia y evitar pesquisas. Obviamente, es una fachada para lavar dinero. No hay comisaría en Madrid que no conozca los trapicheos de Starenkov.

—Pero Starenkov murió recientemente.

—¿Cómo sabes eso?

—No eres el único que tiene oídos en esta ciudad. De todos modos, sigo creyendo que a Ramiro lo mató alguien cercano a él.

—Es posible, pero no hay evidencias. El cocinero no tiene vínculos con Simancas ni con Ramiro. Fue un fallo... ¿intencionado? Puede ser, pero un fallo al fin y al cabo...

—Hay una foto de la señora Sierra con Ramiro, antes de que se casara con Simancas.

—Es posible... pero eso no aclara nada, Javier —comentó mientras conducía en dirección a la estatua de Colón. Tras atravesar la glorieta, ascendió por Serrano, la famosa milla de oro y giró a la izquierda, aproximándose a la joyería que había emitido el recibo—. Todavía puedes entregarme esa joya, salvar a tu secretaria y solucionar esto como lo hubieras hecho antes.

Desde la distancia, divisó el rótulo de Suárez, iluminado con letras doradas, sobre un amplio escaparate repleto de joyas valiosas. Era el mismo establecimiento donde había sido comprada la sortija, más de una década atrás. Berlanga estacionó el coche frente a una tienda de muebles.

—Intento hacerlo, Miguel, pero algo me dice que no quieres escuchar...

—¿Estás tonto? Es tu última oportunidad. Aún puedo echarte un cable —afirmó, mirándolo fijamente—. Sólo necesito que respondas a una cuestión.

—No te molestes...

—¿Dónde está el anillo?

—Eso es lo único que te interesa de mí, ¿verdad?

—¿Qué quieres a cambio? Te acabo de entregar la prueba que demuestra el plan que Ramiro

tenía para hundir la vida de Simancas.

—¿Esto? —le preguntó, levantando el tique—. ¿No entiendes que, de haber sido así, ya lo habría publicado?

—Está bien. Lleguemos a un acuerdo.

—Estás ciego. No doy crédito a que esta conversación esté sucediendo...

—Pide por esa boca. Ambos queremos cerrar este episodio cuanto antes.

—Lo único que quiero es salvar a Marla.

—De acuerdo, tú llevas las de perder...

Descendieron del vehículo y cruzaron la calle. Maldonado ya había tomado su decisión y no parecía dispuesto a retractarse. Echó un vistazo alrededor, pero no vio nada raro en la zona, lo que le proporcionó cierta calma. Se pararon delante de la entrada y pulsaron el timbre. Debido a las medidas de seguridad, el vigilante indicó al empleado que desactivara los sistemas antirrobo, permitiendo así el acceso. Finalmente, el guarda de seguridad se aproximó para abrir y Maldonado reparó en un tipo imponente con cabello caoba y un traje estridente a juego. Al entrar y verlo de cerca, el detective percibió que algo raro estaba pasando. Solo le tomó un instante notar un pequeño tatuaje asomando por el cuello del corpulento cliente que aguardaba ser atendido.

«Vaya por Dios...».

Reconoció aquel símbolo y sabía a quién pertenecía.

Sus miradas se cruzaron y el gigante sonrió con cierta picardía.

—Buenas noches y sean bienvenidos —les saludó el empleado, acercándose desde el mostrador—. ¿En qué puedo ayudarles?

A pesar de la presencia del vigilante, decidieron proseguir con el plan. El objetivo principal de Maldonado era rescatar a Marla; lo demás pasaba a un segundo plano. Ahora que Berlanga le había mostrado el recibo, no tenía la menor duda de que estaban en el lugar adecuado. Reflexionando, se dijo que quizás debería haber escuchado a su amigo, a Rojo o incluso a su intuición desde el comienzo.

Por desgracia, una vez dentro, cualquier atisbo de fortuna desaparecía, transformándose en una sombría sensación que auguraba problemas.

Se aproximaron al mostrador, con la sensación de estar en desventaja desde el principio. El dependiente, un hombre de unos cincuenta años con el pelo meticulosamente peinado y un traje impecable, esperó pacientemente a que se dirigieran a él.

En ese momento, el sabueso notó unos detalles que iban más allá del deslumbrante juego de luces del local o del brillo encantador de las joyas. Más allá del lujo y la tentación, percibió cómo había sucedido todo: una maquinación perfecta que había pasado desapercibida para los demás. Ahí radicaba la respuesta, en esa joyería, en el recibo que llevaba en el bolsillo de su abrigo y en la forma en que la señora Sierra había orquestado un sofisticado plan para encubrir su crimen, hasta ese momento, sin demostrar. Sierra había matado a Cristina Velarde para ocultar la infidelidad que destrozaría la carrera de su marido. Por desgracia, era una teoría que no encajaba del todo en la cabeza del detective. Para él, era evidente que Medeiros pagó la condena, pero se aseguró de esconder la joya. De ahí que Pedro Ramiro consiguiera la llave y también el recibo que le había entregado el ladrón durante sus entrevistas. Pero la incógnita sobre el significado de aquella sortija seguía sin desvelarse.

—Vaya...

—¿Todo bien? —le preguntó Berlanga.

—¿En qué puedo ayudarles? ¿Buscan algo en concreto?

—Nos gustaría hablar con el empleado más veterano del comercio.

—Lo tienen delante.

—¿Disponen de algún espacio privado para hablar? —preguntó el inspector mientras mostraba su identificación. El rostro del empleado reflejó sospecha—. Solo será un momento.

—Claro, síganme —indicó y se volvió hacia su compañera—. Estaré en la oficina con estos caballeros. Que nadie nos moleste.

Maldonado echó un vistazo a Berlanga y negó con la cabeza, como si presenciara una revelación.

—Ten cuidado con el vigilante. Trabaja para Estarreado.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé.

El dependiente los condujo a un despacho situado al final de la tienda, tras un pasillo. Cerró la puerta lo suficiente para poder escuchar lo que sucedía fuera y les ofreció sentarse.

—No hace falta, gracias —interrumpió Berlanga, lanzándole una mirada significativa a Maldonado.

A continuación, sacó el recibo del bolsillo interior de la chaqueta y lo dejó sobre la mesa que tenían delante. Los ojos del dependiente se posaron en el papel, revelando rápidamente su complicidad.

—¿Reconoce este recibo?

—Sí, claro. Es nuestro, aunque no es reciente.

—¿Quién lo hizo?

El hombre intentó ocultar la verdad con un gesto de disimulo que el sabueso captó al vuelo.

—Lamento no poder decírselo. Es muy antiguo y por aquí pasan muchos clientes.

—Haga memoria. No todos los días se vende un anillo de esmeralda valorado en dos mil quinientos euros...

—Fue una mujer, ¿verdad? —preguntó Maldonado, sintiendo la mirada de Berlanga sobre él—. Responda.

—Necesitaría que me explicaran qué está pasando. Por lo que veo, la compra se realizó de forma legal y en efectivo. Es todo lo que les puedo decir. Si hay algún problema con el anillo, no nos concierne. No somos responsables de los caprichos de nuestros clientes y menos después de tanto tiempo...

—Pero podría estar obstaculizando una investigación policial. Eso no sería bueno para la reputación de esta joyería.

—Lo siento, es todo lo que puedo decirles.

—Hay algo más —afirmó el detective, notando cómo el hombre se tensaba—. Alguien le ha dado instrucciones recientemente, aparte de mantenerse callado.

—¿Qué desean, inspectores? Intento ser lo más justo con ustedes, pero existe un código de privacidad respecto a nuestra cartera de clientes. Se llama protección de datos. Entiendan que

podría poner en riesgo sus vidas.

Maldonado señaló el recibo y luego al teléfono que había sobre el escritorio.

—Haga la llamada.

El dependiente miró a Maldonado y cambió su semblante hacia uno más serio.

—¿Puede mostrarme el anillo?

Berlanga carraspeó y luego adoptó un tono más autoritario.

—No. Llamará y les dirá que el anillo está en nuestras manos.

—No puedo hacerlo, no me creerán.

—¿No me ha escuchado?

—Sí, señor...

Con las manos temblorosas, el empleado levantó el teléfono. El detective miró a su alrededor y notó al matón cerca. Aunque no se lo hubieran dicho claramente, estaba seguro de que habían amenazado al dependiente, no con un robo, sino con una buena sacudida. Y eso, para el detective, la mayoría de las veces era peor.

—Buenas noches, sí... Está aquí, sí... Han venido dos hombres, ajá... Un momento... —dijo, cubriendo el micrófono con la mano. Luego les susurró—: Me han preguntado por una inscripción en el anillo.

Berlanga se giró rápidamente hacia su amigo, esperando una respuesta, pero este no recordaba haber visto nada.

—Dícales que no hay nada. Es un farol.

—¿Estás seguro? —interrogó Berlanga.

Maldonado asintió, aunque no estaba del todo convencido. En su recuerdo, no había ninguna inscripción, pero el anillo era tan pequeño que dudaba que alguien pudiera haber grabado algo en él.

—¿Sí? Estoy aquí... He revisado y no veo nada... Por supuesto —respondió al teléfono con voz más calmada y después colgó. Los dos hombres esperaban una aclaración.

—Entonces, ¿qué nos dice?

—¿Eso era todo?

—¿Esperaba algo más?

Maldonado sintió una desazón que lo invadía, como si fuera un cohete que jamás despegara.

—¿Qué hacemos ahora? —inquirió Berlanga.

—Les cuento todo lo que sé. Eso me ordenaron.

—¿Quién?

—No lo sé, lo juro.

—¿Hombre o mujer?

—Era la voz de un hombre que jamás había escuchado y que espero no volver a oír.

Berlanga se giró hacia Maldonado.

—¿Cómo puedes estar tan convencido de que pertenece a la banda del esclavo?

—A estas alturas, dudar resulta ofensivo.

—Entonces, voy a hablar con él.

—¿Estás loco? Fíjate en su tamaño.

—Recuerda que sigo siendo policía.

Maldonado, intentando detenerlo, puso una mano sobre su brazo.

—No lo hagas, o nunca sabremos dónde está Marla —le advirtió, logrando que Berlanga se replanteara su decisión. Luego, miró al empleado de la joyería—. ¿Por qué nos oculta la verdad?

—No lo hago, de verdad.

—Podrían acusarle de obstrucción.

—Me amenazaron, a mí y a mi familia, si no seguía al pie de la letra sus instrucciones. He hecho todo lo que me han pedido.

Maldonado asintió como si ya lo supiera.

—¿Lo sabe el resto del personal?

—No, solo yo.

—Claro, y no le dieron más indicaciones...

—¿Ni sobre qué hacer con nosotros?

—Lo lamento, solo tenía que seguir órdenes —comentó, dirigiendo la mirada hacia la entrada—. Si se refieren a ese tipo, no sé cómo puedo ayudarles. Solo ha estado rondando, pero estoy seguro de que está aquí para controlarme.

—¿Ha pensado en llamar a la policía?

—¿Para qué han venido, realmente?

—¿Qué opinas, Javier? —preguntó Berlanga, mientras se rascaba pensativamente la cabeza.

Maldonado observó al grandullón a través del cristal de la puerta.

—Ese hombre, ¿hace cuánto que está aquí?

—Un poco más que vosotros.

—Ya veo... —murmuró y escaneó el despacho—. ¿Tendríais por casualidad una salida de emergencia?

—¿Aquí?

—No me tome el pelo. Es una joyería. Deben tener previsto esto.

El dependiente dudó unos instantes y luego, asegurándose de que nadie los escuchaba, señaló:

—Por ese corredor, hay una puerta trasera al patio. Desde allí pueden llegar al centro comercial ABC.

La pareja intercambió una mirada y el detective intuyó que tenían poco tiempo antes de que

el matón se percatase de su ausencia.

—Espere diez segundos y salga.

—¿Y qué ocurrirá conmigo?

—No tiene por qué pasarle nada. Mandaré a un par de agentes aquí.

—Por favor, no lo haga...

—Buscan la esmeralda, no a usted.

—Pero...

—Aguate diez segundos y todo habrá pasado. —Maldonado guardó los recibos en su chaqueta y, dándole una palmada reconfortante al empleado, se dirigió al pasillo.

—Cuatro, cinco... —empezó a contar en voz alta, escuchando los pasos de la pareja alejándose.

En ese momento, vio que el grandullón apagaba y guardaba el móvil en su chaqueta de cuero. Acto seguido, se acercó a él con una expresión amenazadora. El empleado se interpuso en su camino.

—Lo siento, no puede estar aquí.

—¿Dónde están?

—Como ya le he dicho... no tengo ni idea de qué me habla.

El gorila dirigió su mirada al pasillo y, sin previo aviso, le asestó un golpe al empleado en la cara, derribándolo contra el escritorio. Aturdido, el hombre intentó cubrirse, pero el matón ya no estaba a la vista.

Al salir, se hallaron en un patio que daba a tres edificios. La puerta que conducía al centro comercial captó de inmediato su atención. Acto seguido, Maldonado observó los contenedores de basura, alineados junto a una pared.

—Esto es de locos... —susurró Berlanga, desconcertado por el giro de los acontecimientos y lamentando haber seguido el juego de su excompañero—. No debería haberte hecho caso...

—Ayúdame aquí —indicó Maldonado, tratando de mover un contenedor—. Vamos a bloquear esa puerta.

Sin más, Berlanga agarró el otro extremo del contenedor. Juntos y con esfuerzo, lo desplazaron hacia la entrada.

—Si lo colocamos aquí, será suficiente —afirmó Berlanga.

Pero justo en ese instante, la puerta se abrió bruscamente, desestabilizándolos. Berlanga soltó su extremo y Maldonado no pudo sostener el peso. Sorpresivamente, el matón de la joyería emergió, con una mirada furiosa y el semblante enfurecido. Maldonado intentó sacar su arma, pero el grandullón fue más rápido y lo atrapó por el cuello, estampándolo contra el edificio vecino. Berlanga forcejeaba, tratando de liberarse, pero en vano. Maldonado, desesperado por ayudar a su compañero, pensó en una manera más eficaz de usar su arma. Inesperadamente, giró la pistola y, empleando la culata como un mazo, asestó un golpe en la nuca del agresor. El impacto hizo que el matón se tambaleara, permitiendo a Berlanga soltarse. No obstante, el enfrentamiento no había acabado. El matón, aturdido, intentó agarrar a Maldonado, logrando lanzarlo al suelo con un solo movimiento. La pistola se deslizó, quedando a pocos centímetros del detective. Sin embargo, el grandullón reaccionó primero y propinó un puñetazo a Maldonado, dejándolo momentáneamente desorientado. Cuando Maldonado volvió en sí, escuchó el chasquido del seguro de su propia arma.

«Mierda...», lamentó en silencio, al abrir los ojos y encontrarse entre los dos hombres. Estaba atrapado en medio de un tenso enfrentamiento armado.

—Deja el arma —exigió Berlanga, apuntando desde la salida del centro comercial, su mirada fija en su adversario.

—Si tu colega se mueve, lo mato —amenazó el matón, justo en la salida de la joyería.

El aire se cargó de tensión y Maldonado, sintiéndose como un ciervo atrapado entre dos cazadores, buscó alguna salida que le evitara acabar herido por una bala perdida. La situación era precaria: ambos contendientes parecían dispuestos a disparar.

—Podemos resolver esto dialogando...

—Javier, silencio —le cortó Berlanga, plenamente inmerso en su función policial—. ¿Qué es lo que quieres?

—El anillo. Dámelo.

—No lo tenemos aquí —intervino Maldonado, captando el disgusto en la mirada de su compañero.

—Contaré hasta cinco para que lo entregues, si no... *Ty zakonchen*.

Se produjo un breve intercambio de miradas entre Maldonado y Berlanga. Sin mediar palabra, el inspector trató de transmitir que actuaría antes de que el otro pudiese disparar. No obstante, Maldonado no estaba seguro de que Berlanga pudiese cumplir su promesa. A pesar de ser un excelente tirador, hacía tiempo que no practicaba. Contrariamente a la creencia popular, muchos policías pierden destreza con el arma a medida que ascienden en rango, al tener menos entrenamiento y práctica.

—¡Uno! —vociferó el matón, con el dedo tambaleando sobre el gatillo—. Dame ese anillo.

Maldonado intentó posicionarse sutilmente para esquivar un posible disparo, pero el delincuente aceleró su cuenta.

—¡Dos! ¡Tres! ¡Estás advertido!

—Baja el arma. Todavía puedes evitar problemas mayores.

—El problema lo tenéis vosotros... ¡Cuatro!

Ambos, como dos duelistas en un viejo Oeste moderno, se prepararon para el desenlace. Justo cuando la tensión alcanzaba su cúspide, un ruido desde el edificio contiguo desvió la atención de Maldonado.

—¡Vale, vale! —se apresuró a decir, buscando ganar tiempo—. Te daré el anillo...

Por un instante, el matón pareció confundido, aunque Berlanga no relajó su postura.

—¡Ahora mismo!

—Está bien... —empezó Maldonado, lanzando una mirada esperanzada hacia el edificio cercano.

Antes de que el matón pudiera reaccionar, la punta de un martillo lo golpeó por detrás, provocándole una brusca sacudida. El impacto fue devastador, mucho más que cualquier disparo, dejándolo fuera de combate al instante. El rostro del agresor se giró liberando un esputo teñido

de sangre y su cuerpo cayó al suelo, como un árbol derribado. Detrás, se alzaba el joyero con la nariz enrojecida por un golpe previo, mostrando una mirada de alguien que se atreve a confrontar sus miedos. Durante unos segundos, todos guardaron silencio, preguntándose si el golpe había sido fatal. Maldonado, aprovechando el desconcierto, recuperó su arma y verificó si el hombre aún respiraba.

—Está solo inconsciente —aseguró al revisarle el pulso—, pero se despertará pronto. Será mejor que cierre esa puerta y nosotros desaparezcamos.

Berlanga asintió y se dirigió al joyero.

—Ha oído a mi compañero —le recordó.

—Entendido —respondió el hombre, aliviado de no haber causado mayores daños y retrocediendo hacia el lugar de donde había emergido.

El pasillo que siguieron estaba iluminado y flanqueado por tiendas, con un aroma a palomitas proveniente de algún cine cercano. Parecía como si hubieran cruzado un umbral a otra realidad, dejando atrás los recientes eventos. Sin mediar palabra, ambos se encaminaron a la salida, atrayendo algunas miradas curiosas hacia el rostro amoratado de Maldonado.

—Contactaré con Ladrado para que envíe refuerzos —indicó Berlanga, sacando el móvil de su abrigo—. ¿Estás bien?

El sabueso parecía perdido en sus reflexiones. Aún no había asimilado completamente los últimos acontecimientos. Habían metido la pata y ahora debían enmendarlo. Una vez que se dieron cuenta del engaño del joyero respecto al anillo, su mente solo podía pensar en Marla.

—Debemos encontrarla —afirmó, impidiendo la llamada de Berlanga y deteniéndose justo antes de la salida principal a la calle de Serrano.

El inspector lo miró sorprendido y apartó el móvil.

—Pensé que mentías sobre el anillo...

—Hablo de Marla. No puedo permitir que le hagan daño...

—Demonios... —murmuró Berlanga, percibiendo un movimiento en el exterior. Sin dilación, se alejó de Maldonado y se dirigió a la calle.

—¿Estás oyendo lo que te digo?

—¡Claro que no! —exclamó, empezando a correr—. ¡Mi coche! ¡La grúa se está llevando mi coche!

«Madre mía...», reflexionó para sí el detective, agotado, alzando la mirada al cielo. Caminó a paso ligero siguiendo al inspector, que corría escopetado hacia su coche. Buscó el paquete de

lights en el bolsillo de su chaqueta, con intención de encender uno en cuanto saliera a la calle. Al cruzar el umbral de la puerta, un pitido agudo retumbó en su oído derecho.

«No, otra vez...».

El dolor era más punzante esta vez que en ocasiones anteriores y temió que algún impacto hubiera empeorado su condición. Cerró los ojos, abrumado por el dolor, y se tapó el oído, esperando que el pitido cesara. De repente, al abrir los ojos, vio una ambulancia amarilla deteniéndose frente a él.

«¿Pero qué carajo...?», se cuestionó sin comprender lo que sucedía. Al parpadear, unas manos le sujetaban con delicadeza y un pañuelo impregnado en algún líquido fuerte lo aturdía hasta que sus músculos se entumecieron. Pocos segundos después, todo empezó a dar vueltas, sus pensamientos se nublaron y no tenía claro dónde se encontraba, aunque intuía que lo estaban trasladando.

La ambulancia tomó la primera esquina, sin más, sin llamar la atención y sin dejar rastro del detective. Cuando Berlanga regresó buscándolo, se preguntó dónde diablos se habría metido.

Las náuseas eran tan intensas que cada movimiento del cuello provocaba un espasmo en su cuerpo. Su respiración era entrecortada, como si el aire se negase a entrar por sus fosas nasales. Le costó unos instantes comprender lo que había pasado, si es que podía encontrar una explicación coherente. Poco a poco, y no sin molestias, fue abriendo los ojos como si fuese la primera vez que lo hacía. De inmediato, percibió el olor a naftalina y a ropa antigua, y observó una tenue línea de luz que insinuaba una posibilidad de esperanza en la oscuridad que le rodeaba.

—Te has despertado al fin... —se oyó la voz de la secretaria desde un rincón que parecía ser un almacén.

—¿Marla? ¿Eres tú? —articuló, y pasó un breve silencio antes de recibir respuesta. Escuchó pasos que se desplazaban en la lejanía, desde una parte más baja del lugar. Todo le parecía distante.

—Soy yo. No es un sueño... —confirmó ella cuando el sonido de los pasos se desvaneció—. Vaya, nunca imaginé que un hombre pudiera roncar así...

—Tengo un resfriado, ¿de acuerdo? —replicó intentando incorporarse—. Me pasa cuando estoy muy cansado...

—Ya. Seguro que es la primera vez que te lo dicen.

—¿Qué frío hace aquí, por Dios! ¿Dónde estamos, en una cámara frigorífica?

—No todavía, pero podríamos acabar en una...

—¿A qué te refieres?

De pronto, un estruendo proveniente de algún punto cercano cortó la conversación.

—¿Qué ha sido eso?

—No tengo ni idea, Javier —respondió ella y su voz delataba preocupación, aunque tratase de sonar sosegada—. Me desperté aquí, igual que tú...

—¿Qué ha pasado?

—Estaba en mi casa cuando han llamado al timbre. Y al abrir...

—Puedo imaginarme el final.

—Te dije que no era una buena idea.

—Y yo que no te metieras en esto. Pero supongo que es un poco tarde para tirarnos piedras sobre el tejado, ¿no crees? Será mejor que busquemos la manera de salir de aquí.

—No la hay, Javier. Lo he intentado todo.

—¿Cuándo?

—Mientras tú dormías —puntualizó con un tono de voz cansado, dejando escapar un suspiro cargado de resignación. La desazón en Marla era notable. Javier pensó que tenía que mantenerse firme, porque el desánimo podía propagarse con facilidad. Dio un paso, palpando el espacio oscuro en busca de respuestas. En ese recinto de dimensiones reducidas, solo estaban ellos, algo que le resultaba perturbador.

—¿Has escuchado algo desde que estás aquí?

—A varios hombres hablando en ruso...

—Lo sospechaba —murmuró, al tiempo que intentaba hacerse una idea del lugar en el que se encontraban. Golpeó una pared y notó la resonancia metálica—. ¿Has oído eso?

—¿El qué?

—El sonido. Las paredes son de metal. Podríamos estar en un contenedor de carga —dijo mientras extendía la mano, intentando localizarla—. ¿Dónde estás?

—Aquí —respondió ella desde la dirección opuesta. Entonces, un zumbido de motor se hizo presente—. Ese ruido no me da buena espina... ¿Crees que saldremos de esta?

—No hables así. No vuelvas a decir eso, ¿entendido?

El ruido no era de un vehículo convencional, sino de algo más pesado. Una luz se filtró con más intensidad por una pequeña apertura. Maldonado se acercó intentando vislumbrar el exterior, pero la rendija no le ofrecía un campo de visión claro. Exhaló profundamente, notando el peso de la responsabilidad, del cansancio y de los errores que iba acumulando en las últimas horas, y se cuestionó las intenciones de sus secuestradores.

—Era de esperar, después de lo de Pedro Ramiro.

—Ahora no es el momento, Marla. Hemos de mantener la esperanza... La muerte de Ramiro fue un desgraciado accidente, pero habríamos salido adelante. En realidad, no han sido ellos...

—¿Y lo del despacho?

Javier se llevó la mano a la sien, intentando disipar el dolor de cabeza. Luego se recostó en la pared, buscando descansar, aunque fuera por un momento.

—Buscaban el anillo...

—¿El anillo de Medeiros? ¿Lo tenías tú?

—Está a buen recaudo. Lo han intentado todo, por activa y por pasiva, hasta el punto de meternos aquí. Por fortuna, jamás lo encontrarán. Lo oculté en aquel gato de escayola que tenía en casa.

—¿Cómo lo averiguaron?

—Interceptaron nuestras llamadas. Empecé a sospecharlo desde que Rojo apareció en escena... Luego lo confirmé cuando recibí un mensaje en el contestador de casa. Por eso prendieron fuego a la oficina.

—No me comentaste nada sobre ello...

—No quería exponerte.

—Ya veo. Aunque ya lo has hecho.

—De nada ha servido, pero te digo la verdad. Nunca pretendí meterte en este lío. Ni siquiera tenía intenciones de meterme a mí... Berlanga me convenció, a su manera, como siempre... Cometí el error de confiar en el director del periódico y Rojo supo persuadirme para que le siguiera el juego... Debería haber escuchado a mi instinto desde el principio. Últimamente, cualquiera es capaz de tomarme el pelo.

—A todo esto, ¿dónde está el inspector Rojo?

—Mejor no hablemos de él. Rojo tenía todo planeado desde el inicio y no ha dudado en dejarme en la cuerda floja cuando le ha convenido.

—¿Qué te ha hecho?

—Me ha entregado a la policía. ¿No es suficiente?

—Quizás intentaba protegerte. ¿Has pensado en eso?

En ese momento, cayó en la cuenta de que, de no ser por su detención, habría topado con sus enemigos en su propia casa y, probablemente, no estaría explicándose en ese contenedor.

—Visto así, todo es posible y tal vez tengas razón... Pero ahora, ¿qué más da? Estoy seguro de que hay alguna salida de esta lata de sardinas.

Pero antes de que pudiera seguir buscando, un fuerte impacto sacudió el techo del contenedor.

—¡Oh, mierda! Esto se está moviendo... —exclamó, buscando algo para agarrarse. Sin previo aviso, Marla fue arrastrada hacia él y chocaron. La secretaria se aferró al sabueso y este intentó equilibrar su peso—. ¿Estás bien?

—Sí, perdona.

—Agárrate fuerte a mí.

Supuso que era una grúa la que levantaba el contenedor y, tras elevarlo unos instantes, lo volvió a dejar con un golpe sordo. Intuyó que, si había una segunda vez, el destino final no sería nada alentador. No tuvo que esperar mucho para que la grúa volviera a actuar.

—Vamos a movernos otra vez. Sujétate bien, Marla.

—¿Javier? —le preguntó ella, apegada a él. Era evidente que nunca habían estado tan cerca. A esa proximidad, Javier podía percibir su perfume, tan sutil y evocador como ella misma.

—¿Sí?

—No estaba bromeando antes.

—Oh, venga ya...

—Realmente siento que no saldremos de esta.

—Entonces cambia ese pensamiento. Canta alguna canción o recita una oración, pero sácate esa idea de la cabeza, chica...

—Hay algo que necesitas saber antes de que...

—Odio las despedidas, ya lo sabes —la interrumpió. Pero se calló al sentir cómo Marla agarraba con fuerza su abrigo y se pegaba a él, claramente asustada—. Aguanta, sólo necesitamos un poco más de tiempo.

—Javier...

El contenedor osciló de un lado a otro y por un momento sintieron como si estuvieran suspendidos en el aire. Afortunadamente, la grúa logró estabilizarlos mientras los trasladaba.

—Marla... —dijo Javier con un tono cargado de preocupación. Cuando sus ojos se encontraron en la penumbra, sintió cómo ella se acercaba irremediabilmente a él.

«Vaya...», pensó, sin resistirse a ese impulso compartido. Pero justo antes de que sus labios se tocaran, un brusco movimiento los alejó y ambos cayeron al suelo del contenedor.

—¡Ay! —exclamó ella, tras golpearse contra una de las paredes.

—¡Marla!

Algo se agitaba en el exterior de forma brusca y errática, y no parecía ser solo por la maniobra de la grúa. Sintieron cómo el contenedor se estabilizaba, aunque daba la impresión de estar suspendido en el aire.

—Quédate quieta —le indicó él, que se mantenía en el suelo, sintiendo que el contenedor se inclinaba lentamente.

—¿Hemos tocado la superficie?

—No lo sé... Algo está ocurriendo ahí fuera y no creo que seamos la causa.

El contenedor comenzó a descender pausadamente, pero a ellos les parecía como si se precipitasen al abismo. Al posarse sobre el suelo, el estruendo metálico levantó un alboroto que retumbó en sus oídos. Luego, un silencio sepulcral se adueñó del recinto, aún más denso que antes, roto únicamente por unas pisadas que se aproximaban con paso medurado.

Maldonado sacó su arma, intentando ubicar la salida. Sin embargo, fue el origen de aquellos pasos lo que le indicó dónde podría estar la puerta. La secretaria, buscando refugio, se situó detrás de él, y ambos aguardaron con expectación la llegada de la misteriosa figura.

—Pase lo que pase, mantente detrás de mí, ¿de acuerdo?

—Entendido.

Las pisadas cesaron justo al otro lado de la robusta puerta. Pocos instantes después, el sonido de unas cadenas liberando un cerrojo rompió la tensión.

La puerta se abrió y el pulso del exagente se aceleró. A pesar del cansancio que sentía, mantuvo la firmeza necesaria para apuntar con su arma hacia la entrada. Lo que se escondía detrás era un enigma para ambos. Tras su espalda, sentía la ansiedad de Marla: el leve temblor de sus manos y su aliento agitado golpeando su nuca. Su atención estaba fijada en la puerta, aunque su mente divagaba. Quería asegurarle que todo estaría bien, pero no encontraba las palabras.

Cuando la puerta se abrió, lo que encontraron fue el destello cegador de las luces de una retroexcavadora gigantesca que los iluminaba desde lejos. Entrecerró los ojos y se protegió del deslumbramiento, sin bajar el arma, pero la luminosidad le dificultaba discernir lo que se presentaba ante él.

—¡Deja el arma! No hay peligro aquí fuera... — resonó la voz de Berlanga, acercándose desde la oscuridad—. ¡Estáis a salvo! Nadie quiere haceros daño, Javier.

Al escucharlo, el detective se quedó quieto por un momento, regresando lentamente a la realidad. Poco después, la figura del inspector se hizo visible, emergiendo entre la bruma y los contraluces de los faros de la maquinaria. Marla se precipitó hacia él, envolviéndolo en un abrazo que dejó sorprendido al propio Berlanga.

—Gracias, gracias, gracias, inspector... —murmuró ella con un tono desbordante de alivio.

—Tranquila, todo ha terminado.

—Miguel... ¿Cómo lo has sabido?

Berlanga suspiró profundamente.

—¿Crees que iba a permitir que te metieran en esa ambulancia? No es lo más habitual que un equipo médico pare frente a la joyería...

—Pero...

—Lo sé, y lo siento. Necesitaba saber a dónde te llevaban. De lo contrario, habríamos caído en el mismo error.

—Ya veo... ¿Y si me hubiera pasado algo?

—Confiaba en que no sucediera. Mira, Javier, me gustaría quedarme aquí, pero ahora debemos largarnos.

—Me temo que no vamos a ninguna parte.

—Javier, ahora soy yo el que te necesita.

—¿Tú, pidiéndome ayuda? ¿En serio? —dijo, atónito. Al salir del contenedor, ambos disfrutaron del aire fresco, libre del olor metálico y cerrado del interior. A poca distancia, vieron a uno de los esclavos tumbado, con las manos esposadas y aparentemente sin vida—. ¿Qué narices has hecho?

—Lo necesario. ¿Vas a echarme una mano o no?

—No sé, imagino que sí, Miguel... Dime qué necesitas.

—El inspector Rojo ha retenido a la familia Simancas en su propio hogar, y está a punto de cometer una gran imprudencia, un error imperdonable... —confesó, con semblante avergonzado—. Tenías razón, debí hacerte caso desde el principio, pero ya no hay vuelta atrás y eres el único que puede pararle los pies.

—Te confundes. A ese desquiciado no lo para ni una bala, ni un regimiento completo...

—Te lo suplico... —le dijo, posando una mano sobre su hombro y buscando su mirada—. Necesitamos actuar antes de que envíen efectivos. Si se enteran de que fui yo quien dejó que Rojo llegara hasta aquí, mi carrera y mi reputación habrán terminado para siempre. Ayúdame a salir este pozo.

—Llámallo por teléfono.

—Su línea está inactiva y es probable que haya dejado el móvil en algún lugar para que no lo rastreemos.

—Contacta con los Simancas.

—Te estoy pidiendo que me acompañes. En caso contrario, Ledrado sacará sus propias conclusiones.

La mirada del inspector denotaba la urgencia que sentía. Si la situación hubiera sido menos grave, tal vez no habría recurrido a él, y tampoco lo habría librado de la muerte, pensó. Pero allí estaba Berlanga, su compañero, pidiéndole un favor tras haberle salvado el pellejo en más de una ocasión. Y como colofón, rechazar esa petición equivaldría a darle la gloria al inspector Ledrado, permitiendo que se atribuyera todo el mérito. Maldonado era consciente de lo complicado que resultaba tratar con Rojo y persuadirlo para que desistiera de sus intenciones. El alicantino estaba obcecado con ese asunto y eso lo convertía en un peligro serio. Sin embargo, pese a que la diplomacia no era su fuerte, el detective se dijo que debería dar lo mejor de sí para frenar al inspector, por el bien de todos... y quizás, por el futuro de toda la ciudad.

Berlanga conducía mientras Maldonado lo respaldaba desde el asiento del copiloto. Dada la urgencia de la situación, Marla viajaba en la parte trasera del coche del inspector. Aunque la secretaria parecía lista para la aventura, Maldonado no podía evitar maldecir interiormente al inspector alicantino. Saliendo del polígono industrial, se incorporaron al cinturón metropolitano, poniendo rumbo a la mansión de los Simancas. A pesar de ser noche cerrada, el tráfico resultaba intenso, pero más fluido que a plena luz del día. El inspector Berlanga, inmerso en sus pensamientos, no despegaba los ojos de la carretera. Estaba decidido a poner fin al calvario en el que se habían sumergido. Pero antes, había varios asuntos pendientes. Por un lado se encontraban el expresidente y su familia. El sabueso sabía que un político de su calibre no se mostraría vulnerable fácilmente. Tal vez, la presencia amenazante de Rojo le hiciera reconsiderar, pero la prioridad era evitar un desenlace trágico y manchado de sangre. Sin pruebas contundentes, Simancas podría complicarles más las cosas. Por otro lado, estaba claro que Rojo no claudicaría, ni por las buenas ni por las malas. Su comportamiento errático, a menudo disfrazado de serenidad, no haría sino endurecer su postura hasta que el político admitiera su implicación en el crimen de esa muchacha. Y, a pesar de la maraña en la que estaban inmersos, todavía no habían descubierto quién había disparado a Cristina Velarde. El detective se preguntó si Rojo esperaba que fuera Simancas quien se lo confesara, ¿pero a qué coste? No habían considerado las implicaciones que su decisión podría suponer, no solo para el político, sino para toda su familia. Además, Maldonado estaba casi seguro de que la señora Sierra tenía relación con el crimen, y que aquel anillo que Medeiros había guardado celosamente tenía un significado que trascendía su valor material.

«Para atraparte, tienen que conocerte bien», recordó, parafraseando lo que Pedro Ramiro había dicho antes de su muerte.

De repente, una epifanía lo golpeó.

—¡Carajo! Ha tenido que ser ella...

Tras un rato conduciendo, se plantaron en la urbanización exclusiva donde se encontraba la mansión del expresidente. Al aproximarse, Berlanga percibió que algo no iba bien en la garita de seguridad.

—Está vacía... —murmuró, intuyendo lo que podría haber pasado—. Maldita sea, Rojo... Mejor seguimos a pie. Y tú, Marla, te quedas aquí.

—¿Qué? ¡De eso nada! Oye, no he jugado con fuego para quedarme ahora fuera de esto.

Berlanga lanzó una mirada inquisitiva a Maldonado, buscando su opinión.

—La chica tiene razón —afirmó el detective—. Ya es una más del grupo.

—¿Me lo dices en serio? —Berlanga se encontró con la firme afirmación de Maldonado—. Como quieras. Pero si pasa algo, no me culpes. Es tu responsabilidad.

—Puedo cuidarme sola, inspector... —replicó Marla con cierta ironía.

—No te lo tomes como alego personal, chica... —le advirtió el detective mientras salía del coche y encendía un cigarrillo. Acto seguido, se dirigió a la garita, donde descubrió a un guardia de seguridad inconsciente, amordazado y atado. Había una pequeña mancha de sangre junto a su cabeza, pero no parecía de gravedad. Se agachó para comprobar su pulso y confirmó que solo estaba fuera de combate.

—Si esto se complica, quiero que te alejes.

—Como tú digas, jefe.

—Perfecto —dijo Maldonado, soltando una bocanada de humo y observando cómo Berlanga avanzaba hacia la entrada de la mansión—. Porque te prometo que esto se va a poner muy feo.

El inspector Rojo había despejado el acceso a la residencia donde Simancas vivía con su familia. Al llegar al muro que rodeaba la vivienda, Berlanga no dudó y lo saltó, dejando asombrados a los dos que lo acompañaban.

—Vaya, aún le queda agilidad —comentó el detective al ver a su amigo penetrar en la propiedad—. Lamentablemente, no puedo decir lo mismo de mí.

Se acercó al muro y calculó la altura, consciente de que llamaría demasiado la atención si Marla no le echaba una mano para escalarlo.

—Javier...

—Échame una mano y luego te ayudaré a subir.

—Javier...

—¿Qué pasa ahora?

Al girarse, vio a la chica empujando una puerta que Rojo había dejado entreabierta.

—Ah, mucho más práctico —dijo.

—¡Madre mía...! —exclamó Marla.

—¿Qué sucede?

Tras la puerta, bajo las sombras, yacían los cuerpos de los dos matones tatuados que habían incendiado su oficina. Se acercó para observar y reconoció los tatuajes. No sabía si habrían corrido la misma suerte que el guardia, pero algo le decía que no y optó por no tocarlos. Mientras tanto, Berlanga los esperaba al otro lado de la piscina ovalada del jardín. Maldonado echó un ojo a la casa y se fijó en la gran ventana del salón. Todo estaba oscuro, salvo una tenue luz que venía del otro extremo. Intuía que estaban allí, pero debían moverse con discreción, si no querían darles la ventaja. Sigilosamente, se reunieron con el policía, que se encontraba escondido junto a un muro de piedra. De repente, se oyeron ladridos distantes.

—¿Crees que espera a más gente? —preguntó Berlanga.

—Me sorprende que Simancas, teniendo una casa así, no tenga perros —respondió Maldonado.

—Escuchad eso... —intervino Marla, señalando hacia la penumbra desde donde surgían sonoros ronquidos—. Vienen de ahí.

Ambos sacaron sus armas y se aproximaron con cautela. Entonces distinguieron la silueta de dos mastines, dormidos plácidamente sobre el césped.

—No parece que vayan a despertar —comentó Berlanga.

—¿Has oído cómo roncan? Es surrealista. No creo que nos noten —respondió Maldonado. Marla carraspeó.

—¿Algo que añadir? —le preguntó el detective.

—Nada en absoluto. —Marla esbozó una sonrisa y los tres pasaron de los animales y bordearon la vivienda. A medida que avanzaban hacia la parte trasera, la luz se intensificaba. Allí distinguieron la figura del inspector, dirigiéndose a alguien, con su arma en mano. Cada paso desvelaba más detalles del escenario. Simancas se encontraba en un sofá, bajo la amenaza de la pistola, pero no había señales de su familia.

—Diablos, Rojo... —suspiró Maldonado al ver la situación. El alicantino había cruzado líneas que amenazaban su seguridad y su carrera. Desafortunadamente, había dejado que las cosas se fueran de las manos.

—Tenemos que intervenir antes de que cometa una locura.

—No lo matará, solo busca una confesión.

—¿Y si no la obtiene?

—Confía en que lo hará.

—¿Y cómo la conseguirá, exactamente?

—Es mejor que no lo sepas. —Maldonado se deslizó sigilosamente hacia una ventana que daba a una espaciosa cocina americana, que a su vez se conectaba con un salón-comedor más

pequeño. Rojo le daba la espalda y no lo veía, pero Simancas sí notó su presencia y no pudo ocultar su gesto de sorpresa. En un movimiento rápido, Rojo cambió ligeramente su posición y fijó su mirada en el detective. Su reacción no fue la que el sabueso esperaba, pues había creído que Rojo lo consideraba un aliado hasta ese mismo momento.

Pero este entendió que Maldonado no estaba allí para detenerlo, al menos no de la forma convencional.

—¡No interfieras, detective!

—Inspector, necesitas escuchar algo.

De repente, Berlanga, incapaz de contenerse, intervino, complicando aún más la situación. El político reconoció al inspector madrileño y empezó a comprender el entramado.

—Usted...

—Estás fastidiándolo todo, Berlanga. Tengo su declaración. Admitió que mató a Medeiros.

—No he dicho eso —replicó el otro, con las manos en alto desde su asiento—. ¡Inspector, deténgalo ya!

Maldonado miró a Marla, que observaba desde el umbral de la puerta, y se aproximó.

—Asegúrate de que no hay nadie más en la casa —le ordenó antes de regresar al conflicto.

—Rojo, te has pasado de la raya.

—No me marcharé hasta que este sinvergüenza admita que asesinó a Cristina Velarde.

—¡No la maté! ¡Ya te lo dije! Te he contado todo lo que querías. ¡No me hagas daño, por favor!

—Si mientes otra vez, tu pared parecerá un cuadro de Jackson Pollock.

Maldonado se preguntó quién sería ese pintor, pero la amenaza quedó clara al fijarse en la pistola apuntando a la sien del político.

—Te lo juro... No fui yo... ¿Por qué iba a querer hacerle daño?

—Colabora, Simancas. Sabemos de tus tratos con Starenkov y tus andanzas con El Lagarto. Di la verdad y tu vida no correrá peligro.

—¿Verdad? Ya te lo estoy diciendo. Vi morir a esa mujer delante de mí. ¿Piensas que no he revivido ese momento año tras año? ¿Crees que no me atormenta no haber hecho nada? Pero uno tiene que proteger a los suyos, a su familia... Por Dios, inspector, actúe... ¿Para qué ha venido, si no?

Berlanga desvió la mirada, buscando una salida, pero lo cierto es que estaba tan atrapado como todos.

—No me sorprendería que lo hayas lamentado —intervino Maldonado—, mientras Medeiros se pudría en prisión. Apostaría a que para ti fue más llevadero.

—No tenéis ni idea... Cristina era una excelente asistente, pero metió las narices donde no debía...

—¿Sabías que había trabajado como escort de lujo?

—Claro que sí, pero todos arrastramos un pasado. Nunca la juzgué por ello... Yo la contraté para que dejara ese ambiente, le di un empleo decente como asistente, pero dicen que es difícil dejar atrás de dónde vienes...

—¿A qué te refieres con eso?

—Se entrometió en asuntos peligrosos y se interesó demasiado por el dinero. Una mañana, Medeiros se presentó en mi oficina y ahí se cruzaron sus caminos.

—¿Mantenían una relación? —indagó el detective.

Simancas volteó los ojos, evadiendo un poco la pregunta.

—Nada serio, una aventura.

—No me refiero a vosotros, sino entre ellos.

El rostro de Simancas se oscureció al abordar ese tema.

—Sí, y yo le advertí sobre ese tipo y sobre la calaña con la que se juntaba. Le dije que sólo traería problemas, y vaya si los trajo...

—¿Quién mató a Cristina?

—¡Fue él! ¡Él lo hizo! —exclamó, con los ojos desencajados y el rostro encendido. Estaba al borde del colapso—. ¡Lo juro por mis hijos que fue él!

—Te dije que no me mintieras y lo has hecho. —Rojo se acercó y le apuntó directamente entre los ojos, incrementando la tensión en el ambiente. Berlanga se dispuso a intervenir, pero Maldonado le pidió con un gesto que esperara, asumiendo el riesgo de que todo se descontrolara—. La policía encontró otra bala en el cuerpo de Cristina, disparada por un arma distinta...

—Os aseguro que solo hubo un disparo, lo vi con mis propios ojos —afirmó Simancas, con la mirada baja—. Por favor, creedme... Tengo una familia, os suplico que no me hagáis daño. Admito mi culpa en todo lo demás, pero yo no acabé con Cristina, ni apreté el gatillo... Fue Medeiros y fue por mi culpa...

—Así que fue usted quien mandó acabar con él —intervino Berlanga.

Al oír esto, el político alzó la mirada y fijó sus ojos en el inspector.

—Jamás di tal orden. Desde que ingresó en prisión, no supe más de él, pero cada criminal tiene sus propios enemigos.

—¿Y Pedro Ramiro? ¿También fueron enemistades suyas?

—¿Por qué iba a perder el tiempo con ese hombre? Lo único que ha hecho es darme notoriedad... Ramiro nunca superó ni aceptó que mi mujer le dejara tras tantos años juntos. Pero así es la vida, unos salen ganando y otros se quedan en el resentimiento...

Marla se acercó a Berlanga desde el otro extremo del salón.

—Los niños duermen en su habitación, pero de la esposa no hay señal —le susurró a Berlanga y este asintió discretamente.

Maldonado dedujo, en medio de su desesperación, que Simancas mentía o había sido la esposa de este quien efectuó el segundo disparo, en un momento en que nadie la observaba. Medeiros, siendo el delincuente que era, se llevó ese secreto consigo.

—¿Dónde está su mujer?

—Aún no ha vuelto, pero debería estar al caer... Hace ya un rato que salió a hacer deporte.

—¿Un domingo? Qué curioso...

—¿Qué es lo que quieren? Pida, inspector, y lo tendrá —dijo, desesperado, poniendo a prueba la ética de Berlanga. Este miró al resto y respiró hondo, buscando una solución al entuerto en el que se habían metido. En cuestión de segundos, si el político cambiaba de opinión o notaba sus puntos débiles, la situación se podía poner en su contra—. Dígame qué es lo que quieren y todos pasaremos página...

Maldonado notó cómo Berlanga miraba de lado a Rojo. El alicantino, sin que nadie lo esperara, se acercó más a Simancas y le colocó el cañón en la boca.

—¿Qué hace? ¿Está loco? ¡Haga algo, inspector!

—Dices que no mataste a Cristina...

—No lo hice...

—Pero forzaste a Medeiros a que lo hiciera... —le dijo y notó un ligero gesto de tensión en el rostro del político. Acto seguido, levantó el seguro del arma—. Quiero que reconozcas delante de ellos que Starenkov trabajaba para ti, que hiciste negocios con El Lagarto y que le ordenaste a Medeiros que disparara a Cristina Velarde...

Simancas suspiró, dispuesto a ceder.

—Jamás encontraréis pruebas de ello.

—Hazlo.

El político dio otro suspiro, esta vez ya cansado de la situación.

—Está bien, joder... ¿Contento? Eso no sirve de nada.

—Eso ya lo veremos.

En ese momento, Rojo sacó el teléfono móvil del bolsillo y detuvo la grabación. Después, le propinó un duro golpe en la cara, empleando la culata del arma.

—¡Mierda, Rojo! —exclamó Berlanga, cuando todos advirtieron el resplandor de las luces del coche de la policía. Tan pronto como quisieron darse cuenta, el inspector había desaparecido de la vivienda.

La detención de Simancas los cogió desprevenidos, aunque a Berlanga no le sorprendió que Ladrado hiciera acto de presencia. Afortunadamente, Rojo tuvo tiempo para desaparecer antes de que el inspector madrileño comprendiera lo que había sucedido. El expresidente estaba acorralado y consciente de que no podía refutar sus propias declaraciones. Al fin y al cabo, había confesado y parte de ese testimonio también estaba en poder del inspector alicantino, aunque desconocían qué haría con ella. Y aunque tal confesión no fuera admisible en un tribunal, la policía ya contaba con suficientes indicios para avanzar en la investigación y recabar las pruebas que lo implicaran en la muerte de Medeiros. Simancas se había convertido en un cadáver político justo unas semanas antes de las elecciones.

Tras la intervención policial abandonaron el lugar, sin tener claro el paradero de Rojo, pero no era algo que les preocupara demasiado, ya que empezaban a estar acostumbrados con sus desapariciones repentinas. Pese a todo, había un ligero sentimiento amargo en el ambiente, al menos, así le parecía al detective, que sentía haber sido manipulado todo el tiempo por los deseos del inspector de Alicante. Una huella que los otros dos podían percibir en él.

Sin ánimos de tocar el tema, Berlanga propuso llevarlos a casa. Todos se sintieron aliviados, como si hubieran dejado atrás una pesada carga. Sin embargo, a Maldonado le inquietaba cierto aspecto del caso. A pesar de la forzada confesión de Simancas y de que hubiera reconocido la orden que dio para disparar a Cristina Velarde, la pistola del segundo disparo seguía sin aparecer. Sumido en sus pensamientos y apoyando el brazo en la ventanilla del coche, el detective se preguntó si podía tratarse de u. En ese enredo, cualquier fallo, un desliz en la documentación o un simple despiste, podría haber sido el desencadenante del alboroto inútil causado por Rojo. Lo que tenía claro y lo que le permitiría dormir tranquilo era que habían atrapado al asesino de Cristina Velarde y que pronto su familia encontraría la paz que buscaba durante años.

La noche había caído y la bajada de Bravo Murillo lucía apacible en aquel agitado domingo. Pero los tres sabían que, en unas horas, la actividad regresaría a esas calles con el nuevo día. Berlanga llevó a Marla hasta Cuatro Caminos y la dejó en su portal. Se despidieron con un

«hasta luego» y esperaron a que entrara al edificio. Luego, propuso llevar a Maldonado hasta su domicilio.

—Te lo agradezco, pero puedo coger un taxi —respondió, aludiendo a la proximidad de su vivienda y a la avanzada hora—. No quiero que te toque un viaje de vuelta tan largo y solitario.

—Conducir con las calles vacías es un placer que pocos conocen —comentó, disfrutando de la libertad de moverse entre carriles a su antojo. El sutil ronroneo del motor era la única melodía que los envolvía, y a Berlanga le sorprendió el prolongado silencio de Maldonado. Le lanzó una mirada fugaz—. ¿Te encuentras bien? Te noto agotado.

—Como siempre.

—No pareces muy satisfecho tras el logro. Sé que no era lo que esperabas...

—No me gusta correr riesgos innecesarios.

—A nadie, Javier.

—Te la jugaste demasiado, Miguel. Podría haber salido muy mal...

—Eso es algo que nunca sabremos. En situaciones límite solo existe el aquí y el ahora.

—Pareces hablar desde la experiencia de un soldado.

—Casi... —Ambos soltaron una risa y Maldonado suspiró profundamente—. ¿Qué te preocupa?

—Que me hayas utilizado igual que Rojo.

—Eso no es del todo así. Te dije que te mantuvieras al margen. A veces no sé cómo convencerte...

—¿Para qué?

—Para que no hagas el ridículo. Eres mi amigo, pero no eres policía, ni volverás a serlo. Me preocupa que te conviertas en un bufón, en una caricatura. Si tan sólo ordenaras tu vida...

Las palabras provocaron un tenso malestar que incitaron al detective a bajar del coche, pero Berlanga bloqueó el cierre de la puerta.

—Ya veo. Vaya... Por fin sale lo que piensas de mí —le dijo con desdén—. No importa. Lo entiendo. Cada uno mira por lo suyo. Al final, es una cuestión de tiempo.

—Escúchame un minuto. No quería decir eso...

—Déjate de monsergas para limpiarte la conciencia y reconoce que he hecho el trabajo sucio. No te pido nada más.

—Javier...

—Es igual.

El inspector lo observó intrigado. A pesar de su aparente molestia, parecía estar preocupado por otro asunto. Tras unos segundos silenciosos, no pudo evitar la pregunta:

—¿Qué es lo que te ronda en la cabeza...?

—La mujer...

—Olvídala... Cuando llegue al domicilio, se enterará de quién es su marido. En realidad, se ha librado de un lamentable espectáculo.

—No es eso. Es que... Rojo estaba convencido de que había un segundo disparo con otra arma.

—Hoy has escuchado a Simancas. Él fue quien dio la orden y Medeiros fue quien efectuó el disparo y pagó el precio... Honestamente, no me creo las palabras de ese hombre. Es un político y está acostumbrado a la mentira y a la falsedad. Averiguaremos si lo que ha contado es cierto, pero estoy seguro de que no iba a dejar que esa chica arruinara su futuro.

Maldonado se tocó la sien, reflexionando.

—Ella tenía información, algo más profundo relacionado con ese anillo... Por eso Medeiros lo guardó en secreto. Sabía que, si hablaba en prisión, no viviría para contarlo. Pero una vez libre, y con El Lagarto en Francia, buscaría cómo protegerse.

—El Lagarto fue asesinado en la cárcel, no lo olvides. Los tentáculos del político no llegan tan lejos.

—Un detalle que Medeiros no conocía —puntualizó—. Simancas eliminó a su compañera para protegerse. Ahora, el ladrón quería venganza.

—Entiendo, Javier. Quizá haya llegado la hora de tomar un descanso.

Maldonado soltó un suspiro cansado.

—Bueno, aquí acaba mi papel. Con Simancas y la banda de Starenkov fuera de juego, mi faena está hecha.

—Correcto. Lo mejor será que te mantengas al margen hasta que todo esté claro y el juez nos autorice... Yo haré lo mismo hasta que las aguas se calmen... Los letrados de Simancas buscarán cualquier fallo y, créeme, lo aprovecharán.

—Ya... Supongo que unas vacaciones no me vendrían nada mal.

El vehículo serpenteó por el túnel que enlazaba la zona alta de Argüelles con el descenso hacia la calle Arriaza, para después tomar la de Ilustración. La Taberna del Príncipe lucía sus contraventanas cerradas, presagiando el final de un breve descanso. Maldonado dirigió la vista hacia el oscuro portal y asintió a Berlanga con una palmada de agradecimiento en el hombro.

—Descansa —musitó Berlanga.

—Buenas noches.

Maldonado descendió del coche, rebuscó las llaves y entró en el portal. El aire traía un aroma dulzón que no pudo identificar, por lo que supuso que procedería del contenedor vecinal de la basura. Al otro lado, el coche de Berlanga permaneció inmóvil unos segundos antes de arrancar y perderse por el Paseo del Rey. El cansancio pesaba sobre el detective, adormeciéndolo y avivando el anhelo de abrazar su almohada. Optó por el ascensor, pese a residir en un segundo, y al llegar a su puerta, vaciló buscando la cerradura, con el pensamiento fugaz de un último

whisky. Al girar la llave, notó que el cerrojo solo había dado una vuelta, extrañándolo, pues solía dar dos. Atribuyó el descuido a su agotamiento y prisa. Empujó la puerta y el caos reinante en la vivienda evidenciaba el paso desastroso de los rusos. Sin embargo, había algo más inquietante.

Al acceder al apartamento, cerró tras de sí en un gesto mecánico, hasta que percibió una figura en la penumbra. Sus ojos se dilataron en un estado de alarma. Quiso alcanzar su pistola, pero fue demasiado lento. Una hoja afilada se hundió en su costado, forzándolo a retroceder hasta chocar con la puerta y desplomarse.

—Oh, mierda... Lo sabía.

El punzante dolor de la puñalada le hizo tardar varios instantes en asimilar lo ocurrido. Se desplomó en el suelo, dolorido y sin esperanzas de salir con vida de aquella encerrona. Afortunadamente, la cuchilla no había perforado sus órganos internos, ni el estómago, aunque la herida era lo suficientemente profunda para derribarlo. Al levantar la vista, la identificó al instante: ojos desorbitados y semblante tenso. Laura Sierra, esposa de Simancas, vestía un chándal negro y lucía una coleta, lo que la hacía parecer más joven, un detalle que sin duda la favorecía en aquel contexto. Su belleza era equiparable a la maldad que escondía tras la brillante mirada. La mujer empuñaba con firmeza uno de los cuchillos de cocina del detective y lo observaba como un felino a su presa herida, temerosa de un último zarpazo.

—Sabía que regresaría...

—¿Dónde está el anillo?

—Si me desangro, jamás lo descubriré —respondió Maldonado, y esa afirmación la inquietó. Por un fugaz momento, pareció preocupada de que él pudiera morir llevándose el secreto consigo —. Debo admitir que su plan no es precisamente el más brillante. Es impulsiva, emotiva y poco hábil...

—Deja las palabrerías y dime dónde lo guardas. Si cooperas, quizá salgas vivo de esta.

El sabueso intentaba detener la hemorragia con su mano, pero no tuvo éxito en su intento. Sintió cómo su cuerpo empezaba a enfriarse y un sudor frío le recorría la piel. Dio un vistazo rápido a la habitación e intentó localizar el teléfono fijo, que se encontraba demasiado lejos de él y sepultado bajo los montones de libros que los rusos habían tirado de la estantería. Después miró a la cocina, en busca de algo con lo que defenderse, pero el acceso era imposible. Por último, pensó en entretenerla hasta que pudiera arrinconarla en algún lugar. Para él, el primer paso era desarmarla. Después, lograría salir de la habitación y pedir ayuda.

—¿Pensaba que no lo notaría?

—No sé a qué te refieres.

—A pesar de todo, reconozco que fui demasiado confiado... —dijo con voz entrecortada, dejando entrever una sonrisa forzada. En su mente, visualizó el encendido de un light y cómo disfrutaría de un buen trago en ese momento—. Qué ingenuo era, al pensar que actuaba por amor. Pero no fue así...

—¡Dame el anillo o te mataré! ¡Hablo muy en serio!

—¿Cuántas veces ha fingido ser una mujer florero, para aprovecharse de la situación?

—¡Basta ya, te detesto!

—No puede odiar... porque nunca supo lo que es el amor. Qué necio he sido... Pensé que usted amaba a Pedro Ramiro, pero estaba muy equivocado... Usted fue quien lo asesinó. Conocía su alergia, su secreto, ¿verdad? Él se lo confesó porque ustedes dos se conocían muy bien...

El tono de Maldonado aumentaba la tensión en la mujer de Simancas. A través de su mirada, con los ojos entrecerrados y una sonrisa forzada, se notaba cierto remordimiento por haberle herido con el cuchillo. Laura Sierra, caprichosa por naturaleza, estaba acostumbrada a lograr lo que quería, sin reflexionar en las consecuencias. Con el paso del tiempo, ese carácter impulsivo se había convertido en una inquietud constante.

—No voy a repetírtelo... Dime dónde está el anillo y llamaré a una ambulancia. De lo contrario, esperaré a que te mueras delante de mí.

—Ahora sé por qué la mató... Disparó a Cristina Velarde porque encontró el anillo que Pedro Ramiro le había regalado... Él siempre estuvo enamorado de usted, desde antes de que saliera con su esposo, pero usted lo utilizó como a un pañuelo hasta que se cansó de él... y esa infidelidad era el arma que Ramiro podía usar para arruinar su relación... y la carrera de su marido. —A medida que Maldonado exponía los hechos, Laura retrocedía, tensando la mandíbula, sin soltar el cuchillo. Aprovechando su desconcierto, el detective buscó con disimulo su arma en la parte trasera del pantalón—. Pero lo que jamás imaginó fue que dispararía esa noche a Cristina Velarde, ¿cierto? Reconozca que nunca le gustó, y menos aún, cuando descubrió que Medeiros la usaba para espiar a su esposo... Él le fue infiel con Cristina, pero eso le era indiferente... Solo le importaban el dinero, la posición social y su familia. Por eso, la noche que intentaron robar en su casa, su marido disparó a la asistenta y pactó con el ladrón a cambio de su silencio... Usted lo vio todo, pero jamás se lo recriminó.

—No... ¡Cállate! ¡Y dame el anillo!

—Más bien, antes de que llegara la policía, escondió el cuerpo en la parte trasera, temiendo que no creyeran su versión... y remató a Cristina Velarde en el jardín, para asegurarse de su silencio... De ese modo, su marido estaría en deuda con usted para siempre.

—Esa mujer quería acabar conmigo, con mi relación matrimonial y eso me habría separado de mis hijos...

—No lo dudo, pero se adelantó a ella. Y su marido se encargó de manipular las pruebas más

tarde... Sin embargo, alguien reveló el informe balístico que no debía ver la luz.

—Ese informe fue un error.

—Está reconociendo abiertamente que así sucedió...

—Lo hice por mi familia. Cualquier mujer, en su sano juicio, hubiese hecho lo mismo por sus hijos. No hay nada más fuerte y capaz de superar cualquier obstáculo que la familia, ¿sabe?

—Si usted lo dice... Pero, dígame algo... antes de que me desmaye por completo... ¿También ordenó la muerte del ladrón?

—Me estoy hartando de ti...

—No, déjeme adivinar... —respondió, cada vez con más dificultad—. Actuó porque Medeiros la chantajeó con el anillo... y pensó que su amante estaba detrás... Si el ladrón hubiera revelado la verdad, habría perdido todo lo que tiene...

—¡Basta ya! ¡No permitiré que me arrastres contigo!

Maldonado tosió, notando el sabor metálico de su propia sangre.

En ese instante, la puerta se abrió de golpe. Laura Sierra, al identificar la silueta, no dudó y alzó el cuchillo, dispuesta a repetir su violenta acción. Pero un estruendo en la entrada la hizo caer hacia atrás, desplomándose en el sofá. Maldonado, con la visión borrosa, creyó ver a algún miembro de la mafia rusa, pero pronto reconoció la gabardina beige de su amigo, el inspector Berlanga.

El inesperado giro de los eventos sacudió la campaña electoral, pero para Maldonado eso quedaba en segundo plano. La reactivación del caso sobre el fallecimiento de Cristina Velarde cobró relevancia nacional, sobre todo, después de que Maldonado le entregara la dichosa sortija a Berlanga, la prueba que ponía la investigación de vuelta y media. Los medios se centraron de nuevo en la supuesta inocencia de Medeiros, criticando la labor policial, las falencias del primer proceso investigativo y sugiriendo la existencia de posibles agendas ocultas. Además, la muerte de Pedro Ramiro continuó siendo noticia. El periódico madrileño enfrentó una crisis de liderazgo, resuelta pronto con el nombramiento de un nuevo director. No obstante, el origen de su fallecimiento, ya fuera accidental o intencionado, permanecería en el misterio. El detective optó por dejar atrás ese asunto, en vez de seguir hurgando en una situación turbia y sin recompensa.

—A rey muerto... —comentó, hojeando el periódico, inmerso en sus pensamientos, pese al bullicio de la cafetera y el tintineo de tazas en la Taberna del Príncipe. Después de todo, sentía que por fin podía relajarse o al menos intentarlo, en cuanto ese inspector se marchase—. Dime qué te debo, anda.

Dejó unas monedas en la barra y echó un último vistazo a las noticias del día, sin prestarles demasiada atención, excepto a los rumores sobre el último fichaje del Atlético de Madrid.

—Cuántas tonterías hay que leer... —masculló mientras pasaba las hojas, hasta que llegó a la sección del horóscopo. No pudo resistir la tentación de leerlo, rememorando unas palabras de Ramiro:

«Hay una suerte que uno se forja y otra que nos arrastra como una potente corriente. En la vida, lo crucial es saber nadar».

Y reflexionó sobre la ironía de que, según sus propias palabras, Pedro Ramiro se hubiera «ahogado» en un simple vaso de caldo.

Salió del local y se dirigió hacia la Plaza de España. Era un día luminoso, con una mañana fresca, y se había tomado el día libre por motivos de fuerza mayor. Mientras no recibiera el

desembozo del seguro, no podría empezar las obras en su oficina, así que mejor no agobiarse demasiado por ello.

Ascendió por la cuesta de San Vicente, cruzó junto a la estatua de Cervantes y alcanzó el cruce con la calle de Leganitos. A pesar de transitar frecuentemente por allí, la sensación no variaba: un peculiar deje de nostalgia lo envolvía. A esas horas, el Chinatown del centro de Madrid se hallaba tranquilo; quizás era temprano para el bullicio habitual. Prosiguió con calma, observando los negocios, en su mayoría asiáticos, recordando tiempos en los que esos lugares le pasaban inadvertidos. El remolino de recuerdos lo transportó a su relación con Berlanga, sus días de policía y también a los eventos recientes. Aunque intentaba minimizarlos, las palabras de Berlanga retumbaban en su mente, como el tintineo de un cencerro en un ternero. Sintió que su amigo había sido sincero y no le guardaba rencor. Creía que hubiera actuado igual, aunque en realidad no sabía cuál hubiera sido su reacción. Ese caso había removido antiguas heridas mal cerradas. Quizás la intervención de Rojo, metiéndolo en una situación límite, le devolvió esa adrenalina de tiempos pasados. Había olvidado que ya no estaba en ese mundo y que, en cierto punto, tenía que ceder el control. En su subconsciente, el alicantino representaba su lado más impulsivo, pero no era más que una proyección mental. Después de todo, Rojo era un hombre muy inquieto y atormentado por su visión del mundo y sus demonios personales. Afortunadamente, Javier Maldonado ya era pasado, al igual que todas esas personas que había encontrado, vivas o no, y que ahora yacían en los informes de un archivo policial.

«El papel se ha comido al hombre», caviló, pensando que era el momento de dejar atrás esa máscara que había construido tanto dentro como fuera del cuerpo policial, una que anhelaba constantemente el reconocimiento. Era la hora de avanzar, de distanciarse de la mirada pública y entender que tenía toda una vida por delante, en lugar de vivir anclado al pasado.

Al aproximarse a la entrada de la comisaría del Centro, notó a varios periodistas que trataban de obtener declaraciones de los agentes apostados allí. La aglomeración de reporteros era un buen indicativo de la tensión del momento, señalándole que quizás no era el momento idóneo para hacer acto de presencia. Cruzó a la otra acera y siguió su camino discretamente, evitando mirar hacia la entrada, con intención de llegar a la plaza de Santo Domingo y dirigirse hacia Cibeles. Sin embargo, de reojo, percibió un coche que parecía seguirle.

—¿Dando un paseo? —inquirió el conductor y Maldonado reconoció inmediatamente a Berlanga.

—Algo así —respondió, manteniendo cierta reserva—. Ha salido el sol y se puede ver el cielo. Es un buen día para pasear.

—Creí que no soportabas esta zona.

—Tienes razón, sigue oliendo igual de mal y sin ser de mi agrado, pero quería evitar la Gran Vía.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, creo... —contestó, luego guardó un momento de silencio antes de añadir—. ¿Y tú? He visto los periódicos.

—Tirando. ¿Nos tomamos un café?

—Te agradezco la oferta, pero tengo compromisos esta mañana. Y tú parece tener trabajo acumulado...

—No tardaré mucho. Puedo hacer una pausa con un amigo, ¿no? —dijo Berlanga, con un tono más calmado. Lo miró fijamente y supo que no podía rechazarlo.

—Está bien. Un café no cambiará el curso de las cosas.

41

Como el detective sospechó, el bar Padrao era el único escenario posible para su encuentro. Se trataba de uno de los escasos rincones donde sentía la seguridad de que nadie interceptaría sus palabras. En el trayecto desde la comisaría al bar, Berlanga había optado por comentar trivialidades y noticias sin importancia del día, intercalando pausas largas e incómodas. Maldonado percibió su empeño por mantener una atmósfera amigable, pero no lograba advertir si era simple cortesía o un reflejo de su conflicto interno.

El Padrao, a esa hora, todavía respiraba calma. No obstante, no tardaría en verse invadido por agentes y trabajadores de los comercios cercanos. Se acomodaron en el extremo de la barra y pidieron dos cafés.

—¿Cómo va lo del despacho?

—Aún pendiente, pero espero resolverlo pronto.

—¿Y qué me cuentas de Marla? —preguntó, clavando la mirada en él, como si tras esas palabras se ocultara un significado profundo.

—Precisamente, eso me preguntaba ahora mismo. ¿Qué buscamos aquí, Miguel?

El detective evidenciaba su impaciencia. No le importaba compartir tiempo con el inspector, pero intuía que ese no era el contexto ideal y que había un interés oculto en la cita.

—Creo que simplemente dos amigos disfrutando de un café, al estilo de los buenos y viejos tiempos.

—¿Volvemos con lo de siempre? Rememorar el pasado. Un poco tarde para ello, ¿no crees? Estamos ya mayores para eso...

—Lamento mis palabras, Javier. Fui injustamente duro contigo.

—No lo lamentes —interrumpió antes de que prosiguiera—. Alguien tenía que decirlo.

—Pero no así. Hay maneras y maneras.

—¿Qué importa cómo lo digas, si realmente lo piensas? La sinceridad no requiere artificios entre amigos. Al final, solo cuenta la verdad.

En otro momento, la franqueza del inspector habría desatado en él un torbellino de emociones, lastimando su orgullo. Aunque la herida persistía, Maldonado logró asumir el sincero juicio de Berlanga, que reflejaba su visión de la realidad. En el fondo, él tampoco quería convertirse en un bufón, el hazmerreír del resto.

—Soy consciente de que me excedí, especialmente con lo de Pedro Ramiro. Ignoré tus consejos y te oculté cosas...

—Debí haber actuado de otro modo.

—No es mi intención cambiarte; entiendo que no es posible. Pero también necesitas entender que...

—Lo tengo claro, Miguel. No te excuses. Soy yo quien debe pedirte disculpas...

El comentario le desconcertó y no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Qué insinúas?

—Quizá necesitemos un descanso, si sabes a lo que me refiero...

—¿Estás diciendo que lo nuestro se acaba? —preguntó el inspector, con un atisbo de humor nervioso—. Que conste que a mí nunca me han dejado.

—Solo has tenido una pareja, y llevas con ella desde que la memoria alcanza —contestó entre risas, pero después su expresión se tornó seria—. Me refiero al trabajo. Valoro todo lo que has hecho por mí hasta ahora, pero... quizá necesitemos un respiro, tomar distancia y ver cómo evoluciona todo.

Berlanga asintió, escogiendo sus palabras con cuidado.

—Lo comprendo...

—Si sigo vinculado al Cuerpo, siempre estaré atado a mi pasado, a mi trayectoria y a lo que fui. Ya no soy esa persona, Miguel. O al menos, no debería comportarme como si lo fuera, si no quiero terminar, ya sabes... En fin. Ahora tengo otras prioridades.

Berlanga soltó un suspiro y apoyó su brazo en la barra del bar.

—Lamento ser yo quien te lo diga, pero ya que estamos... Esa persona de la que hablas no existió nunca, Javier. Es una invención tuya.

—¿Qué dices?

—A menudo recordamos lo que nos conviene y creamos una narrativa que acabamos aceptando como una proeza. Te conozco desde hace tiempo y, sin ánimo de ofender, has tenido tus altibajos.

—Me estoy arrepintiendo de haberte dado la palabra...

—Descuida, todos los tenemos. Somos humanos, no seres infalibles. Posees un don natural para desentrañar casos con agilidad y solucionar investigaciones, en especial cuando alguien muere o desaparece, pero aún no has logrado resolver tu dilema más personal.

—¿Y cuál es, doctor Freud?

—Descubrirte y reconciliarte contigo mismo.

Esas palabras se sentían como navajas que convertían el café en algo intrascendente. Ansiaba un trago más potente para asimilarlas.

—Por lo visto, te has levantado reflexivo hoy...

—¿Buscabas sinceridad? Ahí la tienes. Eres alguien excepcional, Javier, pero tu vida personal es un jodido desastre, un caos. Paradójicamente, es un aspecto que siempre he envidiado de ti.

—¿Tú, envidiando algo? No te esfuerces en arreglarlo.

—Envidio tu resiliencia, tu capacidad para enfrentarte a los demonios, para vivir el presente, incluso cuando todo parece desmoronarse... Yo habría claudicado hace tiempo. En ese sentido, nunca he tenido tu fortaleza.

—Lo sé. Siempre has sido el más flojo.

—Vete al cuerno —espetó, pero ambos soltaron una carcajada. Justo entonces, una figura se adentró en el local y se acercó a su mesa. Sin siquiera volverse, el detective observó la punta de una bota negra y, al percibir un aroma familiar, confirmó quién era. No estaba sorprendido por aquella aparición.

—¿Estoy interrumpiendo algo? —inquirió Rojo, acaparando la atención de ambos.

Berlanga dirigió una mirada cómplice a Maldonado y esbozó una cálida sonrisa. Luego, palmoteó el hombro de su amigo y negó con la cabeza.

—Para nada. Justo me marchaba... Nos vemos, detective.

Con esas palabras, el inspector Berlanga abandonó el local, dejando a Maldonado y Rojo en un incómodo silencio. Al final, el policía tomó la iniciativa.

—¿Te ha confesado ya sus sentimientos?

—Por ahí van los tiros.

—Lo sabía —comentó mientras pedía un café—. Era cuestión de tiempo que se retractase.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Las personas de buen corazón lamentan herir a las demás.

—¿Has herido a muchas?

—Más de las que quisiera.

—¿Y te pesa?

—Ni por asomo.

—Ya veo.

—¿Qué me cuentas de tu secretaria?

—¿A qué juegas, Rojo?

—He venido a despedirme... y a agradecértelo.

—Es de bien nacido...

—Además, quería pedirte un último favor.

Maldonado suspiró.

—Tras dejarme en la estacada, ¿esperas que mueva un dedo por ti? Deberías darte con un canto en los dientes de que aún te dirijo la palabra.

—No seas un llorón. Actué como era necesario para evitar que te siguieran y ponerte a salvo. En el fondo, lo sabes y no lo quieres reconocer, pero ese no es mi problema. De otro modo, te habrían propinado una buena tunda y, con suerte, estaríamos charlando desde tu cama de hospital. Por cierto, eres carne de cañón. ¿Piensas que no me he dado cuenta de cómo Ledrado y Miranda te siguen el juego? Te conocen al dedillo.

—Gracias por tu opinión no solicitada de hoy. Parece ser el día de soltar verdades. Si me permites el turno, agradecería que te fueras a tomar por...

—Escucha, detective. Soy realista, eso es todo. Si te duele la verdad, tómate un carajillo... Lo esencial es que el caso de Cristina Velarde no quedará en el olvido y esos dos pagarán por lo sucedido.

«Porque eso era lo que de verdad te importaba, desde el principio».

—¿Qué buscas de mí?

—Nada en particular —contestó con una sonrisa, dando un sorbo a su café. Por un instante, Maldonado se preguntó si escondía algo o simplemente estaba faroleando—. Sólo era una broma.

—Qué ocurrente.

—¿Y qué harás con tu despacho?

—Lo renovaré. Le vendrá bien un lavado de cara. Necesita un cambio de aires. ¿Y tú, qué?

—Buena cuestión... —Rojo se llevó una mano al mentón, notando la aspereza de su barba de varios días—. Supongo que seguiré con lo mío, ocupándome de pequeñas cosas para la gente corriente... Es una lástima no haber colaborado antes en el Cuerpo. Habríamos hecho un buen equipo.

—No lo tengas tan claro. Nuestras maneras de ser son como el día y la noche.

—Creo que no es así, aunque necesitarás tiempo para admitirlo.

—Rojo, lo que se dice por ahí de mí, son solo rumores...

—Créeme, sé de qué va la cosa, he estado ahí.

—Sospechaba algo así, pero...

—Puedes intentar dejar de beber o fumar y tratar de simular una vida ordinaria, pero eso solo es una solución temporal, hasta que regreses a tus viejos hábitos... Gente como tú y yo nunca logra encontrar paz en el desorden interno que la habita, porque sabe que no hay cura para el mal que acecha en el mundo exterior. Cuanto antes aceptes eso, antes encontrarás la manera de

dormir sin sobresaltos y liberarte de la culpa. Y sí, Berlanga puede ser tu amigo y decirte mil historias, pero reconciliarte contigo mismo es luchar contra molinos de viento.

—Entonces, ¿qué propones?

—Aprender a convivir con el infierno que llevas dentro.

Rojo se despidió de Maldonado en plena Gran Vía, sellando el adiós con un firme apretón de manos. Su partida dejó en el aire una mezcla de serenidad y turbación. Algo le decía que no volverían a verse en una buena temporada, pero no podía estar del todo seguro de ello. Aunque no era de muchas palabras, el inspector Rojo tenía el don de marcar a quien le escuchaba. Tal vez Maldonado hubiese preferido esquivar ese último encuentro, pues el intercambio con el inspector le dejó inquieto, como si sus palabras hubiesen sido la respuesta al enigmático caso que Berlanga le había comentado. Si era así, le esperaba un arduo trabajo. Afrontar los propios demonios internos era un desafío, un rompecabezas que debía desglosar y comprender, una tarea meticulosa que no tenía claro si quería asumir.

«Mi mayor temor es no gustarme a mí mismo cuando me descubra», reflexionó para sus adentros, observando el taxi que se alejaba llevando al inspector a la estación de trenes. Caminó meditabundo, absorbido por el tránsito de la gran ciudad, por sus gentes, sus escaparates y el olor a café recién hecho y a panecillos tostados que salía de los bares por los que pasaba. Madrid se convertía en un escenario agradable, incluso en los momentos de más vacío existencial. Se dirigió hacia la plaza de Callao, buscando despejar la mente en uno de sus rincones favoritos de la ciudad, mezclándose en el anonimato de una mañana laboral en la que todo el mundo estaba pendiente de sí mismo, no de lo que sucedía a su alrededor. Mientras rebuscaba en su Barbour un paquete de lights, descubrió que se había quedado sin tabaco. Afortunadamente para él, había un estanco cercano, pero, al aproximarse, un llamativo cartel en la Gran Vía captó su atención.

«Siempre en busca de la noticia, siempre persiguiendo la verdad», decía el eslogan. Debajo, la imagen de Pedro Ramiro, sonriente, con su cabello perfectamente peinado, cejas marcadas y ataviado con uno de sus inconfundibles trajes italianos a rayas, mostrando sus tirantes bajo la chaqueta.

—¿Desea algo? —le preguntó el estancero, al verlo allí pasmado y sin hablar. Maldonado simplemente negó con la cabeza y se posicionó mejor para contemplar el tributo que el periódico había hecho a su antiguo director.

Pedro Ramiro había logrado, al final, el reconocimiento que tanto anhelaba y el sabueso pensó que sería recordado como un defensor incansable de la verdad, aunque esta última fuese otra muy distinta. Para Maldonado, España tenía la peculiaridad de ensalzar a sus difuntos por sus bondades, sobre todo, cuando ya estaban bien enterrados, olvidando en un suspiro sus sombras pasadas.

El anuncio, más que una maniobra publicitaria para impulsar el periódico, tocó una fibra sensible y escondida en el detective. No por el mensaje en sí, sino porque le hizo reflexionar sobre si valía la pena ser una mera nota publicitaria al indagar en temas espinosos como el que habían perseguido. Al fin y al cabo, meter las narices en el poder casi le cuesta la vida. En pocas horas, la efigie de Pedro Ramiro desaparecería, sustituida por otro reclamo, otro producto, otra novedad, otro eslogan llamativo que no permanecería más de unos segundos en la memoria. El vertiginoso ritmo del mundo contemporáneo engullía la actualidad, el impacto de los acontecimientos y la introspección individual. El día que le tocara partir, no acapararía titulares, meditó, visualizando a los escasos individuos que acudirían a despedirle. Entre esas caras, se imaginó a Berlanga y a Marla. Durante unos instantes, ponderó qué sentido tenía arriesgarlo todo por una justicia efímera.

«Cuanto antes lo asumas, antes podrás dormir en paz, liberándote de tus remordimientos», resonaron en su mente las palabras de Rojo.

Ese era el motivo por el que había sido policía en el pasado y por el que ahora, a su modo, intentaba poner orden desde su oficina.

«Quizás no pueda aplacar el tumulto que reina ahí fuera y en mi interior, pero haré lo posible por atenuar ambos», se prometió, contestando interiormente al aviso de Rojo.

Porque, en su esencia, al igual que todos, Maldonado anhelaba, simplemente, encontrar el sosiego en su vida.

Era una fresca mañana de invierno en Castilla, con un cielo azul profundo y un sol que se filtraba por cada resquicio disponible. La luz bañaba intensamente el sillón de su renovado despacho, que desprendía ese olor característico de lo nuevo, similar al de un par de zapatos recién lustrados. Aunque el seguro había cubierto la reforma, Maldonado había decidido invertir un poco más para refrescar su entorno laboral. A fin de cuentas, nadie quiere trabajar en un lugar desvencijado, como el que había ocupado durante años. Estaba convencido de que un espacio limpio y actualizado favorecería su labor. Colgó su abrigo en el perchero y se dirigió hacia su oficina. Intuía el inicio de una etapa prometedora, pero prefería mantener las expectativas a raya. Tras el caso Medeiros, se había dado un respiro laboral, pero no dejó de pagar el sueldo de su secretaria, pues no podía abandonarla después de todo su apoyo. Sin embargo, los giros inesperados habían mermado sus ahorros, dejándolo prácticamente al borde del descubierto. Pero no se inmutó; después de todo, había manejado su economía al límite durante años.

Observando el robusto escritorio que había adquirido, su atención se centró en la lámpara de tonalidad verde que descansaba sobre él. Había deseado una así durante mucho tiempo y, por fin, era suya.

«Todo va tomando forma», reflexionó con una serenidad poco habitual en él. Luego miró por la ventana, contemplando la Gran Vía, el único panorama que no había sufrido cambios con la reforma. Estaba inspeccionando el interior de los cajones cuando unos pasos resonaron en la estancia. Al alzar la mirada, la encontró a ella, parada en el umbral. Marla no podía ocultar su sorpresa.

—Vaya, esto es...

—Distinto.

—¡Increíble! —exclamó, fijándose en el flamante ordenador sobre su escritorio y, junto a él, una estantería dispuesta para organizar sus documentos. En uno de sus estantes, una planta aportaba un toque de vida y, a su lado, una nueva radio—. ¡Has conseguido una radio como la que teníamos!

—Esta oficina necesitaba un poco de alegría... y de música.

—No te falta razón —dijo, desplazando la silla para sentarse—. Esto debe haberte costado un pastón...

—El seguro lo ha cubierto casi todo. Si vas a trabajar aquí, tiene que ser en condiciones.

—Cierto, pero...

—¿Qué?

—De momento no tenemos ningún caso, Javier.

—Ya llegará.

Ella pareció dudar si continuar el diálogo o no.

—Dímelo, Marla.

—¿Has vuelto a hablar con Berlanga desde la última vez?

—Apenas.

—Javier...

—Sé a qué te refieres, pero es momento de dejar atrás el pasado. Tiempo de un nuevo comienzo, de hacer las cosas de manera diferente...

—Y cuando dices dejar atrás el pasado, ¿te refieres a todo?

—Exacto.

—Imagino que en ese «todo» incluyes también tu vida personal...

—Así es.

—No hemos hablado de aquella noche.

—Ya pasó.

—No te tomes al pie de la letra lo que te dijo Berlanga... No eres así. Puede que haya compartido muchos años contigo, pero solo conoce una faceta tuya.

—Gracias, Marla.

El ambiente se volvía cada vez más tenso para el detective.

—Aquel día, dentro de ese...

Ambos se miraron, las palabras sobraban. Javier se preguntó si la secretaria se refería a lo sucedido dentro del contenedor. Aunque el recuerdo ya estaba borroso, no se había esfumado del todo. Marla tenía razón en cuanto a Berlanga. Todos estaban al límite aquella noche. Tras mucho meditarlo, llegó a la conclusión de que el miedo y la adrenalina los habían empujado a actuar así. En circunstancias normales, eso nunca habría pasado, muy a su pesar, o eso prefería decirse para evitar la realidad. Pero lo cierto era que, tras mes y medio sin mencionarlo, no se atrevía a sacar el tema.

—Marla... —empezó a decir, pero en ese momento, un hombre de estatura baja, vestido de traje y con unas gafas que le agrandaban los ojos, irrumpió en el despacho. Ambos se voltearon hacia él.

—¿Usted es el señor Javier Maldonado?

—Eso depende. ¿A quién tengo el gusto de conocer?

El hombre se lanzó hacia él, agarrándole de los antebrazos, en un gesto de desesperación. La tensión anterior se esfumó al instante.

—Me llamo Aurelio Tormos. Necesito su ayuda, detective. He oído que consigue lo que parece imposible.

—Si quieres milagros, vaya a Fátima... No soy ningún santo, pero dígame...

—Es mi mujer, ha desaparecido.

—Entiendo. ¿Por qué no ha acudido a la policía? Me temo que eso no es lo mío...

—Le pagaré lo que haga falta, solo quiero que la encuentre y que regrese a casa.

«¿Y si tiene un buen motivo para no hacerlo?».

La mirada de Maldonado se iluminó ante la perspectiva del negocio y, con un sutil gesto, hizo que su secretaria captara la idea.

—Por favor, señor Tormos, pase a mi oficina... —indicó y se dirigió a Marla—. Prepárale una ficha a este señor.

El detective cerró la puerta tras ellos.

Desde el otro lado se escuchó: «¿Cuándo la vio por última vez?».

Marla encendió la radio y la voz de Nina Simone inundó el espacio. Acto seguido, comenzó a teclear en su flamante ordenador. Tal vez todos tenían su punto de vista sobre Maldonado, incluida ella, pero al final no eran más que opiniones. La capacidad de adaptarse era lo que le permitía seguir adelante, el truco que utilizaba para navegar por los altibajos de la vida. Algunas cosas evolucionaban y otras se mantenían constantes. Sin embargo, a pesar del tumulto de su vida y de la búsqueda de reconocimiento, en lo más profundo, Maldonado sabía que podía marcar una diferencia positiva en la vida de otros, y eso era más que suficiente para él.



¿Te ha gustado?

Lo que sucede en Las Vegas...

...acaba manchado de sangre.

Javier Maldonado, un detective privado con un pasado oscuro, tiene una oportunidad de redención cuando su viejo amigo y mentor, Antonio Laureano, es asesinado en Las Vegas.

Tras mucho meditarlo, Maldonado llega a la ciudad del pecado y rápidamente se da cuenta de que la investigación no será fácil. El mundo de la mafia y el juego ilegal están muy presentes, y el sabueso tendrá que tener cuidado si quiere salir vivo de esta investigación.

A medida que se acerca a la verdad, comprendiendo en qué andaba metido su amigo, se enfrenta a peligrosos enemigos que harán todo lo posible para impedir que descubra el secreto que esconde la muerte de Antonio.

¿Podrá Maldonado descubrir lo que sucedió antes de la ciudad lo ahogue? ¿Logrará perdonarse a sí mismo por los errores del pasado?

[HAZTE CON “MUERTE EN LAS VEGAS”](#)

Sobre el autor

Sobre el autor



Pablo Poveda (España, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como las series Caballero, Maldonado, Rojo o Don. Vivió en Polonia durante cuatro años y actualmente reside desde hace años en Madrid, donde escribe todas las mañanas. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 y 2020 con las novelas El Doble y El Misterio de la Familia Fonseca.

Autor destacado 2022 en Amazon España.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras un comentario en Amazon. Las reseñas mantienen vivas las novelas.

Contacto: pablo@elescritorfantasma.com

Página web: elescritorfantasma.com

Facebook: facebook.com/elescritorfant

Grupo Privado de lectores: elescritorfantasma.com/grupofacebook

Libros



Otros libros de Pablo Poveda

Serie Gabriel Caballero

[Caballero](#)

[La Isla del Silencio](#)

[La Maldición del Cangrejo](#)

[La Noche del Fuego](#)

[Los Crímenes del Misteri](#)

[Medianoche en Lisboa](#)

[El Doble](#)

[La Idea del Millón](#)

[La Dama del Museo](#)

[Los Cuatro Sellos](#)

[El Último Adiós](#)

[Muerte en el Mediterráneo](#)

[El arte del engaño](#)

[La playa de los muertos](#)

[Pack Trilogía 1-3 \(Caballero, La Isla del Silencio, La Maldición del Cangrejo\)](#)

[Pack Trilogía 4-6 \(La Noche del Fuego, Los Crímenes del Misteri, Medianoche en Lisboa\)](#)

[Pack Trilogía 7-9 \(El Doble, La Idea del Millón, La Dama del Museo\)](#)

[Pack Trilogía 10-12 \(Los Cuatro Sellos, El Último Adiós, Muerte en el Mediterráneo\)](#)

Serie Don

[Odio](#)

[Don](#)

[Miedo](#)

[Furia](#)

[Silencio](#)

[Rescate](#)

[Invisible](#)

[Origen](#)

[Pack Trilogía 1-3 \(Odio, Don, Miedo\)](#)

[Pack Trilogía 4-6 \(Furia, Silencio, Rescate\)](#)

[Pack SERIE COMPLETA \(8 libros\)](#)

Serie Dana Laine

[Falsa Identidad](#)

[Asalto Internacional](#)

[Matar o Morir](#)

[Fuego Cruzado](#)

[Pack Trilogía 1-3 \(Falsa Identidad, Asalto Internacional, Matar o Morir\)](#)

Serie Rojo

[Rojo](#)

[Traición](#)

[Venganza](#)

[Desparecido](#)

[Secuestrada](#)

[El trabajo del Diablo](#)

[El juego del Diablo](#)

[Pack Rojo 1-3 \(Rojo, Traición, Venganza\)](#)

Serie Javier Maldonado (Detective Privado)

[Una Mentira Letal](#)

[Una Apuesta Mortal](#)

[Un Crimen Brillante](#)

[El Caso del Tarot](#)

[Una Amistad Peligrosa](#)

[El asesinato del casino](#)

[El crimen de Atocha](#)

[Pack novelas 1-3](#)

Trilogía El Profesor

[El Profesor](#)

[El Aprendiz](#)

[El Maestro](#)

[Pack Trilogía Completa El Profesor \(El Profesor, El Aprendiz, El Maestro\)](#)

Serie Lepoldo Bonavista

[El misterio de la familia Fonseca](#)

[El misterio de la máscara de porcelana](#)

Otros:

[El secreto de la señora Avignon](#)

[¿Quién mató a Laura Coves?](#)

[Perseguido](#)

[Motel Malibu](#)

[Sangre de Pepperoni](#)

[La Chica de las canciones](#)

[El Círculo](#)